El verano de Raymie Nightingale

Kate DiCamillo

GRANTRAVESÍA

Annotation

Raymie Clarke ha llegado a la conclusión de que todo, absolutamente todo, depende de ella. Por eso tiene un plan. Si consigue ganar el concurso Pequeña Miss Florida, entonces su padre, que se fugó de casa, verá su foto en los periódicos y regresará con ella. Para ganar, Raymie no sólo tendrá que aprender a hacer malabarismos con un bastón, también tendrá que competir contra la ingenua y fantasiosa Louisiana Elefante, hija de una familia de artistas circenses, y contra la fiera y testaruda Beverly Tapinski, quien está decidida a sabotear el concurso. Pero a medida que la fecha del certamen se aproxime, las tres chicas se reunirán en una singular amistad y vivirán juntas una aventura inolvidable.

La multipremiada Kate DiCamillo, autora de Desperaux, El prodigioso viaje de Edward Tulane y Flora y Ulises, despliega su mejor talento' narrativo en este libro conmovedor, divertido y profundo, que te hará estremecer y reír a carcajadas.

KATE DICAMILLO

El verano de Raymie Nightingale

Traducción de Karina Simpson

Editorial Océano, S.L.

Sinopsis

Raymie Clarke ha llegado a la conclusión de que todo, absolutamente todo, depende de ella. Por eso tiene un plan. Si consigue ganar el concurso Pequeña Miss Florida, entonces su padre, que se fugó de casa, verá su foto en los periódicos y regresará con ella. Para ganar, Raymie no sólo tendrá que aprender a hacer malabarismos con un bastón, también tendrá que competir contra la ingenua y fantasiosa Louisiana Elefante, hija de una familia de artistas circenses, y contra la fiera y testaruda Beverly Tapinski, quien está decidida a sabotear el concurso. Pero a medida que la fecha del certamen se aproxime, las tres chicas se reunirán en una singular amistad y vivirán juntas una aventura inolvidable.

La multipremiada Kate DiCamillo, autora de Desperaux, El prodigioso viaje de Edward Tulane y Flora y Ulises, despliega su mejor talento' narrativo en este libro conmovedor, divertido y profundo, que te hará estremecer y reír a carcajadas.

Título Original: *Raymie Nightingale*
Traductor: Simpson, Karina
Autor: DiCamillo, Kate
©2016, Editorial Océano, S.L.
ISBN: 9788494528262
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 06/06/2024

Kate DiCamillo

El verano de Raymie Nightingale

TÍTULO original: *Raymie Nightingale*
2016, Kate DiCamillo
Traducción: Karina Simpson
2016, Editorial Océano, S.L.
ISBN: 978-84-945282-6-2

Para mis *rancheros*... gracias.

UNO

HABÍA tres chicas.

Estaban de pie una al lado de la otra.

De pie en posición militar.

Y la chica con el vestido rosa, la que estaba junto a Raymie, soltó un gemido y dijo:

—Cuanto más lo pienso, más aterrada estoy. ¡Estoy demasiado aterrada para continuar!

La chica apretó su bastón contra el pecho y cayó de rodillas.

Raymie la observó con sorpresa y admiración.

Ella misma a menudo se sentía demasiado aterrada para continuar, pero nunca lo había admitido en voz alta.

La chica del vestido rosa se quejaba y perdía el equilibrio como si se fuera a caer.

Pestañeó los ojos hasta cerrarlos. Se quedó en silencio. Entonces abrió los ojos como platos y gritó:

—¡Archie, lo siento! ¡Siento haberte traicionado!

Por algún motivo, las palabras parecían dignas de ser repetidas.

—Detén esta tontería de inmediato —dijo Ida Nee.

Ida Nee era la instructora de malabarismo con bastón. Aunque mayor —tenía más de cincuenta años, por lo menos—, su cabello era de un amarillo extremadamente brillante. Calzaba unas botas blancas que le llegaban a las rodillas.

—No estoy bromeando —dijo Ida Nee.

Raymie le creía.

No parecía que Ida Nee fuera muy bromista.

El sol estaba muy, muy alto en el cielo, y todo le hacía recordar a una escena en pleno mediodía. Pero esto no era una película de vaqueros; era una clase de malabarismo con bastón en la casa de Ida Nee, en el patio de Ida Nee.

Era el verano de 1975.

El quinto día de junio.

Y dos días antes, el tercer día de junio, el padre de Raymie Clarke se había fugado de casa con una mujer que era asistente de dentista.

Los palomos se casaron y emigraron de la ciudad...

Ésas eran las palabras que cruzaban la cabeza de Raymie cada que pensaba en su padre y la asistente de dentista.

Pero ella no pronunció las palabras en voz alta porque la madre de Raymie estaba muy alterada, y no le parecía apropiado hablar acerca de una pareja de palomos que se habían casado y emigraban de la ciudad.

De hecho, lo que había sucedido era una gran tragedia.

Eso fue lo que dijo la madre de Raymie.

—Esto es una gran tragedia —sentenció la madre de Raymie—.

Era una gran tragedia porque el padre de Raymie se había puesto en ridículo a sí mismo.

También era una gran tragedia porque Raymie ahora no tenía padre.

Ese pensamiento —ese hecho—, de que ella, Raymie Clarke, ya no tenía padre, provocaba que se disparara un pequeño y afilado dolor a través de su corazón cada vez que lo consideraba.

A veces el dolor en su corazón la hacía sentir demasiado aterrada para continuar. A veces la hacía querer caerse de rodillas.

Pero entonces recordaba que tenía un plan.

DOS

—LEVÁNTATE —le dijo Ida Nee a la chica con el vestido rosa.

—Se ha desmayado —dijo la otra estudiante de malabarismo con bastón, una chica llamada Beverly Tapinski, cuyo padre era policía.

Raymie sabía el nombre de la chica y a qué se dedicaba su padre porque Beverly lo había anunciado al inicio de la clase. Puso la mirada directa al frente, sin fijarse en nadie en particular, y dijo:

—Mi nombre es Beverly Tapinski y mi padre es policía, así que no os conviene meteros conmigo.

En primer lugar, Raymie no tenía intenciones de meterse con ella.

—He visto a mucha gente desmayarse —dijo Beverly—. Eso sucede cuando eres hija de un policía. Ves tantas cosas, en realidad lo ves todo.

—Cállate, Tapinski —dijo Ida Nee.

El sol estaba muy alto en el cielo.

No se había movido.

Parecía como si alguien lo hubiera puesto ahí y luego se hubiera marchado.

—Lo siento —murmuró Raymie—. Siento haberte traicionado. Beverly Tapinski se arrodilló y puso las manos a los lados del rostro de la chica desmayada.

—¿Qué haces? —preguntó Ida Nee.

Los pinos que se alzaban sobre ellas se balanceaban de atrás hacia delante. El lago, el Lago Clara —donde alguien llamada Clara Wingtip se las arregló para ahogarse hace cien años—, brillaba y relucía.

El lago parecía hambriento.

Tal vez esperaba a otra Clara Wingtip.

Raymie sintió una oleada de desasosiego.

No había tiempo para que la gente se desmayara. Ella tenía que aprender a hacer malabares con el bastón y debía hacerlo rápido, porque si aprendía a hacerlo, entonces tenía muchas posibilidades de convertirse en Pequeña *Miss* Florida.

Y si se convertía en Pequeña *Miss* Florida, su padre vería su foto en el periódico y volvería a casa.

Ése era el plan de Raymie.

TRES

LA FORMA en que Raymie imaginaba que se desarrollaría su plan era que su padre estaría sentado en algún restaurante, en el pueblo al que hubiera huido. Estaría con Lee Ann Dickerson, la asistente de dentista. Estarían sentados juntos en un reservado, y su padre estaría fumando un cigarro y bebiendo café, y Lee Ann estaría haciendo algo estúpido e inapropiado, como pintándose las uñas (lo cual nunca debe hacerse en público). En algún momento, el padre de Raymie apagaría su cigarro y abriría el periódico, se aclararía la garganta y diría:

—Vamos a ver qué tenemos aquí.

Y lo que vería sería la foto de Raymie.

Vería a su hija con una corona en la cabeza y un ramo de flores en sus brazos y una banda a través de su pecho que diría pequeña *miss* florida 1975.

Y el padre de Raymie, Jim Clarke, de Aseguradora Familiar Clarke, miraría a Lee Ann y diría:

—Debo volver a casa de inmediato. Todo ha cambiado. Ahora mi hija es famosa. Ha sido coronada Pequeña *Miss* Florida.

Lee Ann dejaría de pintarse las uñas. Resoplaría en voz alta, sorprendida y consternada (y también, tal vez, con envidia y admiración).

Así es como Raymie imaginaba que sucedería.

Probablemente. Quizá. Con suerte.

Pero primero necesitaba aprender a hacer malabarismos con el bastón.

O al menos eso fue lo que dijo la señora Sylvester.

CUATRO

LA SEÑORA SYLVESTER era la secretaria en la Aseguradora Familiar Clarke.

La voz de la señora Sylvester era muy aguda. Cuando hablaba sonaba como un pajarito de dibujos animados, y eso provocaba que todo lo que dijera sonara ridículo pero también posible: las dos cosas al mismo tiempo.

Cuando Raymie le dijo a la señora Sylvester que se inscribiría al concurso Pequeña *Miss* Florida, la señora Sylvester aplaudió y dijo:

—Qué idea tan fantástica. Toma caramelos.

La señora Sylvester tenía un enorme frasco con caramelos en su escritorio, siempre y en todas las estaciones, porque creía en la idea de alimentar a la gente.

También creía en alimentar a los cisnes. Todos los días, a la hora del almuerzo, la señora Sylvester cogía una bolsa de comida para cisnes y visitaba el estanque que había junto al hospital.

La señora Sylvester era muy bajita, y los cisnes eran altos y de cuellos largos. Cuando se colocaba en medio de ellos con la bufanda en su cabeza y la gran bolsa de comida para cisnes entre sus brazos, parecía como un ser salido de un cuento de hadas.

Raymie no estaba segura de qué cuento.

Tal vez era un cuento de hadas que aún no se había contado.

Cuando Raymie le preguntó a la señora Sylvester qué pensaba de que Jim Clarke hubiera abandonado el pueblo con una asistente de dentista, la señora Sylvester había respondido:

—Bueno, querida, he descubierto que al final, casi todo sale bien.

¿Al final todas las cosas salen bien?

Raymie no estaba segura.

La idea parecía ridícula (pero también-posible) cuando la señora Sylvester la enunció con su voz de pajarito.

—Si pretendes ganar el concurso Pequeña *Miss Florida* —dijo la señora Sylvester—debes aprender a hacer malabarismos con bastón. Y la mejor persona para enseñar a hacer malabarismos con bastón es Ida Nee. Es campeona mundial.

CINCO

ESTO explicaba lo que hacía Raymie en el patio de Ida Nee, bajo los pinos de Ida Nee.

Estaba aprendiendo a hacer malabarismos con bastón.

O supuestamente eso era lo que hada.

Pero la chica del vestido rosa se había desmayado, y la clase de malabarismo se había detenido.

Ida Nee dijo:

—Esto es ridículo. Nadie se desmaya en mis clases.

No creo en el desmayo.

El desmayo no parecía ser una cosa en la que necesitaras creer (o no) para que sucediera, pero Ida Nee era campeona mundial en malabarismo con bastón y probablemente sabía de lo que hablaba.

—Son tonterías —dijo Ida Nee—. No tengo tiempo para tonterías.

Este pronunciamiento fue recibido con un breve silencio, y luego Beverly Tapinski abofeteó a la chica del vestido rosa.

Abofeteó una mejilla y después la otra.

—¿Pero qué te pasa? —dijo Ida Nee.

—Esto es lo que se les hace a las personas que se desmayan —dijo Beverly—. Se les abofetea —abofeteó de nuevo a la chica—. ¡Despierta! —gritó.

La chica abrió los ojos.

—Eh, eh —dijo—. ¿Han venido del hospicio del condado? ¿Marsha Jean está aquí?

—No conozco a ninguna Marsha Jean —dijo Beverly—. Te has desmayado.

—*¿De verdad? —parpadeó—*. Tengo los pulmones muy congestionados.

—Esta clase ha terminado —dijo Ida Nee—. No voy a perder mi tiempo con holgazanes y gente que finge enfermarse. O que se desmaya.

—Bien —dijo Beverly—. De todas formas nadie quiere aprender a hacer malabarismos con un estúpido bastón.

Lo cual no era verdad.

Raymie quería aprender.

De hecho, necesitaba aprender.

Pero no parecía una buena idea llevarle la contraria a Beverly.

Ida Nee se alejó de ellas marchando hacia el lago. Iba levantando muy alto sus piernas con botas blancas. Uno notaba que era una campeona mundial al verla marchar.

—Siéntate —le dijo Beverly a la chica desmayada.

La chica se sentó. Miró a su alrededor con sorpresa, como si hubiera sido llevada a la casa de Ida por error. Parpadeó. Puso la mano sobre su cabeza.

—Siento mi cabeza tan ligera como una pluma pequeña —dijo.

—¡Bah! —dijo Beverly—. Eso es porque te has desmayado.

—Me temo que yo no habría sido un muy buen Elefante Volador —dijo la chica.

Hubo un largo silencio.

—¿Elefante? —preguntó finalmente Raymie.

La chica parpadeó. Su cabello rubio parecía blanco bajo el sol.

—Yo soy una Elefante. Mi nombre es Louisiana Elefante. Mis padres eran los Elefantes Voladores. ¿No habéis oído hablar sobre ellos?

—No —dijo Beverly—. No hemos oído hablar sobre ellos. Ahora deberías ponerte de pie.

Louisiana posó la mano sobre su pecho. Inhaló profundamente. Resopló.

Beverly puso los ojos en blanco.

—Toma —extendió la mano. Era una mano mugrosa. Los dedos estaban manchados, y las uñas sucias y mordidas. Pero a pesar de la suciedad, o quizá debido a ella, esa mano parecía muy confiable.

Louisiana la agarró, y Beverly tiró de ella para ayudarla a incorporarse.

SEIS

—BUENO' comenzaré por el principio, ya que es el mejor lugar por el que se puede empezar —dijo

Louisiana.

Beverly bufó.

—Había una vez —dijo Louisiana—, en una tierra muy lejana y también sorprendentemente cercana, un gato llamado Archie Elefante, que era muy admirado y amado y que también era conocido como el Rey de los Gatos. Pero entonces llegó la oscuridad...

—¿Por qué no nos dices sólo lo que sucedió? — dijo Beverly.

—De acuerdo, si así lo queréis, lo diré. Lo traicionamos.

—¿Cómo? —preguntó Raymie.

—Llevamos a Archie al Refugio Animal Extremadamente Agradable porque ya no nos alcanzaba el dinero para alimentarlo — dijo Louisiana.

—¿Qué Refugio Animal Extremadamente Agradable? —preguntó Beverly—. Nunca he oído hablar de ningún Refugio Animal Extremadamente Agradable.

—No puedo creer que nunca hayas oído hablar del Refugio Animal Extremadamente Agradable. Es un lugar donde alimentan a Archie tres veces al día y le rascan detrás de las orejas tal y como a él le gusta. De todas formas, nunca debí dejarlo ahí. Fue una traición. Lo traicioné.

El corazón de Raymie se encogió. *Traición.*

—Pero no os preocupéis —dijo Louisiana. Puso la mano sobre su pecho y respiró con fuerza. Sonrió de forma deslumbrante—. Me he inscrito al concurso Pequeña *Miss* Florida 1975 y voy a ganar esos 1975 dólares y me libraré de ir al hospicio del condado y traeré de vuelta a Archie del Refugio Animal Extremadamente Agradable y nunca tendrá miedo de nuevo.

El alma de Raymie dejó de ser una tienda de campaña.

—¿Vas a competir en el concurso Pequeña *Miss* Florida? — preguntó.

—Así es —dijo Louisiana—. Y siento que mis probabilidades de ganar son muy buenas porque provengo del mundo del espectáculo.

El alma de Raymie se volvió más pequeña, apretada. Se volvió algo duro, como un guijarro.

—Como dije antes, mis padres eran los Elefantes Voladores — Louisiana se inclinó y recogió su bastón—. Eran famosos.

Beverly miró a Raymie y puso los ojos en blanco.

—Es verdad. Mis padres viajaron por todo el mundo —dijo

Louisiana—. Tenían maletas con sus nombres impresos en ellas. *Los Elefantes Voladores*. Eso era lo que decían sus maletas —Louisiana extendió su bastón y lo movió como si estuviera escribiendo letras doradas en el aire por encima de sus cabezas—. Su nombre estaba escrito en cada maleta en letra cursiva, y la F y la T tenían colas muy largas. Me gustan las colas largas.

—Yo también estoy inscrita en ese concurso —dijo Raymie.

—¿Qué concurso? —preguntó Louisiana y parpadeo.

—El concurso Pequeña *Miss* Florida —dijo Raymie.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana y parpadeó de nuevo.

—Voy a sabotear ese concurso —dijo Beverly. Miró a Raymie y luego a Louisiana, y entonces hurgó en sus pantaloncillos y sacó una navaja de bolsillo. Abrió la hoja. Parecía una navaja muy afilada.

De pronto, aunque el sol estaba brillando en lo alto del cielo, el mundo parecía menos brillante.

La vieja señora Borkowski decía todo el tiempo que uno no podía fiarse del sol.

—¿Qué es el sol? —decía la señora Borkowski—.

Te lo diré. El sol no es nada más que una estrella agonizante. Algún día se apagará. *Fjffiúúúúúúú.*

De hecho, *Ffffiúúúúúúú* era algo que la señora Borkowski decía a menudo sobre muchas cosas.

—¿Qué vas a hacer con ese cuchillo? —preguntó Louisiana.

—Ya os lo he dicho —respondió Beverly—. Voy a sabotear el concurso. Voy a sabotearlo todo —blandió la navaja en el aire.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana.

—Así es —dijo Beverly. Sonrió sutilmente, y luego cerró la navaja y la guardó de nuevo en el bolsillo de sus pantaloncillos cortos.

SIETE

CAMINARON juntas hasta la rotonda de acceso a la casa de Ida Nee.

Ida Nee todavía estaba en el muelle, marchando de adelante hacia atrás y haciendo girar su bastón y hablando consigo misma. Raymie escuchaba su voz —un murmullo enojado—, pero no comprendía lo que decía.

—Odio los concursos de belleza —dijo Beverly—. Odio las cintas y los lazos y los bastones y todo eso. Odio las cosas brillantes. Mi madre me ha inscrito a todos los concursos de belleza que existen y estoy harta de ellos. Y por eso voy a sabotear éste.

—Pero en éste hay un premio de 1975 dólares —dijo Louisiana—. Eso es el rescate de un rey. ¡Una fortuna! ¿Sabes cuánto atún puedes comprar con 1975 dólares?

—No —dijo Beverly—. Y no me importa.

—El atún tiene mucha proteína —dijo Louisiana—. En el hospicio del condado sólo sirven sándwiches de mortadela. La mortadela no es buena para la gente que tiene los pulmones congestionados.

La conversación fue interrumpida por un fuerte ruido. Una camioneta con paneles de madera a los costados se dirigía muy rápido hacia la rotonda de la casa de Ida Nee. La puerta trasera del lado del conductor de la camioneta estaba parcialmente caída; se abría y se cerraba una y otra vez.

—Ya ha llegado Abu —dijo Louisiana.

—¿Dónde? —preguntó Raymie.

Porque realmente parecía que nadie conducía la camioneta. Era como el jinete sin cabeza, pero sobre una camioneta y no sobre un caballo.

Y entonces Raymie vio dos manos sobre el volante, y justo cuando la camioneta entró en la rotonda, salpicando gravilla y polvo, una voz gritó:

—¡Louisiana Elefante, sube al coche!

—Debo irme —dijo Louisiana.

—Eso parece —dijo Beverly.

—Me alegra haberte conocido —dijo Raymie.

—¡Apresúrate! —gritó la voz desde dentro de la camioneta—. Marsha Jean está acechando en alguna parte. Estoy segura. Puedo sentir su presencia malévola.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana. Se subió al asiento trasero e intentó cerrar la puerta desvencijada—. Si Marsha Jean aparece —le gritó a Raymie y Beverly—, decidle que no me habéis visto. No permitáis que escriba nada en su carpeta. Y decidle que no sabéis mi

paradero.

—*No sabemos* tu paradero —dijo Beverly.

—¿Quién es Marsha Jean? —preguntó Raymie.

—Deja de preguntarle cosas —dijo Beverly—. Sólo le das el pretexto para inventar una historia.

La camioneta arrancó. La puerta trasera se columpiaba abierta y luego se cerró con un fuerte golpe. Aceleró alarmantemente rápido, el motor rugió y gimió, y la camioneta desapareció por completo. Raymie y Beverly se quedaron solas, de pie en medio de una nube de gravilla, polvo y cansancio.

Ffffiúúúúúúú, como diría la señora Borkowski.

Ffffiúú úúúúú.

OCHO

—A MÍ me pareció que eran criminales —dijo Beverly—. Esa chica y su abuela casi invisible. Me recordaron a Bonnie y Clyde.

Raymie asintió, aunque Louisiana y su abuela no le recordaban a nadie que hubiera visto o de quién hubiera escuchado.

—¿Acaso sabes quiénes eran Bonnie y Clyde? — preguntó Beverly.

—Ladrones de bancos —dijo Raymie.

—Así es —dijo Beverly—. Criminales. Esas dos parecían como si pudieran robar un banco. ¿Y qué clase de nombre es Louisiana? Louisiana es el nombre de un estado. No le llamas así a una persona. Probablemente esa chica opera bajo un apodo. Quizás está huyendo de la ley. Por eso parece tan temerosa y actúa de forma esquiva. Te diré algo: el miedo es una gran pérdida de tiempo. Yo no le temo a nada.

Beverly lanzo su bastón alto en el aire y lo atrapó con un golpe de cadera muy profesional.

El corazón de Raymie se encogió de incredulidad.

—Ya sabes cómo hacer malabares con el bastón —dijo.

—¿Y qué? —dijo Beverly.

—¿Entonces por qué asistes a clases?

—Creo que eso no es de tu incumbencia. ¿Y tú por qué lo haces?

—Porque necesito ganar el concurso.

—Ya te lo he dicho —dijo Beverly—, no habrá ningún concurso. No si yo puedo evitarlo. Tengo todo tipo de habilidades para el sabotaje. Justo ahora estoy leyendo un libro sobre cómo abrir cajas fuertes, escrito por un criminal llamado J. Frederick Murphy. ¿Has oído hablar sobre él?

Raymie negó con la cabeza.

—Eso pensaba —dijo Beverly—. Mi padre me dio el libro. Él conoce todas las costumbres criminales. Estoy aprendiendo a abrir una caja fuerte.

—¿Tú padre no es policía? —preguntó Raymie.

—Sí —dijo Beverly—. Lo es. ¿Qué te pasa? Ya sé abrir cerraduras. ¿Alguna vez has abierto una?

—No —dijo Raymie.

—Eso pensaba —dijo Beverly de nuevo.

Lanzó el bastón al aire y lo atrapó con su mano mugrosa. Hacía ver que girar el bastón pareciera fácil e imposible al mismo tiempo.

Era terrible observarla.

De pronto, nada parecía tener sentido.

Después de todo, el plan de Raymie de traer a su padre de vuelta

a casa no era un gran plan. ¿Qué estaba haciendo? No lo sabía. Estaba sola, perdida, a la deriva.

Siento haberte traicionado.

Ffffiúúúúúúú.

Sabotaje.

—¿No temes que te atrapen? —le preguntó Raymie a Beverly.

—Ya te lo he dicho —dijo Beverly—. No le temo a nada.

—¿A nada? —preguntó Raymie.

—A nada —dijo Beverly. Miró a Raymie con tanta intensidad que su rostro cambió. Sus ojos brillaban.

—Dime un secreto —murmuró Beverly.

—¿Qué? —preguntó Raymie.

Beverly desvió la vista de Raymie. Se encogió de hombros. Lanzó el bastón al aire y lo atrapó y luego lo lanzó de nuevo. Y mientras el bastón estaba suspendido entre el cielo y la gravilla, Beverly dijo:

—Te he dicho que me cuentes un secreto.

Beverly atrapó el bastón. Miró a Raymie.

Y quién sabe por qué.

Raymie se lo dijo.

—Mi padre huyó con una asistente de dentista. Se fue en mitad de la noche.

No era necesariamente un secreto, pero las palabras eran terribles y verdaderas y le dolía pronunciarlas. | —La gente hace ese tipo de cosas patéticas todo el tiempo —dijo Beverly—. Arrastrándose por pasillos en la oscuridad con los zapatos en la mano, parten sin decir adiós a nadie.

Raymie no sabía si su padre se había arrastrado por el pasillo con los zapatos en la mano, pero ciertamente se había ido sin decir adiós. Considerando este hecho, sintió una punzada de algo. ¿Qué era? ¿Indignación? ¿Incredulidad? ¿Tristeza?

—Eso me enfada mucho, mucho —dijo Beverly.

Cogió su bastón y con la punta de goma comenzó a golpear *la* gravilla de la rotonda. Pequeñas rocas saltaron *al aire*, desesperadas por escapar de la ira de Beverly.

¡Zas, zas, zas!

Beverly golpeaba la gravilla y Raymie la miró con admiración y temor. Nunca había visto a nadie tan enfadado.

Había mucho polvo.

Un coche pintado de un azul brillante y reluciente apareció en el horizonte y entró en la rotonda hasta detenerse.

Beverly ignoró el coche.

Seguía golpeando la gravilla.

No parecía que fuera a detenerse hasta que hubiera reducido a polvo el mundo entero.

NUEVE

—¡DETENTE! —gritó la mujer que se hallaba detrás del volante del auto.

Beverly no se detuvo. Continuaba golpeando am fuerza.

—He gastado mucho dinero en ese bastón —le dijo la mujer a Raymie—. Haz que se detenga.

—¿Yo? —preguntó Raymie.

—Sí, tú —dijo la mujer—. ¿Quién más está ahí además de ti? Quítale el bastón.

La mujer tenía sombras verdes en sus párpados y pestañas postizas largas y además mucho colorete en sus mejillas. Pero debajo del colorete y las sombras y las pestañas postizas, había en ella un aire muy familiar. Parecía Beverly Tapinski, pero mayor. Y más enfadada. Si es que eso era posible.

—¿Por qué tengo que hacerlo todo? —dijo la mujer.

Éste era el tipo de pregunta que no tenía respuesta, el tipo de preguntas que al parecer a los adultos les encanta.

Antes de que Raymie pudiera formular alguna respuesta, la mujer ya había descendido del auto y había *cogido el* bastón de Beverly y tiraba de él mientras Beverly también lo agarraba.

Se levantó más polvo.

—Suéltalo —dijo Beverly.

—Suéltalo tú —dijo la mujer, que seguro que era la madre de Beverly, aunque en realidad no se comportaba como una madre.

—|Ya basta, dejaos de tonterías, de inmediato!

Esta orden fue proferida por Ida Nee, quien había aparecido de la nada y que estaba de pie frente a ellas con sus botas blancas brillantes y su bastón extendido frente a ella como una espada. Parecía un ángel vengador de una viñeta del catecismo.

Beverly y la mujer dejaron de pelear.

—¿Qué está pasando aquí, Rhonda? —preguntó Ida Nee.

—Nada —dijo la mujer.

—¿No puedes controlar a tu hija? —dijo Ida Nee.

—Ella empezó —dijo Beverly.

—Fuera de aquí, vosotras dos —dijo Ida Nee. Señaló el coche con su bastón—. Y no volváis hasta que aprendáis a comportaros apropiadamente. Deberías estar avergonzada de ti misma, Rhonda, una malabarista campeona como tú.

Beverly subió al asiento trasero del auto, y su madre subió al frente. Ambas dieron un portazo al mismo tiempo.

—Nos vemos mañana —dijo Raymie mientras el coche avanzaba.

—¡Ja! —dijo Beverly—. Nunca volverás a verme.

Por algún motivo, esas palabras fueron como un golpe en el estómago. Las sintió como alguien deslizándose por un pasillo en medio de la noche, zapatos en mano, partiendo sin decir adiós.

Raymie le dio la espalda al coche y miró a Ida Nee, quien sacudió la cabeza, caminó dejando atrás Raymie y se dirigió hada su oficina de malabarismos con bastón (que en realidad sólo era un garaje) y cerró la puerta.

El alma de Raymie no era una tienda de campaña. Ni siquiera era un guijarro.

Al parecer, su alma había desapareado por completo.

Después de un largo rato, o lo que sintió como un largo rato, la madre de Raymie llegó.

—¿Cómo fue la dase? —preguntó su madre.

—Complicada —dijo Raymie.

—Todo es complicado —dijo su madre—. Ni siquiera puedo imaginar por qué deseas aprender malabares con un bastón. El verano pasado fueron las clases de salvamento. Éste, malabarismo. Nada de esto tiene sentido para mí.

Raymie miró el bastón sobre su regazo. *Tengo un plan*, quería decir. *Y hacer malabares con bastón es parte del plan*. Cerró los ojos e imaginó a su padre en un reservado de una cafetería, sentado frente a Lee Ann Dickerson.

Imaginó a su padre abriendo el periódico y descubriendo que ella era Pequeña *Miss* Florida. ¿No estaría impresionado? ¿No querría volver a casa de inmediato? ¿Y Lee Ann Dickerson no estaría impactada y celosa?

—¿Qué pudo haber visto tu padre en esa mujer? —dijo la madre de Raymie, casi como si supiera lo que Raymie estaba pensando—. ¿Qué pudo haber visto en ella?

Raymie agregó esta pregunta a la lista de preguntas imposibles e incontestables que los adultos solían formularle.

Pensó en el señor Staphopoulos, su entrenador de salvamento del verano anterior. No era el tipo de hombre que hiciera preguntas que no tenían respuesta.

El señor Staphopoulos hacía una sola pregunta: *¿Vas a solucionar problemas o a ocasionarlos?*

Y la respuesta era obvia.

Debía solucionarlos.

DIEZ

EL SEÑOR STAPHOPOULOS tenía pelo en los dedos de los pies y vello a lo largo de toda su espalda. Se colgaba un silbato plateado alrededor del cuello. Raymie creía que nunca se lo quitaba.

El señor Staphopoulos era muy apasionado en lo concerniente a que la gente no se ahogara.

—¡La tierra viene después, señores! —eso era lo que el señor Staphopoulos decía a sus estudiantes de Salvamento 101—. El mundo está hecho de agua, y ahogarse es un peligro siempre presente. Debemos ayudamos unos a otros. Seamos solucionadores de problemas.

Entonces el señor Staphopoulos haría sonar su silbato, lanzaría a Edgar al agua, y comenzaría la clase de salvamento.

Edgar era el maniquí que simulaba ahogarse. Medía un metro y medio. Estaba vestido con vaqueros y una camisa a cuadros. Tenía botones en vez de ojos, y su sonrisa estaba dibujada con rotulador permanente rojo. Estaba relleno de algodón que nunca terminaba de secarse, y en las manos, pies y estómago tenía cosidas piedras para que se hundiera. Olía a moho: una especie de olor dulzón y triste.

El señor Staphopoulos hizo a Edgar. Lo había diseñado para que se ahogara.

Parecía un motivo extraño por el cual ser llamado al mundo: ahogarse, ser rescatado, ahogarse otra vez.

También era extraño para Raymie que Edgar estuviera condenado a sonreír durante todo el proceso.

Si ella hubiera hecho a Edgar le habría puesto una expresión de mayor perplejidad en el rostro.

De cualquier manera, tanto Edgar como el señor Staphopoulos ya no estaban. Se habían mudado a Carolina del Norte al final del verano anterior.

Raymie los había visto en el estacionamiento del supermercado Tag & Bag el día que se fueron. Todas las pertenencias del señor Staphopoulos estaban guardadas en su camioneta, e incluso llevaba algunas cosas sujetas al techo. Edgar iba sentado en el asiento trasero, mirando al frente. Por supuesto, estaba sonriendo. El señor Staphopoulos se estaba subiendo al coche. Raymie lo llamó:

—Adiós, señor Staphopoulos.

—Raymie —respondió él, y se dio la vuelta—. Raymie Clarke —cerró la puerta de su camioneta y caminó hacia ella. Puso la mano sobre la cabeza de Raymie.

Hacía calor en el estacionamiento de Tag & Bag. Había gaviotas

revoloteando y graznando, y la mano el señor Staphopoulos se sentía pesada y ligera al mismo tiempo.

El señor Staphopoulos vestía unos pantalones color caqui y sandalias. Raymie veía los pelos de sus pies. El silbato estaba colgado alrededor de su cuello y el sol se reflejaba en él y hacía que se viera como un pequeño círculo de luz. Parecía como si algo en medio del pecho del señor Staphopoulos estuviera en llamas.

El sol hacía destellar los carritos de súper abandonados y los volvía mágicos, hermosos. Todo relucía. Las gaviotas graznaban. Raymie pensó que algo maravilloso estaba a punto de suceder.

Pero no sucedió nada, excepto que el señor Staphopoulos dejó la mano sobre su cabeza por lo que pareció ser un largo rato, y luego la levantó, le dio un apretón en el hombro y dijo:

—Adiós, Raymie.

Sólo eso.

—Adiós, Raymie.

¿Por qué esas palabras eran tan importantes?

Raymie no lo sabía.

ONCE

YA EN casa, después de la extremadamente extraña clase de malabarismo con bastón, Raymie se sentó en su habitación con la puerta cerrada y comenzó a rellenar la solicitud para Pequeña *Miss* Florida. Era una fotocopia de dos páginas, y era obvio que el señor Pitt, patrocinador del concurso y dueño de Neumáticos de Florida, la había mecanografiado. No lo había hecho muy bien. La solicitud estaba repleta de errores, que por algún motivo hacían que todo el plan (el concurso y que Raymie lo ganara y la consiguiente esperanza de que al ganarlo su padre volviera a casa) pareciera dudoso.

La primera pregunta estaba en mayúsculas. Decía: ¿QUIERES SER PEQUEÑA *MISS* FLORIDA 1975?

No había espacio para la respuesta, pero Raymie pensó que sería mejor hacerlo, ya que la solicitud decía: "Asegúrate de responder TODAS las preguntas".

Raymie escribió un SÍ muy apretado justo después del signo de interrogación. Usó mayúsculas. Pensó añadir un signo de exclamación, pero decidió no hacerlo.

Y luego escribió su nombre: Raymie Clarke.

Y su dirección: Calle Borton 1213, Lister, Florida.

Y luego su edad: 10.

Se preguntó si Louisiana y Beverly estarían sentadas en sus habitaciones rellenando sus solicitudes. ¿Uno tenía que rellenar la solicitud para un concurso si quería sabotearlo?

Raymie cerró los ojos y vio a Louisiana escribiendo en el aire las palabras *Los Elefantes Voladores* con el bastón. ¿Cómo podía competir Raymie con alguien proveniente del mundo del espectáculo?

Raymie abrió los ojos y miró por la ventana. La vieja señora Borkowski estaba sentada en una tumbona en medio de la calle. Los cordones de sus zapatos estaban desatados. Tenía el rostro levantado hacia el sol.

La madre de Raymie decía que la señora Borkowski estaba chiflada. Raymie no sabía si eso era verdad o no. Pero ella pensaba que la señora Borkowski sabía cosas, cosas importantes. Algunas de las cosas que sabía las decía. Y se negaba a decir otras cosas que también sabía, a veces se limitaba a decir *Ffffiúúúúúúú cuando Raymie* pedía más información.

La vieja señora Borkowski quizá sabía quiénes eran los Elefantes Voladores.

Raymie volvió a mirar la solicitud. Decía: "Por favor, enumera todas tus BUENAS ACCIONES. Utiliza una hoja de papel adicional si es

necesario".

¿Buenas acciones? ¿Qué buenas acciones?

El estómago de Raymie se encogió. Se levantó del escritorio, salió de su habitación, fue a la puerta principal y salió a la calle. Se colocó enfrente de la tumbona de la señora Borkowski.

—¿Qué? —dijo la señora Borkowski sin abrir los ojos.

—Estoy completando una solicitud —dijo Raymie.

—Sí, ¿y?

—Se supone que debo hacer buenas acciones —dijo Raymie.

—Una vez —dijo la señora Borkowski. Chasqueó los labios. Sus ojos seguían cerrados—. Una vez algo pasó.

Obviamente, la señora Borkowski intentaba contar una historia. Raymie se sentó en medio de la calle a los pies de la señora Borkowski. El pavimento estaba tibio. Miró los cordones desatados de los zapatos de la señora Borkowski.

La señora Borkowski nunca se ataba los zapatos.

Era demasiado vieja para alcanzar sus pies.

—Una vez algo pasó —dijo de nuevo la señora Borkowski—. Estaba en un bote en el mar y vi que un bebé era arrebatado de los brazos de su madre. Por un pájaro. Un pájaro marino gigante.

—¿Es una historia sobre una buena acción? —preguntó Raymie.

—Fue terrible, la forma en que la madre gritó.

—Pero la madre recuperó al bebé, ¿verdad?

—¿De un pájaro marino gigante? Nunca —dijo la señora Borkowski—. Esos pájaros marinos gigantes se quedan con lo que roban. También roban botones. Y broches para el pelo —la señora Borkowski inclinó la cabeza y abrió los ojos y miró a Raymie. Ella parpadeó. La señora Borkowski tenía unos ojos muy tristes y extremadamente llorosos—. Las alas del pájaro marino eran enormes. Parecía como si pertenecieran a un ángel.

—¿Entonces el pájaro marino de hecho era un ángel? ¿Estaba haciendo una buena obra al salvar al bebé?

—*Ffífiúúúúúúú* —dijo la señora Borkowski. Agitó la mano en el aire—. ¿Quién sabe? Sólo te digo lo que sucedió. Lo que vi. Interprétalo como quieras. Ven mañana y córtame las uñas de los pies, y te daré un poco de ese caramelo delicioso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Raymie.

¿Cortar las uñas de los pies de la señora Borkowski contaba como una buena obra? Probablemente no. La señora Borkowski siempre le daba dulces a Raymie a cambio del corte de uñas, y si alguien te pagaba por hacer algo, no podía ser una buena obra.

La señora Borkowski cerró los ojos. Recostó otra vez la cabeza. Después de un rato comenzó a roncar.

Raymie se levantó y entró en casa y fue a la cocina.

Cogió el teléfono y llamó a la oficina de su padre.

—Aseguradora Familiar Clarke —dijo la señora Sylvester con su voz de pajarito de dibujos animados—. ¿Cómo podemos protegerlo?

Raymie guardó silencio.

La señora Sylvester aclaró la garganta.

—Aseguradora Familiar Clarke —dijo de nuevo—. ¿Cómo podemos protegerlo?

Fue agradable escuchar a la señora Sylvester decir por segunda vez: *¿Cómo podemos protegerlo?* De hecho, Raymie pensó que le gustaría escuchar a la señora Sylvester formular la pregunta varios cientos de veces al día. Era una pregunta tan agradable. Era una pregunta que prometía cosas buenas.

—¿Señora Sylvester? —dijo.

—Sí, querida —dijo la señora Sylvester.

Raymie cerró los ojos e imaginó el frasco gigante de caramelos sobre el escritorio de la señora Sylvester. A veces, por la tarde, el sol brillaba sobre el frasco y lo iluminaba de forma que parecía una lámpara.

Raymie se preguntó si eso estaba sucediendo en ese momento.

Detrás del escritorio de la señora Sylvester estaba la puerta de la oficina del padre de Raymie. La puerta estaría cerrada, y la oficina vacía. Nadie estaría sentado frente al escritorio de su padre porque él se había marchado.

Raymie trató de evocar su rostro. Intentó imaginarlo sentado en su oficina frente a su escritorio.

No pudo hacerlo.

Sintió una oleada de pánico. Apenas habían pasa! do dos días desde que su padre se había ido, y ella no podía recordar su rostro. ¡Debía traerlo de vuelta!

Recordó entonces por qué llamaba.

—Señora Sylvester —dijo—, tengo que hacer buenas acciones para el concurso.

—Ay, corazón —dijo la señora Sylvester—, eso no es problema para nada. Sólo camina un par de calles hacia el asilo Valle Dorado y ofrece leer a uno de los residentes. A los mayores les encanta que les lean.

¿A los ancianitos les encantaba que les leyeran? Raymie no estaba segura. La vieja señora Borkowski era muy mayor y lo que siempre quería que Raymie hiciera era que le cortara las uñas de los pies.

—¿Qué tal estuvo tu primera clase de malabarismo con bastón? —preguntó la señora Sylvester.

—Estuvo interesante —dijo Raymie.

Una imagen de Louisiana Elefante cayendo de rodillas cruzó la cabeza de Raymie. A esta imagen le siguió una de Beverly Tapinski y

su madre peleándose por el bastón en medio de una nube de polvo de gravilla.

—¿No es emocionante aprender algo nuevo? —preguntó la señora Sylvester.

—Sí —dijo Raymie.

—¿Cómo está tu madre, corazón? —dijo la señora Sylvester.

—Está sentada en el sillón del invernadero. Lo hace muy a menudo. Básicamente eso es lo que hace. En realidad no hace nada más. Sólo se sienta ahí.

—Bueno —dijo la señora Sylvester. Hubo una larga pausa—. Todo saldrá bien. Ya verás. Todos hacemos lo que podemos.

—De acuerdo —dijo Raymie.

Las palabras de Louisiana flotaban en su mente.

Estoy demasiado aterrada para continuar.

Raymie no dijo las palabras en voz alta, pero sintió que la atravesaban. Y la señora Sylvester —amable y con voz de pájaro— debió sentirlas también porque dijo:

—Elige un libro adecuado para compartir, corazón, y luego ve al asilo Valle Dorado. Les alegrará mucho verte ahí. Simplemente haz lo que puedas, ¿de acuerdo? Todo saldrá bien. Al final todo saldrá bien.

DOCE

NO FUE hasta que Raymie colgó el teléfono que se preguntó lo que había querido decir la señora Sylvester con un libro *adecuado*.

Entró en la sala y se detuvo sobre la alfombra amarilla y observó la estantería. Todos los libros eran de color marrón y parecían serios. Eran los libros de su padre. ¿Y si él volvía a casa y faltaba uno de los libros? Sintió que lo mejor sería no tocarlos.

Raymie fue a su habitación. En las repisas que había sobre su cama había conchas marinas y animales de peluche y libros. *¿Los incursores?* No, era muy poco probable. Ningún adulto normal creería en personas pequeñitas que vivían debajo del suelo. *¿El oso Paddington?* Ese libro tenía un aire demasiado alegre y tonto para la seriedad de un asilo. *¿La casa de la pradera?* Alguien muy mayor seguramente habría pasado toda su vida escuchando ese cuento y no querría escucharlo de nuevo.

Y entonces Raymie vio *Un camino luminoso y brillante: la vida de Florence Nightingale*. Era un libro que Edward Option le había dado el último día de clases! El señor Option era el bibliotecario de la escuela. Tenía que agachar la cabeza para entrar y salir de la biblioteca del colegio George Mason Willamette.

El señor Option tenía un aspecto demasiado joven e inseguro como para ser un bibliotecario.

Además, sus corbatas eran demasiado anchas y en todas ellas aparecían imágenes extrañas y solitarias de playas desiertas, bosques encantados o platillos voladores.

A veces, cuando sostenía un libro, las manos del señor Option temblaban de nerviosismo. O tal vez era de entusiasmo.

De cualquier forma, el último día de clases, Edward Option le había dicho a Raymie:

—Eres tan buena lectora, Raymie Clarke, que me pregunto si estarás interesada en ampliar tu horizonte. Aquí tengo un libro que no es de cuentos, quizá te guste.

—De acuerdo —dijo Raymie, aunque no le interesaba para nada los libros sin cuentos. Le gustaban las historias.

El señor Option sacó *Un camino luminoso y brillante: la vida de Florence Nightingale*. En la portada aparecían docenas de soldados recostados boca arriba en lo que parecía un campo de batalla, y una señorita caminaba en medio de ellos llevando una lámpara sobre su cabeza, y los hombres extendían las manos hacia ella, como suplicando ayuda.

En ninguna parte de la imagen había un camino luminoso o

brillante.

Parecía un libro horrible y deprimente.

—Tal vez —dijo el señor Option—, podrías leer esto durante el verano, y luego podríamos hablar sobre él cuando se reanuden las clases.

—De acuerdo —dijo Raymie otra vez. Pero sólo accedió porque le caía muy bien el señor Option, y porque era tan alto y solitario y estaba tan ilusionado.

Había cogido el libro de Florence Nightingale, lo había llevado a casa y colocado sobre su repisa. Unos días después, su padre huyó con Lee Ann Dickerson y Raymie lo olvidó todo acerca de Edward Option y sus extrañas corbatas y su libro sin cuentos.

Pero quizás alguien en el asilo Valle Dorado querría oír hablar sobre la vida de Florence Nightingale y su camino luminoso. Tal vez era justo lo que la señora Sylvester quería decir con un libro *apropiado*.

Tal vez todo saldría bien al final.

TRECE

EL ASILO VALLE Dorado estaba a cuatro calles de la casa de Raymie. Podría haber ido en bicicleta, pero decidió caminar para tener tiempo de flexional los dedos de los pies y poner en claro sus objetivos.

Todos los días en Salvamento 101, el señor Staphopoulos pedía a todos los alumnos que se detuvieran frente al muelle, flexionaran los dedos de los pies y aclararan sus objetivos. El señor Staphopoulos creía que flexionar los dedos de los pies despejaba tu mente, y una vez que tu mente estaba libre era fácil aclarar tus objetivos y descubrir qué hacer a continuación. Por ejemplo: salvar a quien se estuviera ahogando.

—¿Cuál es mi objetivo? —murmuró Raymie. Flexionó los dedos de los pies dentro de sus tenis—. Mi objetivo es realizar una buena acción. Y también convertirme en Pequeña *Miss* Florida para que mi padre vuelva a casa.

Se le encogió el estómago. ¿Y si ganaba Louisiana?

¿Y si Beverly saboteaba el concurso? ¿Y si el padre de Raymie nunca volvía a casa, sin importar lo que Raymie hiciera? Un pájaro marino gigante atravesó volando el cerebro de Raymie, con las garras extendidas.

—No, no, no —murmuró. Flexionó los dedos de sus pies. Aclaró su mente. Aclaró sus objetivos. *Haz una buena acción*, pensó. *Conviértete en Pequeña* Miss *Florida. Haz una buena acción. Haz una buena acción.*

Después de flexionar mucho los dedos de los pies, Raymie llegó al asilo Valle Dorado y descubrió que la puerta estaba cerrada con llave.

Había un letrero que decía: esta puerta está cerrada. POR FAVOR, PULSAR EL TIMBRE PARA ENTRAR. Una flecha / señalaba un botón.

Raymie presionó el botón y escuchó que sonaba un timbre en alguna parte muy adentro del edificio. Esperó. Flexionó los dedos de los pies.

Un intercomunicador se encendió con un crujido.

—Habla Martha. Es un día dorado en el Valle Dorado. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Hola —dijo Raymie.

—Hola —dijo la mujer llamada Martha.

—Hum… —dijo Raymie—. Estoy aquí para hacer una buena acción.

—Eso es maravilloso, ¿no? —dijo Martha.

Raymie no estaba segura de sí eso era una afirmación o una pregunta, así que no respondió. Hubo un largo silencio. Raymie dijo:

—He traído un libro sobre Florence Nightingale.

—¿La enfermera? —preguntó Martha.

—Hum… —dijo Raymie—. Tiene una lámpara. Y el libro se llama *Un camino luminoso y brillante: la vida de Florence Nightingale.*

—Fascinante —dijo Martha.

El aparato emitió un lánguido crujido.

Raymie respiró hondo y preguntó:

—¿Puedo entrar y leerle el libro a alguien?

—Claro —dijo Martha—. Ahora te abro.

Se escuchó un zumbido largo y ruidoso, y Raymie escuchó que se abría la cerradura de la puerta. Extendió la mano, giró el pomo y entró al asilo Valle Dorado. Dentro olía a cera para el suelo y a ensalada de frutas y a algo más, un olor sobre el que Raymie no quería pensar demasiado.

Una mujer con un suéter azul sobre los hombros estaba de pie detrás de un mostrador al final del pasillo. Le sonrió a Raymie.

—Hola —dijo—. Soy Martha.

—Soy la persona que le va a leer a alguien —dijo Raymie, mostrando el libro que tenía entre las manos, el libro sobre Florence Nightingale.

—Claro, claro —dijo Martha. Salió de la parte trasera del mostrador—. Ven conmigo.

Cogió la mano de Raymie y la condujo por unas escaleras hasta una habitación donde el suelo estaba pulido y brillaba tanto que ni siquiera parecía suelo. Parecía un lago.

El corazón de Raymie dio un brinco.

Tenía la sensación de que al fin comprendería algo. Tenía esta sensación a menudo, de que alguna verdad le sería revelada. Lo había sentido en el estacionamiento de Tag & Bag con el señor Staphopoulos cuando se despedía de ella. Lo había sentido antes, ese mismo día, cuando estaba con Beverly y Louisiana en el patio de Ida Nee. A veces lo sentía sentada a los pies de la señora Borkowski.

Pero hasta ahora, la sensación nunca había permanecido.

La verdad nunca se había revelado.

Quizás esta vez sería diferente.

La habitación se expandió. El brillo se tornó más brillante. Raymie pensó en sabotear a los Elefantes Voladores. Pensó en su padre sentado en la cafetería con Lee Ann Dickerson. Pensó en Edgar, el maniquí que simulaba ahogarse, y en un pájaro marino gigante con alas de ángel. Pensó en todas las cosas que no comprendía pero que deseaba comprender.

Y entonces el sol se ocultó detrás de una nube y el lago volvió a ser el suelo y Martha dijo:

—Vamos con Isabelle —y todo terminó. La sensación de estar a

punto de comprender algo se había evaporado, y Raymie no era más sabia que antes.

Martha condujo a Raymie hada una ancianita sentada en una silla de ruedas junto a una ventana.

—La vista de Isabelle ya no es como antes —dijo Martha—, así que no puede leer como solía hacerlo.

—Puedo leer bien —dijo Isabelle.

—Bueno, eso no es verdad, Isabelle —dijo Martha—. Estás ciega como murciélago.

Isabelle cerró la mano derecha y golpeó con ella el brazo de la silla de ruedas. *Pum, pum, pum.*

—No me molestes, Martha —dijo. Era una mujer pequeñita y su cabello estaba totalmente blanco, y alguien lo había trenzado en una complicada corona sobre su cabeza para que paradera un hada marina. Sus ojos eran muy azules.

Martha miró a Raymie.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó.

A Raymie nunca antes la habían llamado niña. Sabía que era una niña, por supuesto, pero era extrañamente reconfortante que alguien abordara la situación de forma directa.

—Me llamo Raymie —dijo.

—Isabelle —dijo Martha—. Ella es Raymie.

—¿Y qué? —dijo Isabelle.

—Le gustaría leerte sobre la vida de Florence Nightingale.

—Estás bromeando —dijo Isabelle.

—Isabelle —dijo Martha—, por favor. La niña quiere realizar una buena acción.

Isabelle miró a Raymie. Sus ojos brillaban. No pare— tía que estuviera ciega como un murciélago. Más bien era como si tuviera visión de rayos X.

Raymie sentía que Isabelle veía dentro de ella.

Encogió su alma, la empequeñeció lo más que pudo y la arrinconó a un lado, para ocultarla.

—¿Una buena acción? —preguntó Isabelle—. ¿Por qué quieres hacer una buena acción? ¿Cuál es tu propósito exactamente?

¿Su propósito? ¿Eso era lo mismo que un objetivo?

Raymie flexionó los dedos de sus pies.

—Sólo, hum, hacer una buena acción —dijo.

Isabelle la miraba fijamente. Raymie le sostuvo la mirada. Hizo su alma cada vez más pequeña. Se imaginó que se volvía tan pequeñita como el punto al final de una oración. Nadie la encontraría jamás.

—De acuerdo —dijo Isabelle después de lo que pareció mucho tiempo—. ¿Qué importa? Léeme acerca de Florence Nightingale.

—¿No es maravilloso? —le dijo Martha a Raymie—. A Isabelle le

gustaría aprender sobre Florence Nightingale.

CATORCE

—FLORENCE NIGHTINGALE no me interesa en lo más mínimo —dijo Isabelle mientras Raymie empujaba su silla de ruedas por un largo pasillo con puertas cerradas a los lados—. Los que hacen el bien no me interesan. Son las personas menos interesantes en el planeta. Y Florence Nightingale era de esas personas que hacen el bien, si es que en realidad alguna vez ha existido alguna.

—De acuerdo —dijo Raymie, porque no se le ocurría otra cosa que decir. También se le dificultaba hablar. Estaba sin aliento por empujar la silla de ruedas. Isabelle pesaba más de lo que parecía.

—Más rápido —dijo Isabelle.

—¿Qué? —preguntó Raymie.

—Ve más rápido —dijo Isabelle.

Raymie intentó empujar la silla de ruedas más rápido. Sentía gotitas de sudor sobre el labio superior. Le dolían los brazos. También las piernas.

—¡Agarra mi mano! —gritó una voz terrible detrás de una de las puertas cerradas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Raymie. Dejó de empujar la silla de ruedas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Isabelle— ¿Por qué te detienes?

—¡Agarra mi mano! —gritó de nuevo la voz. El corazón de Raymie brincó muy alto en su pecho, y luego se hundió lentamente.

—¿Quién es ésa? —preguntó Raymie.

—Es Alice Nebbley —dijo Isabelle—. Ignórala. Sólo sabe decir una frase, y la repite día y noche. Es horrible soportar la monotonía de su petición.

A Raymie no le parecía que la voz perteneciera a alguien llamado Alice. Más bien sonaba como la voz de un trol que estuviera de pie bajo un puente esperando a que un macho cabrío pasara por ahí.

El corazón de Raymie martilleaba en algún lugar profundo de su ser. Sentía como si hubiera cambiado de posición de manera permanente: desde su pecho hasta su estómago. Pensó en lo bonito que sería no temer nada, ser como Beverly Tapinski.

Raymie inhaló profundamente y comenzó a empujar la silla de ruedas otra vez.

—Eso es —dijo Isabelle—. El truco es seguir moviéndote. Nunca dejes de moverte.

QUINCE

LA HABITACIÓN de Isabelle tenía una cama individual una mecedora y una mesita de noche con un reloj sobre ella. Sobre la mecedora había una manta. Las paredes estaban pintadas de blanco. El tictac del reloj sonaba muy fuerte.

—¿Me puedo sentar? —preguntó Raymie.

—No me importa —dijo Isabelle.

Raymie se sentó en la mecedora, pero se quedó muy quieta. No parecía un buen momento para mecerse.

—¿Puedo leer ahora? —preguntó. Levantó el libro de Florence Nightingale.

—No me leas ese libro —dijo Isabelle.

—De acuerdo —dijo Raymie. Flexionó los dedos de sus pies. Intentó aclarar sus objetivos, pero no podía pensar en qué hacer después. ¿Debía marcharse?

—¡Agarra mi mano! —gritó Alice Nebbley.

La voz no se escuchaba tan fuerte como cuando estaban en el pasillo, pero era lo bastante sonora para provocar que Raymie se sobresaltara.

—Este lugar —dijo Isabelle.

Y entonces, desde muy lejos, se escuchó música. Era música hermosa y triste. Alguien estaba tocando el piano. Por alguna razón, la canción hizo a Raymie pensar en los Elefantes Voladores (donde quiera que estuvieran) y su equipaje.

—No lo soporto —dijo Isabelle. Cubrió su rostro con las manos.

—¿Debería irme? —preguntó Raymie.

Isabelle levantó la vista y aguzó la mirada.

—¿Sabes escribir?

—¿Escribir? —preguntó Raymie.

—Cartas —dijo Isabelle—. Palabras. En un pedazo de papel —cerró la mano y golpeó con ella el brazo de la silla de ruedas—. ¿Puedes poner palabras en papel? ¡Ay, la frustración de este mundo!

—Sí —dijo Raymie.

—Bien —dijo Isabelle—. Coge la libreta del cajón superior de la mesita de noche. Y la pluma. Escribe lo que diga, exactamente lo que diga.

¿Escribir para alguien era una buena acción? Tenía que serlo. Raymie se puso de pie y cogió la pluma y la libreta. Regresó a su asiento.

—Para la administración —dijo Isabelle.

Raymie la miró.

—Escríbelo —dijo Isabelle, golpeando otra vez con el puño el brazo de la silla de ruedas—. Escríbelo, escríbelo.

—¡Agarra mi mano! —gritó de nuevo Alice Nebbley.

Raymie inclinó la cabeza. Escribió *Para la administración*. Le temblaba la mano.

—Ya basta de música de Chopin en esta institución —dijo Isabelle.

Raymie levantó la vista.

—Escribe eso también —dijo Isabelle.

Hubo un largo silencio en la habitación.

—No sé cómo se escribe *Chopin* —dijo Raymie finalmente.

—¿Qué os enseñan en esas escuelas? —preguntó Isabelle.

Raymie sabía que ésta era otra de las preguntas imposibles, incontestables, de los adultos. Esperó.

—Era un músico —dijo Isabelle—. Uno demasiado melancólico. *Chopin* es un nombre propio. Por lo tanto, comienza con una *C* mayúscula y después una *h* minúscula.

Y continuaron así; cuando terminaron, Raymie había escrito una carta de queja para Isabelle, en la que detallaba cómo el conserje del asilo Valle Dorado tocaba el tipo de música inapropiado en el piano de la sala común. Según Isabelle, la música de Chopin era demasiado lúgubre, y el conserje debía dejar de tocarla porque el mundo ya era lo bastante lúgubre por sí mismo. El asilo Valle Dorado, en particular, era demasiado triste, según Isabelle.

Era una carta muy larga.

Y cuando Raymie terminó de escribirla, Isabelle le pidió a Raymie que condujera su silla de ruedas fuera de la habitación y por el pasillo, y de vuelta a la sala común, donde el suelo era sólo suelo y no un lago brillante, y donde había una caja de madera con la palabra sugerencias escrita a un costado con letras plateadas.

—Ponía ahí —dijo Isabelle.

—¿Yo? —preguntó Raymie.

—Tú la has escrito, ¿no? —dijo Isabelle.

Raymie puso la carta en la caja.

—Listo —dijo Isabelle—. Querías hacer una buena acción. Pues ya la has hecho.

Escribir una queja sobre música lúgubre no parecía ser una buena obra en absoluto. Parecía lo opuesto a una buena obra.

—Llévame de vuelta a mi habitación —dijo Isabelle—. Ya he tenido suficiente.

Raymie pensó que ella también había tenido suficiente. Le dio la vuelta a la silla de ruedas y llevó a Isabelle a su habitación.

—¡Agarra mi mano! —gritó Alice Nebbley mientras atravesaban el pasillo.

—Cierra la puerta cuando salgas —dijo Isabelle después de que Raymie la dejara en su habitación—. Y no regreses. No estoy interesada en personas que hacen buenas acciones. De todas formas, las buenas acciones son inútiles. Nada cambia. Nada importa.

El sol intentaba colarse por la ventana pequeña de la habitación de Isabelle. Raymie estaba de pie en la puerta con Florence cerca de su pecho, como si el libro pudiera protegerla. Lo cual no podía hacer, por supuesto. Ella lo sabía.

Todo parecía deprimente, imposible.

—Archie, siento haberte traicionado —dijo Raymie sin querer.

—Sí, bueno, pobre Archie, pobrecito Archie. Y qué mal que lo traicionaste —dijo Isabelle—, quienquiera que sea.

—Es un gato —dijo Raymie.

Isabelle miró fijo a Raymie con sus ojos azules y brillantes.

—¿Por eso querías hacer una buena acción, porque traicionaste a un gato?

—No —dijo Raymie—. Mi padre se ha marchado.

—¿Y?

—Estoy intentando traerlo de vuelta —dijo Raymie.

—¿Con buenas obras? —preguntó Isabelle.

—Sí —dijo Raymie. Tal vez era por la visión de rayos X de Isabelle, o tal vez por su falta de compasión; por alguna razón, Raymie le dijo a Isabelle la verdad—. Voy a ganar un concurso y entonces seré famosa y él verá mi foto en el periódico y tendrá que volver a casa.

—Entiendo.

Justo entonces, el sol logró entrar por una esquina de la ventana de Isabelle y cayó en un pequeño cuadro de luz sobre el suelo. Era muy brillante. Resplandecía. Parecía la ventana a otro universo.

—Mire —dijo Raymie. Señaló el parche de sol.

—Lo veo —dijo Isabelle—. Lo veo.

DIECISÉIS

—¡AGARRA mi mano! —gritó Alice Nebbley cuando

Raymie caminaba por el pasillo.

Raymie se detuvo. Puso atención. Flexionó los dedos de sus pies. Y luego caminó otra vez. Siguió el sonido de la voz de Alice.

Raymie necesitaba hacer una buena acción, y además necesitaba compensar la mala acción que acababa de realizar. Eso significaba que tenía que llevar a cabo la mejor acción y la más valiente en la que pudiera pensar, la obra que menos quisiera hacer.

Tenía que ir a la habitación de Alice Nebbley y preguntarle si quería que le leyera.

Era un escenario terrorífico.

Raymie miró sus pies. Puso uno frente al otro. Se concentró en la voz de Alice.

La voz la condujo hasta una puerta con el número 323, y debajo del número había una tarjeta blanca. En la tarjeta estaba escrito *Alice Nebbley* en tinta negra.

Las letras del nombre parecían temblorosas e indefinidas, como si la misma Alice Nebbley las hubiera escrito.

Raymie flexionó los dedos de los pies. Llamó a la puerta.

Y como nadie respondió, Raymie inhaló profundamente, giró el pomo de la puerta y entró. La habitación estaba a oscuras, pero Raymie vio que había alguien en la cama.

—¿Señora Nebbley? —murmuró Raymie.

No hubo respuesta.

Raymie dio unos pasos al interior de la habitación.

—¿Señora Nebbley? —repitió, un poco más fuerte esta vez. Escuchaba a quien estuviera en la cama respirando de forma áspera y ahogada.

—Ehh —dijo Raymie—. Estoy aquí para hacer una buena acción. ¿Le gustaría que le leyera sobre un camino luminoso y brillante y, hum, Florence Nightingale... señora Nebbley?

—Arrrrrrgggggggghhhhhh —gritó Alice Nebbley.

Era el ruido más terrorífico que Raymie hubiera escuchado en su vida. Era un sonido de dolor puro, de necesidad pura. El grito de Alice Nebbley perforó algo dentro de Raymie. Sintió que su alma salía volando *hacia la nada.*

—¡No puuuueeeeeeddddddoooo! —gritó Alice Nebbley—. Dameeeeee —una mano salió de entre las sábanas. Estaba intentando tocar algo. ¡Intentaba tocarla a ella, Raymie Clarke!

Raymie pegó un salto y *Un camino luminoso y brillante: la vida de*

Florence Nightingale salió de sus manos y voló en el aire y cayó debajo de la cama de Alice Nebbley.

Raymie gritó.

Alice Nebbley gritó en respuesta.

—¡Arrrrrrgggggghhhhhh! ¡No puedo, no puedo soportar el dolor! ¡Agarra mi mano!

Aún tenía la mano extendida, saliendo de las sábanas, buscando.

—¡Por favor, por favor, agarra mi mano!

Raymie Clarke dio media vuelta y corrió.

Durante largo rato, Raymie permaneció de pie sobre la acera frente al asilo Valle Dorado, flexionando los dedos de sus pies y aclarando sus objetivos.

Tenía que recuperar el libro. Ése era su único objetivo verdadero en ese momento. Era un libro de la biblioteca. Edward Option estaría muy decepcionado de ella si no lo devolvía. Ni siquiera lo había leído, y eso también lo decepcionaría. ¡Y habría multas, multas por el retraso en la entrega!

¿Y si tenía que pagar el libro?

Pero no podía volver a la habitación de Alice Nebbley. En verdad no sabía si era lo bastante valiente para regresar al asilo Valle Dorado.

Pensó en la visión de rayos X de Isabelle.

Pensó en la mano de Alice Nebbley.

Pensó en los pájaros marinos gigantes que arrancaban bebés de los brazos de sus madres.

Y entonces escuchó la voz de Beverly Tapinski: *El miedo es una gran pérdida de tiempo. Yo no le temo a nada.*

Beverly. Beverly Tapinski y su navaja de bolsillo.

Beverly, que no le temía a nada.

De pronto, Raymie supo cuál era su objetivo.

Encontraría a Beverly y le pediría ayuda para recuperar a Florence Nightingale.

DIECISIETE

FUE SORPRENDENTE lo fácil que resultó encontrar a Beverly Tapinski.

Cuando Raymie acudió a las clases de malabarismo con bastón la tarde siguiente, Beverly estaba de pie bajo los pinos, mascando chicle y mirando de frente.

—Creí que ya no volverías —dijo Raymie.

Beverly guardó silencio.

—Me alegra que lo hicieras.

Beverly se dio la vuelta y la miró. Tenía un moretón en la cara, bajo su ojo izquierdo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó Raymie.

—A mi cara no le ha pasado nada —dijo Beverly. Mascó su chicle y miró fijamente a Raymie. Los ojos de Beverly eran azules. No eran del mismo azul que los de Isabelle; eran más oscuros, más profundos. Pero tenían el mismo efecto que los ojos de Isabelle. Raymie sentía como si pudieran ver a través de ella, en su interior.

Miró a Beverly y comenzó a cambiar de sitio su alma para volverla invisible.

Y entonces llegó Louisiana Elefante.

Tenía puesto el mismo vestido rosa del día anterior. Pero hoy llevaba broches en el pelo, seis en total. Estaban desperdigados al azar en su cabellera rubia y lacia. Todos los broches eran idénticos: de plástico rosa y brillante, con pequeños conejitos blancos pintados en ellos. Parecían conejitos fantasmas.

—Hoy no me voy a desmayar —dijo Louisiana.

—Qué buena noticia —dijo Beverly—. ¿Te has puesto unos broches de conejitos, verdad?

—Son mis conejitos de la buena suerte. Olvidé ponérmelos ayer y mira lo que sucedió. Nunca más me los quitaré de la cabeza. ¿Qué tienes en la cara?

—*No* tengo nada en la cara —dijo Beverly.

En ese momento, Ida Nee se acercó hacia ellas marchando, con sus botas lustrosas y su bastón resplandeciente. Vestía una blusa de lentejuelas que chispeaba como escamas de pescado. Su cabello era muy amarillo. Parecía una sirena malhumorada.

—Aquí vamos —dijo Beverly.

—¡De pie y atentas! —gritó Ida Nee—. ¡Firmes! Ésa es la primera regla para hacer malabarismo con bastón, erguirse como si os valorarais a vosotras mismas y vuestro lugar en el mundo.

Raymie intentó erguirse.

—¡Los hombros hada atrás, la barbilla hada arriba, los bastones frente a vosotras! —dijo ida Nee—. Y vamos a comenzar —alzó su bastón. Y luego lo bajó. Miró a Beverly—. Tapinski —dijo—, ¿estás mascando chicle?

—No.

Ida Nee saltó hacia Beverly. Su bastón relucía brillante, violento, bajo el sol de la tarde.

Y entonces, de forma increíble, el bastón aterrizó sobre la cabeza de Beverly.

Y allí dio una especie de rebote, debido a la punta de goma.

—No mientas —dijo Ida Nee—. Nunca me mientas. Escúpelo.

—No —dijo Beverly.

—¿Qué? —preguntó Ida Nee.

—No —repitió Beverly.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana. Puso la mano sobre el brazo de Raymie—. Heme aquí, con mis conejitos de la suerte, pero creo que voy a desmayarme.

Raymie pensó que quizás ella también se desmayaría, aunque nunca antes se había desmayado y no tenía idea de qué se sentía al desmayarse. Louisiana se aferró a su brazo y Raymie se aferró a... ¿qué? No lo sabía. Supuso que se aferró al hecho de que Louisiana se aferraba a ella.

Ida Nee levantó el bastón para golpear a Beverly de nuevo.

Louisiana soltó el brazo de Raymie y emitió un sonido extraño, algo entre grito y chillido, y luego se abalanzó hacia delante y se aferró a la cintura de lentejuelas de Ida Nee.

—¡Detente! —gritó Louisiana—. ¡Detente!

—¿Pero qué ...? —dijo ida Nee—. Suéltame —intentó quitarse a Louisiana de encima, pero Louisiana la abrazaba con fuerza.

—No vuelvas a golpearla —dijo Louisiana—. Por favor, no lo hagas.

El Lago Clara brillaba. Los pinos se mecían. El mundo suspiró y rechinó, y Louisiana se aferró a Ida Nee como si nunca jamás la fuera a soltar.

—No le pegues, no le pegues —entonó Louisiana.

—No seas idiota —dijo Beverly.

Parecía un buen consejo, pero Raymie no estaba segura de a quién se lo dirigía.

—Por favor, no le hagas daño —dijo Louisiana. Ahora estaba llorando.

—Quítate de encima —dijo Ida Nee empujando a Louisiana.

—Mira —dijo Beverly—, voy a escupir el chicle.

Escupió el chicle.

—¿Ves? —dijo—. Nadie va a lastimarme. Es imposible que me

hagan daño —dejó su bastón en el suelo y levantó las manos—. Ven aquí —dijo—. Todo va bien —llevó a Louisiana lejos de Ida Nee. Le dio una palmadita en la espalda—. ¿Ves? —dijo—. Todo va bien. Yo estoy bien.

Ida Nee parpadeó. Parecía confundida.

—Todo esto son tonterías —dijo—. Y ya sabéis lo que pienso de las tonterías —inhaló profundamente y se alejó marchando hacia su casa.

Y ése fue el final de la segunda clase de malabarismo con bastón.

DIECIOCHO

LAS TRES fueron al muelle.

—A ver si lo tengo claro —dijo Beverly—. Quieres que entre en la habitación de una ancianita y que coja un libro sobre Florence Nightingale que está debajo de su cama.

—Sí —dijo Raymie.

—Porque te da miedo hacerlo.

—Ella grita —dijo Raymie—. Y es un libro de la biblioteca. Necesito recuperarlo.

—Yo también quiero ir —dijo Louisiana.

—No —dijeron Beverly y Raymie al unísono.

—Pero, ¿por qué no? —preguntó Louisiana—. ¡Somos los Tres Rancheros! Estamos juntas en las buenas y en las malas.

—¿Los tres qué? —preguntó Raymie.

—Rancheros —dijo Louisiana.

—Mosqueteros —dijo Beverly—. Son los Tres Mosqueteros.

—No —dijo Louisiana—. Ellos son ellos. Nosotras somos nosotras. Y somos los Rancheros, nos rescatamos las unas a las otras.

—No necesito que me rescaten —dijo Beverly.

—Quiero ir con vosotras al Encalle Morado —dijo Louisiana.

—Es el Valle Dorado —dijo Raymie.

—Quiero ayudar a rescatar el libro de Florence Darksong.

—Nightingale —dijeron Raymie y Beverly al unísono.

—Y cuando terminemos con eso, podemos ir al Refugio Animal Extremadamente Agradable y rescatar a Archie.

—Escucha —dijo Beverly—. Déjame decirte algo. No existe el Refugio Animal Extremadamente Agradable. Ese gato hace mucho que desapareció.

—No desapareció —dijo Louisiana—. Lo voy a rescatar y ésa será mi buena acción para el concurso Pequeña *Miss* Florida, y mi otra acción será ayudaros a recuperar el libro. También voy a dejar de robar comida enlatada con Abu.

—¿Vosotras robáis comida enlatada? —preguntó Raymie.

—Atún, sobre todo —dijo Louisiana—. Tiene muchas proteínas.

—Te lo dije —le dijo Beverly a Raymie—. Las observé y supe que eran criminales.

—No somos criminales —dijo Louisiana—. Somos supervivientes. Somos guerreras.

Entonces hubo un largo silencio. Las tres miraron el Lago Clara. El agua brillaba y suspiraba.

—Una señora se ahogó en este lago —dijo Raymie—. Su nombre

era Clara Wingtip.

—¿Y? —dijo Beverly.

—Ella lo tiene hechizado —dijo Raymie—. En la oficina de mi padre hay una foto del lago visto desde el aire, y se puede ver la sombra de Clara Wingtip bajo el agua.

Beverly bufó.

—No creo en los cuentos de hadas.

—A veces se puede oír su llanto —dijo Raymie—. Eso es lo que dicen.

—¿De verdad? —preguntó Louisiana. Se acomodó los broches, se colocó el pelo detrás de una oreja y se inclinó hacia el lago.

—Ay —dijo—. Puedo escucharlo. Escucho el llanto.

Beverly bufó.

Raymie prestó atención.

También escuchó el llanto.

DIECINUEVE

—ENTONCES, de acuerdo —dijo Beverly—. Tú recuperas el libro y tú el gato. ¿Pero qué gano yo?

Estaban recostadas boca arriba en el muelle de Ida Nee, mirando el cielo.

—Bueno, ¿tú qué quieres? —preguntó Louisiana.

—No quiero nada —dijo Beverly.

—No te creo —dijo Louisiana—. Todo el mundo quiere algo: todos desean algo.

—Yo no deseo. Yo saboteo.

—Ay, por favor —dijo Louisiana.

Raymie guardó silencio.

Miró el cielo increíblemente brillante y recordó que la señora Borkowski una vez le dijo que si estás en un agujero lo bastante profundo a la luz del día, y miras al cielo desde ahí, puedes ver las estrellas aunque sea pleno día.

¿Sería cierto?

Raymie no estaba segura. La señora Borkowski proporcionaba mucha información dudosa.

—*Fflfiúúúúúiiú* —dijo Raymie muy quedamente, para sí misma.

Y entonces pensó en cómo en los cuentos de hadas la gente pide tres deseos y ninguno resulta bien al final. Si los deseos se volvían realidad, lo hacían de formas terribles. Los deseos eran cosas peligrosas. Ésa era la idea con la que uno se quedaba al leer cuentos de hadas.

Tal vez Beverly era lista por no desear.

De alguna parte detrás de ellas, en la casa de Ida Nee, se escuchó un fuerte rechinido, seguido por un estallido y luego un ruido sordo.

—Ya ha llegado Abu —dijo Louisiana. Se sentó.

—¡Louisiana! —alguien gritó—. ¡Louisiana Elefante!

Raymie también se sentó.

—¿Quiénes eran los Elefantes Voladores? —preguntó.

—Ya te lo dije —dijo Louisiana—. Mis padres.

—Pero, ¿qué significa? La parte voladora del nombre. ¿Qué hacían?

—Oh, Dios mío —dijo Louisiana—. Eran artistas del trapecio, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Beverly.

—Volaban por el aire con gran facilidad. Eran famosos. Tenían maletas personalizadas.

—Louisiana Elefanttteeeeee.

—Abu está ansiosa —dijo Louisiana—. Tengo que irme —se puso de pie y se alisó el vestido. Sus broches de conejitos brillaban bajo la luz del sol. Cada broche parecía tener un propósito, estar vivo, como si estuviera ocupado recibiendo mensajes de muy lejos.

Louisiana le sonrió a Raymie. Era una sonrisa hermosa. Y por un momento, Louisiana parecía casi un ángel, con su vestido rosa y el cielo azul encendido detrás de ella y todos sus broches brillando.

—Ellos murieron —dijo Louisiana.

—¿Qué? —preguntó Raymie.

—Mis padres. Murieron. Ya no son los Elefantes Voladores. Ya no son nada. Están en el fondo del océano. Iban en un barco que se hundió. ¿Habéis oído hablar sobre eso?

—No hemos oído hablar sobre eso —dijo Beverly, quien seguía recostada de espaldas sobre el muelle, mirando el cielo—. ¿Por qué habríamos de saber acerca de un barco hundido?

—Bueno, da igual. Fue hace mucho y muy lejos. Y fue una gran tragedia. Todo el equipaje de los Elefantes Voladores se hundió en el fondo del océano y mis padres se ahogaron. Y por eso es que no he aprendido a nadar.

—*Eso* tiene sentido —dijo Beverly.

—Ahora sólo quedamos Abu y yo. Y Marsha Jean, claro. Ella quiere atraparme y encerrarme en la casa hospicio del condado, donde sólo te dan mortadela para comer. Es muy terrorífico cuando piensas en ello. Así que intento no hacerlo.

—¡Louisiannnnnnnaaaa! —gritó su abuela.

Louisiana se inclinó y recogió su bastón.

—Os veré mañana en el Feliz Hogar de Retiro Valle Dorado en la esquina de la calle Borton y la avenida Grint a las doce del día en punto.

—De acuerdo.

—No es el Feliz Hogar de Retiro Valle Dorado —dijo Beverly—. Es un asilo.

—Adiós, ¡y que vivan los Rancheros! —gritó Louisiana mientras se alejaba.

—¿Crees que sus padres en realidad eran trapecistas? —le preguntó Raymie a Beverly.

—No me importa si lo eran o no —dijo Beverly—. Pero no lo eran.

—Ah —dijo Raymie.

Desde la casa se escuchó el sonido de la camioneta Elefante alejándose. Hizo un ruido muy fuerte, como de un cohete espacial estropeado que intenta escapar de la atmósfera de la Tierra.

—Quizá debería subir —dijo Raymie—. Mi madre llegará pronto.

—¿Dónde está tu padre?

—¿Qué? —preguntó Raymie.

—Tu padre. ¿Volvió a casa? —preguntó Beverly. De pronto el moretón en su rostro parecía más oscuro, más malévolo.

—Eso pensé —dijo Beverly.

Raymie sintió que su alma se encogía. El cielo ya no se veía tan azul. Decidió que no creía para nada todo lo que la señora Borkowski había dicho sobre las estrellas a la luz del día y los agujeros negros. Su madre tenía razón. La señora Borkowski estaba demente.

Tal vez.

Ffífiúúúúúúú.

—Mira —dijo Beverly—. No te sientas mal. Simplemente así son las cosas. La gente se va y no regresa. Alguien tiene que decirte la verdad —se puso de pie y se estiró, y luego se inclinó para recoger su bastón—. Pero no te preocupes: vamos a recuperar tu estúpido libro de la biblioteca de debajo de la cama de aquella ancianita porque es algo fácil de hacer. Eso no es ningún problema.

Beverly lanzó el bastón al aire una vez, dos, tres veces. Cada una de ellas lo atrapó sin mirar siquiera.

—Entonces nos vemos mañana —dijo Beverly Tapinski.

Y se alejó.

VEINTE

SE ENCONTRARON en el asilo Valle Dorado a las doce del día siguiente, que era sábado, y no había clases de malabarismo con bastón.

Louisiana llegó primero.

Raymie la vio de pie en la esquina desde una calle antes. Brillaba. Tenía un vestido dorado con lentejuelas plateadas en el dobladillo y lentejuelas doradas salpicadas alrededor de sus mangas de gasa. Llevaba más broches en el pelo. Todos los broches eran rosas y tenían conejitos. ¿Quién diría que había tantos broches de conejitos en el mundo?

—Hoy traigo puestos algunos broches de conejitos de superbuena suerte —dijo Louisiana.

—Te quedan muy bien —dijo Raymie.

—¿Crees que el anaranjado y el rosa combinan?, ¿o sólo es mi imaginación?

Raymie no tuvo oportunidad de responder su pregunta porque Beverly llegó. Parecía enojada. El moretón en su rostro había pasado de negro a un verde enfermizo.

—¿Entonces? —dijo Beverly al acercarse a ellas.

Raymie no estaba segura de a qué se refería su pregunta, pero no la tomó como una buena señal. Fue a tocar el timbre antes de que Beverly pudiera cambiar de opinión sobre ayudarla.

El intercomunicador crepitó. Martha dijo:

—Es un día dorado en el Valle Dorado. ¿Cómo puedo ayudarle?

Raymie escuchó que Beverly bufaba.

—¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó Martha de nuevo.

—¿Martha? —dijo Raymie—. Soy yo, eh, Raymie Clarke. Visité a Isabelle hace un par de días y quería hacer una buena acción —una ola de mareo invadió a Raymie. Recordó la carta de queja que había escrito para Isabelle. ¿Sabría Martha que ella la había escrito? ¿Se lo recriminaría? ¿Comprendería que Raymie sólo había intentado hacer una buena acción? ¿Por qué todo era tan complicado? ¿Por qué las buenas acciones eran cosas tan rebuscadas?

—Ah, Raymie, sí —dijo la voz crepitante de Martha—. Claro, claro. Isabelle estará feliz de verte otra vez.

Raymie no creyó que eso fuera necesariamente verdad.

—¡También nosotras estamos aquí! —gritó Louisiana al aparato —. Somos los Tres Rancheros, y vamos a...

Beverly puso una mano sobre la boca de Louisiana.

La puerta zumbó y Raymie tiró de ella para abrir. Beverly retiró

la mano de la boca de Louisiana y las tres entraron en el asilo Valle Dorado, donde Martha estaba de pie, igual que la vez pasada, detrás del mostrador al final del pasillo, sonriendo.

A Raymie la alegró verla.

Pensó que cuando uno muere, si hay alguien esperando a recibirte en el cielo, entonces esa persona probablemente, con suerte, se parecería a Martha: sonriente, indulgente, dorada y con un suéter mullido de color azul sobre los hombros.

—Ah —dijo Martha—. Has traído amigas.

—Somos los Tres Rancheros —dijo Louisiana—. Estamos aquí para corregir un mal.

—Por favor, por favor —dijo Beverly.

—Qué vestido tan adorable —le dijo Martha a Louisiana.

—Gracias —respondió Louisiana. Se dio la vuelta para que sus mangas flotaran y las lentejuelas brillaran—. Lo hizo mi Abu. Ella hace todos mis vestidos. Solíamos hacer el vestuario para mis padres, que eran los Elefantes Voladores.

—Qué interesante —dijo Martha—. Y me pregunto qué te ha pasado a ti en la cara —le dijo a Beverly.

—Es sólo un moretón —dijo Beverly con una voz extremadamente educada—. De una pelea. Estoy bien.

—Muy bien —dijo Martha—. Siempre y cuando estés bien. Venid conmigo las tres —cogió la mano de Louisiana—. Vamos a ir arriba a ver quién quiere recibir una buena obra hoy. Las visitas siempre son bienvenidas en el Valle Dorado.

Beverly miró a Raymie y puso los ojos en blanco, pero se dio la vuelta y siguió a Martha y Louisiana por las escaleras.

Raymie caminaba detrás de Beverly. Justo al inicio de las escaleras, un instante antes de empezar a subir, a Raymie la invadió un repentino y lacerante momento de incredulidad. ¿Cómo había llegado ella, Raymie Clarke, hasta ahí, al asilo Valle Dorado, caminando detrás de Martha y Louisiana y Beverly, gente que no conocía hasta hacía unos días?

Raymie miró los escalones. Cada escalón tenía una franja oscura para evitar que la gente se resbalara.

—Todas somos malabaristas de bastón —escuchó que Louisiana le decía a Martha—. Y todas vamos a competir en el concurso Pequeña *Miss* Florida 1975.

—Eso es fascinante —dijo Martha.

Beverly bufó.

Raymie flexionó los dedos de los pies. Se recordó a sí misma lo que estaba haciendo. Estaba recuperando el libro para realizar una buena acción, para ganar el concurso, para traer a su padre de vuelta a casa. Puso un pie sobre la primera franja oscura antiadherente, y

luego sobre la siguiente y la siguiente.

Subió las escaleras.

VEINTIUNO

LA SALA común estaba totalmente vacía. El suelo brillaba, pero de una manera común y corriente. El piano estaba en silencio. Había varios helechos ralos colgando del techo y un rompecabezas sin terminar en una pequeña mesa en el centro de la sala. La caja del rompecabezas estaba dispuesta para mostrar la imagen que resultaría cuando estuviera terminado: un puente techado en otoño.

—Bueno —dijo Martha—. Debo regresar a mi puesto de trabajo. Quizá vosotras tres podáis seguir desde aquí hasta la habitación de Isabelle, para preguntarle si desea que la visiten.

—De acuerdo —dijo Raymie.

—Muchas gracias —dijo Beverly con la misma voz terriblemente educada que había usado antes.

—Me gusta esta habitación —dijo Louisiana—. Se podría bailar en este suelo. Podría montarse un espectáculo en este lugar.

—Bueno —dijo Martha—, supongo que se podría. No se baila mucho aquí, y no creo que nunca haya habido un espectáculo. Pero tal vez algún día. ¿Quién sabe? —Martha sacudió la cabeza. Luego aplaudió—. Muy bien, chicas. Sólo tenéis que atravesar el corredor. Raymie, ya sabes cuál es la puerta de Isabelle.

Raymie asintió. Sabía cuál era la puerta de Alice Nebbley. Eso era lo importante.

—Bien —dijo Beverly cuando Martha se fue—. ¿Cuál es la habitación?

—Por aquí —dijo Raymie. Beverly y Louisiana la siguieron por el pasillo, y conforme se acercaban lo escucharon.

—¡Agarra mi mano! —gritó Alice Nebbley.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. Regresemos. No hay que hacerlo.

—Cállate —dijo Beverly.

Louisiana alcanzó a Raymie y la cogió de la mano, y Raymie tuvo la extraña sensación de que aferrarse a la mano de Louisiana era como sujetar la pata de uno de los conejitos fantasmas de sus broches. Casi no estaba ahí.

Pero aun así, por algún motivo, tener la mano de Louisiana en la suya era reconfortante.

—¡Agarra mi mano! —gritó de nuevo Alice Nebbley.

—Apartaos —dijo Beverly. Empujó a Raymie y Louisiana, y entró directo a la habitación de Alice

Nebbley sin llamar antes. Raymie vio que la habitación estaba a oscuras, como lo había estado ayer, oscura como una cueva, oscura

como una tumba.

—Ha entrado en la habitación —le dijo Louisiana a Raymie.

—Sí —dijo Raymie—. Ha entrado.

Se quedaron juntas, de pie en el pasillo, y observaron la oscura silueta de Beverly Tapinski. Estaba de pie junto a la cama.

—¡Arrrrrggggg! —gritó Alice Nebbley desde la penumbra, y Louisiana y Raymie se sobresaltaron.

—Está debajo de la cama —dijo Raymie en voz alta.

—Ya lo sé —dijo Beverly desde la oscuridad—. Me lo has dicho mil veces. Si hay algo que sé, es dónde se supone que está el estúpido libro.

Raymie vio la sombra de Beverly agacharse y desaparecer.

—No hay ningún libro aquí abajo —dijo Beverly en voz baja un minuto después.

—Tiene que estar —dijo Raymie.

—No está aquí —dijo Beverly. Su sombra reapareció—. No está aquí dentro. No sé. Quién sabe qué harán los mayores con los libros. Tal vez se lo ha comido. O está recostada sobre él.

Y entonces, en vez de salir de la habitación, Beverly se acercó a la cama de Alice Nebbley.

—No te preocupes —dijo Raymie—. Déjalo. Regresa —de pronto temió que Beverly hiciera algo drástico e impredecible, como intentar levantar a Alice Nebbley para buscar debajo de ella.

—¡Arrrrrgggggg! —gritó Alice Nebbley—. No puedo. No puedo. No puedo soportar el dolor.

—Ay, no —dijo Louisiana—. Es demasiado terrible. No puede soportar el dolor. Yo no soporto el dolor de ver que ella no puede soportar el dolor —apretó la mano de Raymie tan fuerte que le dolió.

—¡Agarra mi mano! —gritó Alice Nebbley.

Y entonces, al igual que antes, un brazo enflaquecido abandonó las sábanas como si estuviera emergiendo de una tumba. Louisiana gritó y Raymie soltó un gemido, y en la habitación oscura y trágica de Alice Nebbley, Beverly permaneció de pie, tranquila, sin sobresaltarse ni moverse. Y entonces, despacio, agarró la mano extendida.

—¡Ayyyyyyyyy! —dijo Louisiana—. Ha cogido su mano. Ahora esa mujer va a arrastrar a Beverly a la tumba. La va a matar y la usará para fabricarse un alma nueva.

Raymie no había imaginado ninguno de estos espantosos resultados en particular, pero sentía un profundo pavor.

—No, no —dijo Louisiana—. No puedo quedarme aquí mirando —soltó la mano de Raymie—. Iré a buscar ayuda.

—No lo hagas —dijo Raymie.

Pero Louisiana ya corría por el pasillo, con su vestido de lentejuelas brillando y reluciendo de forma decidida.

Raymie se quedó sola, mirando a Beverly quien, aun sosteniendo la mano de Alice Nebbley, se sentó en la cama.

—Tranquila —dijo Beverly.

Alice Nebbley dejó de gritar.

—Todo va bien —dijo Beverly. Y luego, increíblemente, comenzó a canturrear.

¿Qué hacía Beverly Tapinski —la ladrona de cajas fuertes, la que forzaba cerraduras, la que golpeaba la gravilla— sentada en la cama de Alice Nebbley, sosteniendo su mano, diciéndole que todo saldría bien, y *canturreándole*?

No parecía posible.

Y de pronto Louisiana estaba otra vez de pie junto a Raymie. Su pequeño pecho subía y bajaba. Un silbido salía de sus pulmones.

—Lo he encontrado —dijo.

—¿Qué? —dijo Raymie.

—Lo he encontrado. He encontrado tu libro de Florence Juatsintel.

—Nightingale —dijo Raymie.

—Sí —dijo Louisiana—. Nightingale. Nightingale. Está en la oficina del conserje. Entré para ver si el conserje podría ayudar a Beverly a luchar contra el duende y entonces, ¡sorpresa! ¡Encontré el libro! También solté al pájaro.

—¿Qué pájaro? —preguntó Raymie.

—Un pajarito amarillo que había en la jaula de la oficina del conserje.

En este momento, alguien en el asilo Valle Dorado gritó, y no era Alice Nebbley.

—Tuve que encaramarme al escritorio para hacerlo —dijo Louisiana—. Y entonces tuve que salir aprisa y olvidé tu libro. No creo que los pájaros deban estar en jaulas, ¿y tú?

Se escuchó otro grito y pies corriendo.

Beverly salió de la habitación de Alice Nebbley.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—No estoy segura —dijo Raymie.

—¡He encontrado el libro! —dijo Louisiana.

Un pajarito amarillo cruzó el pasillo zumbando y pasó por encima de sus cabezas.

—¿Eso era un pájaro? —preguntó Beverly.

En su habitación, Alice Nebbley descansaba en completo silencio.

Raymie esperaba que no estuviera muerta.

VEINTIDÓS

EL CONSERJE llegó corriendo por el pasillo. Sus llaves tintineaban y sus botas de conserje emitían un sonido muy autoritario al golpear el suelo pulido del asilo Valle Dorado.

El conserje tenía una mirada decidida. No parecía en lo más mínimo un hombre que tocara música lúgubre al piano. Sus dedos eran demasiado gruesos. Tampoco parecía que fuera alguien que tuviera un pájaro amarillo.

—Oh-ohh —dijo Louisiana—. Rápido. Seguidme.

Louisiana las condujo por el pasillo.

—Por aquí —dijo—. Aquí mismo.

Señaló una pequeña habitación con la puerta abierta. Dentro de la habitación había un escritorio, y justo en el centro del escritorio estaba *Un camino luminoso y brillante: la vida de Florence Nightingale.*

—¿Ése es? —preguntó Beverly—. ¿Ése es tu estúpido libro de la biblioteca?

Arriba del escritorio había una jaula de pájaros, meciéndose de adelante hacia atrás. Estaba vacía. La pequeña puerta de la jaula estaba abierta.

Algo acerca de la puerta abierta de la jaula entristeció a Raymie.

En ese momento, en su casa, probablemente la madre de Raymie estaba sentada en el sofá mirando a la nada. La señora Borkowski quizás estaba en su tumbona en medio de la calle. Y la señora Sylvester seguro que estaba en su escritorio, tecleando, con el frasco gigante de caramelos frente a ella, temblando un poco por el tecleo de la máquina de escribir eléctrica.

¿Y el padre de Raymie? Tal vez estaba sentado en la cafetería junto a la asistente de dentista. Tal vez los dos miraban el menú. Tal vez pensaban que pedir.

¿Su padre pensaba en ella?

¿Y si ya la había olvidado?

Ésas eran preguntas que Raymie quería plantearle a alguien, pero no tenía a quién.

—¿Por qué te quedas ahí parada? —dijo Beverly—. ¿Vas a coger el libro o no?

—Oh, Dios mío —dijo Louisiana—. Yo voy por el libro.

Corrió a la oficina del conserje, cogió a Florence Nightingale del escritorio y salió corriendo.

De algún lugar del asilo Valle Dorado se escuchó otro grito.

—Creo que ya deberíamos irnos —dijo Louisiana.

—Buena idea —dijo Beverly.

Y las tres comenzaron a correr.

VEINTITRÉS

AFUERA, frente al asilo Valle Dorado, Louisiana sostenía el libro, Beverly estaba sentada en la acera y Raymie permanecía de pie, mirando hada la nada.

—Dijisteis que yo no sería de ninguna ayuda —dijo Louisiana—. Pero encontré el libro y lo recuperé. ¡Y liberé al pájaro!

—Nadie te dijo que liberaras a un pájaro —dijo Beverly.

—Sí —dijo Louisiana—. Esa parte fue extra, una buena acción extra.

El corazón de Raymie retumbaba en lo profundo de su ser. Buenas acciones, buenas acciones. Estaba tan lejos de las buenas acciones que no creía que alguna vez pudiera ponerse al corriente.

—Tú... —dijo Beverly. Pero lo que fuera que intentaba decir fue interrumpido por la aparición de la camioneta Elefante. Iba a toda prisa por la calle Borton, emitiendo enormes nubes de humo negro.

—Mira —dijo Raymie. Era una directriz del todo innecesaria. Habría sido imposible no verla.

La camioneta se detuvo y aparcó junto a la acera. Una pieza de panel de madera decorativa se estaba descascarillando y colgaba en un ángulo extraño. Aleteaba de adelante hacia atrás.

—¡Sube, sube! — le gritó la abuela a Louisiana—. Viene detrás de mí. No hay tiempo que perder.

—¿Marsha Jean? —preguntó Louisiana—. ¿Nos viene siguiendo el rastro?

—¡Apresuraos! —dijo la abuela de Louisiana—. ¡Todas vosotras!

—¿Todas nosotras? —preguntó Raymie.

—*¡No os* quedéis ahí! —gritó la abuela—. ¡Subid al coche!

—¡Subid al coche, subid al coche! —gritó Louisiana, brincando—. ¡Rápido. Marsha Jean nos persigue!

Beverly miró a Raymie. Se encogió de hombros. Se dirigió hacia la camioneta y abrió la puerta trasera.

—Ya la has oído —dijo Beverly. Mantuvo la puerta abierta—. Pronto. No hay tiempo que perder.

—¡Vamos! —dijo Louisiana. Trepó a la camioneta. Raymie subió después de ella y Beverly al final. Cerró la puerta de un golpe y ésta de inmediato se *abrió de nuevo.*

La camioneta aceleró tan rápido que todas fueron lanzadas contra el asiento. La puerta golpeaba y se abría de nuevo.

Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. Aquí vamos.

Y se fueron.

VEINTICUATRO

LA ABUELA de Louisiana no creía en los letreros de stop, o no los veía, o tal vez no pensaba que estuvieron dirigidos para ella. Por la razón que fuera, la camioneta Elefante pasaba de largo todos los letreros de *stop* sin reducir ni un poco la velocidad.

Avanzaban muy, muy rápido, y la camioneta hacía muchos ruidos: crujidos (de la pieza de madera suelta de un costado), retumbos (de la puerta que no cerraba) y una cacofonía de chirridos mecánicos: los sonidos estresados y desesperados que un motor hace cuando es forzado más allá de sus límites.

Además, desde el asiento trasero no era posible ver la cabeza de la abuela de Louisiana, así que parecía que estaban siendo llevadas por una persona invisible.

Todo parecía un sueño.

—No os preocupéis —dijo Louisiana—. Abu es la mejor. Ha burlado a Marsha Jean todas las veces.

Beverly bufó.

En ese momento, la camioneta comenzó a ir más rápido. Raymie había creído que eso no era posible.

Raymie miró a Beverly y alzó las cejas.

—Estamos escapando —dijo Beverly. Sonrió, mostrando un diente mellado. Raymie no estaba segura, pero pensó que quizás era la primera vez que veía a Beverly Tapinski sonreír de verdad.

Louisiana rio.

—¡Así es! —dijo—. ¡Estamos escapando!

Desde el asiento delantero la invisible abuela rio.

Y entonces Raymie también rio.

Algo le estaba sucediendo. Su alma se volvía cada vez más grande. Sentía que casi la elevaba de su asiento.

—El truco con la gente como Marsha Jean —dijo la abuela de Louisiana— es ser siempre astuta, luchar, nunca rendirse y nunca ceder.

La camioneta iba un poco más rápido.

Raymie comprendió que, técnicamente, ella debería de tener miedo. Estaba en un auto que avanzaba demasiado rápido y que era conducido por una persona invisible. Además, la camioneta sonaba como si fuera a desbaratarse en cualquier momento.

Pero Louisiana estaba a su lado, con sus broches de conejitos y sus lentejuelas y el libro de Florence Nightingale entre sus brazos, con moretones y manos mugrosas, y olía a una extraña combinación de aceite de motor y algodón de azúcar. Un viento brioso soplaba en el

coche y el alma de Raymie era más grande que nunca antes y no sentía ni un ápice de miedo.

Miró hacia Beverly y le dijo:

—Cogiste la mano de Alice Nebbley.

—¿Y qué? —dijo Beverly. Encogió los hombros. Sonrió de nuevo —. Me lo pidió.

—Estoy muy contenta —dijo Louisiana—. De pronto me siento llena de felicidad. ¿Puedo cantar. Abu?

—Claro que puedes, cielo —dijo su abuela.

Así que Louisiana comenzó a cantar *"Raindrops Keep Fallin' on My Head*" con la voz más hermosa que Raymie había escuchado en su vida. Sonaba como un ángel. No es que Raymie hubiera escuchado alguna vez cantar a un ángel. Pero de todas formas así era como sonaba. Raymie escuchó y miró por la ventana los letreros de *stop* pasando deprisa.

Por algún motivo, aunque la canción no era una canción triste, hizo que Raymie pensara en cosas tristes. La hizo pensar en la luz de la cocina de su casa, la que estaba arriba de la estufa, la que su madre dejaba encendida toda la noche.

La hizo pensar en una vez que fue a la cocina en mitad de la noche por un vaso de agua y vio a su padre sentado a la mesa con la cabeza entre las manos.

Él no la vio. Y Raymie retrocedió despacio y volvió a la cama sin decirle nada.

¿Qué estaba haciendo en la mesa, solo, con la cabeza entre las manos?

Ella debió decirle algo.

Pero no lo hizo.

Louisiana terminó de cantar y su abuela dijo:

—Le hace bien a mi corazón escucharte cantar, Louisiana. Me hace creer que todo saldrá bien.

—Todo saldrá bien, Abu —dijo Louisiana—. Te lo prometo. Voy a ganar ese concurso y vamos a ser tan ricas como Creso.

—Eres la mejor nieta que una vieja podría desear. ¿Y ahora podrías ver dónde estamos?

—¡En casa! —dijo Louisiana.

—Sí —dijo su abuela.

La camioneta redujo la velocidad y pasó del pavimento a un camino de tierra.

—¡Todas podemos comer juntas algo de atún! —dijo Louisiana.

—Oh, cielos —dijo Beverly.

Y entonces llegaron al final del camino de tierra y frente a ellas apareció una casa gigantesca. El porche frontal estaba caído y la chimenea inclinada, como si estuviera considerando algo importante.

Algunas ventanas estaban tapiadas.

—Vamos —dijo Louisiana—. Ya estamos aquí.

—¿De verdad? —dijo Beverly.

—Sí —dijo la abuela de Louisiana—. Hemos burlado a Marsha Jean y estamos en casa.

VEINTICINCO

EN LA cocina había varios montones de latas de atún vacías. Las paredes estaban pintadas de verde, y por primera vez Raymie vio a la abuela frente a frente. Era como mirar a Louisiana en una casa de los espejos. El cabello de la abuela era gris y su rostro estaba arrugado, pero aparte de eso era idéntica a su nieta. Era pequeñita, tenía broches de conejitos en el pelo, lo cual resultaba extraño porque uno no pensaría necesariamente que las ancianitas usaran broches.

—Bienvenidas, bienvenidas —dijo la abuela, abriendo los brazos —. Bienvenidas a nuestra humilde morada.

—Sí —dijo Louisiana—. Bienvenidas.

—Gracias —dijo Raymie.

Beverly meneó la cabeza. Deambuló por la cocina y por la sala.

—Es un placer conocer a la mejor amiga de Louisiana —le dijo la abuela a Raymie.

¿Yo? —dijo Raymie.

—Ay, sí, tú. Raymie por aquí y Raymie por allá, todo el santo día. Debe ser maravilloso ser tan idolatrada. A ver. Permitidme encontrar el abrelatas —dijo la abuela—, y disfrutaremos de un festín de atún para todas.

Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. Me encanta cuando tenemos festines de atún.

—¿Dónde están los muebles? —preguntó Beverly, de pie en el quicio de la puerta de la cocina.

—¿Disculpa? —dijo la abuela de Louisiana.

—Ya he recorrido toda la casa y no hay muebles.

—¿Y por qué demonios has ido por toda la casa buscando muebles?

—Yo... —dijo Beverly.

—Exactamente —dijo la abuela—. Tal vez podrías ser útil y encontrar el abrelatas, ya que disfrutas tanto buscando cosas.

—De acuerdo —dijo Beverly—. Digo, supongo —entró en la cocina y comenzó a abrir y cerrar puertas.

—Ah —dijo la abuela. Se puso ambas manos sobre la cabeza—. Acabo de recordar algo. El abrelatas está en el coche.

—¿Está en el *coche*? —preguntó Beverly.

—Louisiana, corre y tráemelo, ¿quieres, cielo? Y no vuelvas hasta que lo encuentres.

—Sí, Abu —dijo Louisiana.

Louisiana dio media vuelta y se marchó dejando tras de sí un destello anaranjado, de lentejuelas y broches de conejitos. Tan pronto

como el mosquitero se cerró detrás de ella, la abuela miró a Beverly y Raymie, y sacó el abrelatas de la manga de su vestido.

—Tachán —dijo—. Mi padre era mago, el hombre más elegante y embustero que haya existido. Aprendí algunas cosas de él que me han sido útiles: juegos de manos, por ejemplo, para ocultar cosas.

Alzó las cejas.

—¿Los padres de Louisiana eran realmente trapecistas? —preguntó Raymie—. ¿Eran los Elefantes Voladores?

Beverly bufó.

—La historia de los Elefantes Voladores es digna de contarse una y otra vez —dijo la abuela.

—Pero, ¿es verdad? —preguntó Raymie.

La abuela de Louisiana levantó la ceja izquierda y luego la derecha. Sonrió.

Beverly puso los ojos en blanco.

—¿Y Marsha Jean? —preguntó Raymie—. ¿Existe?

—Marsha Jean es el fantasma de lo que vendrá. Es bueno estar alerta de las personas que puedan hacerte daño. Necesito que Louisiana sea cautelosa. Y astuta. No siempre estaré ahí para protegerla. Lo pasaría muy mal si terminara en el hospicio del condado. Espero que vosotras dos podáis cuidarla, protegerla.

El mosquitero golpeteó.

—He buscado en todas partes, Abu —dijo Louisiana—. No lo encuentro.

—No te preocupes, cielo. Ya lo he encontrado. ¡Y ahora, a darnos un festín! —la abuela levantó el abrelatas. Sonrió.

¿Cómo podría Raymie proteger a Louisiana?

Ni siquiera sabía cómo protegerse a sí misma.

VEINTISÉIS

SE SENTARON en el suelo del comedor bajo un candelabro gigante.

—Es muy bonito cuando enciende —dijo Louisiana—. Pero ahora no podemos encenderlo porque no tenemos luz.

La ausencia de muebles en la habitación provocaba que todas las palabras que decían sonaran graciosas. Todo hacía eco y rebotaba.

Comieron el atún directamente de la lata y bebieron agua en vasitos de papel que tenían adivinanzas impresas en tinta roja en los costados.

—Se supone que deberían tener las respuestas a las adivinanzas en la base, pero se equivocaron y olvidaron poner la respuesta —dijo Louisiana—, y por eso tenemos cientos de vasitos gratis. Porque no tienen la respuesta. ¿No es increíble?

—Aja —dijo Beverly—. Es increíble.

Raymie levantó su vaso y leyó uno de los costados en voz alta.

—¿Qué tiene tres patas, ningún brazo y lee el periódico todo el día?

Miró la base del vaso. No había nada escrito.

—¿Ves? —dijo Louisiana—. No hay respuesta.

—Es una pregunta estúpida —dijo Beverly.

Afuera destelló un relámpago y luego se escuchó el estruendo de un relámpago. El candelabro cimbró.

—Ayyyy —dijo la abuela—. Va a ser una tormenta grande.

—Qué suerte que estamos a salvo adentro y todas juntas —dijo Louisiana.

La lluvia comenzó a caer y el comedor, que estaba pintado de azul oscuro, se convirtió en una especie de lugar acuático y turbio. Raymie se preguntó si tal vez, de alguna manera, las cuatro juntas habían viajado a un mundo distinto. Había sido un día tan extraño.

—¿Abu? —dijo Louisiana.

—Sí, cielo.

—Echo de menos a Archie.

—A ver, no empieces con eso. Recuerda lo que te dije: no tiene sentido mirar atrás.

—Pero lo echo de menos —dijo Luisiana. Su labio inferior tembló.

—Lo están cuidando muy bien en el Refugio Animal Extremadamente Agradable. Estoy segura de eso.

Beverly bufó.

Louisiana comenzó a llorar.

—No pienses en eso, cielo —dijo la abuela—. Resulta insoportable pensar en ciertas cosas. Come el atún. Piensa en tu adivinanza.

Louisiana lloró más fuerte.

Beverly puso su mano sobre la espalda de Louisiana. Se inclinó hacia ella y le murmuró algo al oído.

—Es verdad —dijo Louisiana—. Tuvimos éxito.

—¿Éxito? —dijo la abuela—. ¿Exactamente en qué tuvisteis éxito?

—Mire —dijo Beverly—. Mi padre es policía. Yo sé ciertas cosas.

—Dios mío —la abuela se sentó más derecha—. Qué interesante. ¿Y puedo preguntar si tu padre es oficial de policía en nuestro lindo pueblo?

—No —dijo Beverly.

—¿Entonces dónde?

—En la ciudad de Nueva York —dijo Beverly.

—¡En la ciudad de Nueva York! —dijo Raymie—. ¿No está aquí? ¿Está en Nueva York? —no podía creerlo. El padre de Beverly no estaba. Beverly tampoco tenía padre.

Raymie miró fijo a Beverly, y Beverly lie devolvió la mirada de una forma muy feroz.

—Voy a ir para allá, ¿de acuerdo? —dijo Beverly—. En cuanto tenga la edad suficiente me mudaré a Nueva York. Ya he huido dos veces. Una vez llegué hasta Atlanta.

—¡Atlanta! —chilló Louisiana.

—Mientras tanto —dijo Beverly—, estoy atrapada aquí. Con vosotras. Haciendo cosas estúpidas como buscar libros bajo la cama de las ancianitas.

Beverly dejó su lata de atún en el suelo, se puso de pie y salió del comedor.

Raymie sintió que su alma se encogía.

—Dios mío —dijo la abuela de Louisiana.

—Creo que tiene el corazón roto —dijo Louisiana.

Raymie sintió que su alma se encogía aún más.

—Tened cuidado con aquéllos de corazón roto —dijo la abuela—, porque os llevarán por mal camino.

Afuera comenzó a llover más fuerte.

—Pero somos todos, ¿verdad, Abu? —dijo Louisiana haciéndose oír por encima del ruido de la lluvia—. ¿Acaso no tenemos todos el corazón roto?

VEINTISIETE

EL CAMINO de regreso al pueblo no fue rápido. Se— guían sin detenerse ante los letreros de *stop*, pero ahora pasaban de largo más despacio. Y nadie cantaba. Beverly se sentó con los brazos cruzados, Louisiana miraba por la ventana y Raymie observaba *Un camino luminoso y brillante: la vida de Florence Nightingale* y flexionaba los dedos de los pies. Aunque en realidad ya no sabía cuáles eran sus objetivos.

Estaba demasiado triste como para pensar en objetivos.

—No lo olvides —dijo Louisiana cuando Raymie descendió de la camioneta—. Tuvimos éxito, pero hay otro mal que debe ser corregido.

Raymie miró el libro que tenía en su mano.

—De acuerdo —dijo—. Os veo el lunes en casa de Ida Nee.

—Así será —dijo Louisiana—. Los Rancheros volverán a cabalgar. Te lo prometo.

Beverly estaba sentada muy quieta con los brazos cruzados. No miró a Raymie. No dijo absolutamente nada.

Raymie cerró la puerta de la camioneta con el mayor cuidado que pudo y subió los escalones de su casa. Antes de entrar dio media vuelta y vio el coche transitar por la calle. Por el tubo de escape salía humo negro. Raymie observó el humo, esperando que tomara forma de algo que tuviera algún significado: una letra, una promesa. Observó hasta que la camioneta desapareció en el horizonte.

—¿Pero dónde has estado? —dijo su madre. Sostenía la puerta principal. Detrás de ella estaba la estantería repleta de todos los libros del padre de Raymie, y detrás de eso estaba la extensión de alfombra amarilla, que parecía interminable.

—Estaba... —dijo Raymie—. Estaba, hum, leyéndole a los ancianos.

—Entra —dijo su madre—. Ha sucedido algo.

—¿Qué? —preguntó Raymie—. ¿Qué ha pasado? —sintió que su alma se convertía en una pelota pequeña y asustada.

—La señora Borkowski —dijo su madre.

—La señora Borkowski —repitió Raymie.

Sostuvo a Florence Nightingale muy cerca de su pecho, como si la dama con la lámpara pudiera protegerla de lo que su madre estaba a punto de decirle.

—La señora Borkowski ha muerto.

VEINTIOCHO

RAYMIE miró fijamente la alfombra amarilla. Miró la estantería. No podía contemplar el rostro de su madre. Se sentía desconcertada. ¿Cómo era posible que la señora Borkowski estuviera muerta?

—No va a haber funeral —dijo su madre—, pero habrá honras fúnebres mañana en el Auditorio Finch. La hija de la señora Borkowski está encargándose de todo, y dijo que eso quería su madre: honras fúnebres, no un funeral. Quién sabe por qué —la madre de Raymie suspiró—. La señora Borkowski siempre fue muy extraña.

—Pero ¿cómo puede estar muerta? —dijo Raymie.

—Ya era mayor —dijo la madre de Raymie—. Tuvo un ataque cardiaco.

—Ah.

Raymie fue a la cocina. Levantó el teléfono y llamó a la Aseguradora Familiar Clarke. El timbre sonó, Raymie miró el reloj con forma de sol que estaba colgado en la pared de la cocina. Marcaba las 5:15. A veces la señora Sylvester se quedaba más tarde los sábados, tecleando cosas.

El timbre del auricular sonó de nuevo.

—Por favor —dijo Raymie. Intentó flexionar los dedos de los pies. Pero estaban congelados, entumecidos. Los dedos de sus pies no se movían.

El señor Staphopoulos nunca había dicho qué hacer si uno no podía flexionar los dedos de los pies.

El timbre del auricular sonó una tercera vez.

¡La señora Borkowski estaba muerta!

—Aseguradora Familiar Clarke —dijo la señora Sylvester con su voz de pajarito de dibujos animados—. ¿Cómo podemos protegerlo?

Raymie guardó silencio.

—¿Hola? —dijo la señora Sylvester.

Raymie no podía hablar.

—¿Eres Raymie Clarke? —preguntó la señora Sylvester,

Raymie estaba de pie en la cocina y asintió con la cabeza. Se aferró al teléfono y observó el reloj con forma de sol y pensó en el frasco gigante de caramelos de la señora Sylvester. Era tan brillante. Era como si contuviera luz en vez de caramelos. Era muy reconfortante pensar en eso: un frasco lleno de luz.

—Yo... —dijo Raymie. Pero no podía hablar. La frase que necesitaba decir estaba atascada dentro de ella.

¿Tal vez las palabras estuvieran en los dedos de sus pies? Además, sentía su alma increíblemente pequeña. Ni *siguiera* estaba segura de

dónde se encontraba. Buscó dentro de sí misma, intentando localizarla.

—Muy bien, muy bien —dijo la señora Sylvester.

—Hum —dijo Raymie.

—Él volverá, querida —dijo la señora Sylvester.

Raymie se dio cuenta de que la señora Sylvester pensaba que estaba triste porque su padre se había ido.

La señora Sylvester no sabía que la señora Borkowski estaba muerta.

Eso provocó que el alma de Raymie se volviera aún más pequeña y los dedos de sus pies aún más tiesos. Se le ocurrió pensar que en realidad nadie sabía el motivo por el cual las demás personas estaban tristes, y eso le pareció terrible.

Echaba de menos a Louisiana. Echaba de menos a Beverly Tapinski.

Tuvo otro pensamiento terrible: ¿adónde había ido el alma de la señora Borkowski?

¿Dónde estaba?

Raymie cerró los ojos y vio un pájaro gigantesco que pasaba volando: sus alas eran enormes y negras. No parecían para nada las de un ángel.

—Señora Borkowski —murmuró.

—¿Qué has dicho, querida? —preguntó la señora Sylvester.

—Señora Borkowski —dijo Raymie más fuerte.

—No sé quién es la señora Borkowski, querida —dijo la señora Sylvester—. Soy la señora Sylvester. Y todo saldrá bien, muy bien.

—De acuerdo —dijo Raymie.

De pronto era difícil respirar.

La señora Borkowski estaba muerta.

¡La señora Borkowski estaba muerta! *Ffífiúúúúúúú.*

La madre de Raymie no habló en el camino a las honras fúnebres. Se sentó detrás del volante del coche de la misma forma en que se sentaba en el sofá, mirando al frente, con cara triste.

El sol brillaba con intensidad, pero todo el mundo tema aspecto gris, como si todo se hubiera desteñido durante la noche.

Pasaron frente a Neumáticos de Florida. Había un cartel enorme en la ventana de la tienda que decía: TÚ PODRÍAS CONVERTIRTE EN PEQUEÑA *MISS* FLORIDA.

Raymie leyó las palabras y se alarmó al descubrir que no tenían ningún sentido para ella.

¿Convertirse en Pequeña *Miss* Florida? ¿Qué significaba eso? Esas palabras no le prometían nada.

Raymie bajó la vista y miró a Florence Nightingale.

Había llevado el libro con ella porque no le parecía buena idea dejarlo.

—¿Qué es ese libro? —preguntó su madre, todavía mirando al frente.

—Es un libro de la biblioteca.

—Aja.

—Es sobre Florence Nightingale. Era una enfermera. Siguió un camino luminoso y brillante.

—Bien por ella.

Raymie miró el libro. Observó la lámpara de Florence Nightingale. La sostenía en alto, arriba de su cabeza. Casi parecía como si llevara una estrella.

—¿Crees que si estuvieras en un agujero profundo en la tierra y fuera de día y miraras hacia afuera del agujero, al cielo, podrías ver las estrellas, aunque fuera de día y con sol?

—¿Qué? —preguntó su madre—. No. ¿De qué hablas?

Raymie tampoco sabía si lo creía, pero quería creerlo. Quería que fuera verdad.

—Olvídalo —le dijo a su madre. Y pasaron el resto del camino al Auditorio Finch en silencio.

VEINTINUEVE

EL SUELO del Auditorio Finch estaba formado por baldosas verdes y blancas. Por lo que podía recordar, Raymie sólo había caminado sobre las baldosas verdes. Alguien le había dicho que pisar sobre las blancas daba mala suerte. ¿Quién? No lo recordaba.

Había un escenario al frente del auditorio. El escenario tenía un piano sobre él y cortinas de terciopelo rojo que siempre estaban abiertas. Raymie nunca había visto las cortinas cerradas.

En el centro del auditorio había una mesa larga. La mesa estaba llena de comida y alrededor de ella la gente charlaba.

Raymie mantuvo su pie derecho en una baldosa verde y el pie izquierdo en otra baldosa verde y se quedó muy quieta. Un adulto pasó junto a ella y le dio una palmadita en la cabeza.

Alguien dijo:

—Creo que es mayonesa, pero no estoy seguro. Es difícil de distinguir en estas cosas.

Alguien más dijo:

—Ella era una mujer muy interesante.

Alguien rio. Y Raymie se dio cuenta de que nunca más escucharía reír a la señora Borkowski.

El padre de Raymie siempre había dicho que la señora Borkowski se reía como un caballo en agonía. Pero a Raymie le gustaba. Le gustaba cómo la señora Borkowski echaba la cabeza hacia atrás y abría la boca y relinchaba cuando algo le hacía gracia. Le gustaba cómo uno podía ver todos sus dientes cuando ella reía. Le gustaba cómo la señora Borkowski olía a naftalina. Le gustaba cómo la señora Borkowski decía *Ffffiúúúúúúú*. Le gustaba cómo hablaba acerca del alma de las personas. Nadie que Raymie hubiera conocido hablaba sobre el alma.

La madre de Raymie estaba de pie junto a alguien que sostenía una bolsa negra brillante cerca de su pecho. Su madre hablaba, y la mujer con la bolsa negra brillante asentía a todo lo que su madre decía.

Raymie quería escuchar la risa de la señora Borkowski.

Quería escucharla decir *Ffffiúúúúúúú.*

Raymie creía que nunca se había sentido tan sola en su vida. Y entonces escuchó a alguien decir *Ay, Dios mío.*

Raymie se dio la vuelta y ahí estaba Louisiana Elefante. Y junto a ella estaba su abuela, que tenía puesto un abrigo de piel aunque fuera verano.

La abuela de Louisiana tenía un pañuelo en la mano y lo agitó de

atrás hacia delante de su rostro y dijo a nadie en particular:

—Estoy sumamente desconsolada.

—Yo también estoy desconsolada —dijo Louisiana. Observaba la mesa repleta de comida.

Tanto Louisiana como su abuela tenían muchos broches de conejitos en su cabello.

Louisiana.

Louisiana Elefante.

Raymie nunca había estado tan feliz de ver a alguien en su vida.

—Louisiana —murmuró.

—¡Raymie! —gritó Louisiana. Sonrió con una sonrisa muy grande y abrió los brazos, y Raymie caminó hacia ella, pisando las baldosas blancas y verdes. Ya no le importaba. Pisó todas las baldosas porque las cosas malas suceden todo el tiempo, sin importar el color de la baldosa que pises.

Louisiana abrazó a Raymie.

Raymie soltó a Florence Nightingale. El libro cayó al suelo y emitió un sonido como el de alguien dando un aplauso.

Raymie comenzó a llorar.

TREINTA

—YA, ya —dijo Louisiana. Le dio una palmadita a Raymie en la espalda—. Mi más sentido pésame.

Eso es lo que se supone que debes decir en los funerales. Y también es verdad. Mi más sentido pésame.

Raymie escuchó el silbido de aire entrando y saliendo de los pulmones pantanosos de Louisiana.

—Me gustan las palabras *Mi más sentido pésame*

—dijo Louisiana, todavía agarrada a la mano de Raymie—. Creo que son buenas palabras. Podrías decirlas a quien sea en cualquier momento. Porque podrías decírmelas a mí y servirían también para Archie o para mis padres.

Raymie sollozó.

—Mi más sentido pésame —repitió.

—Muy bien, muy bien —dijo Louisiana—. No te preocupes y llora —sus pulmones silbaron y sus broches de conejitos crujían cada vez que daba una palmadita en la espalda de Raymie.

Arriba en el escenario, alguien comenzó a interpretar un vals en el piano.

Raymie hubiera pensado que no recibiría consuelo del abrazo de alguien tan insustancial como Louisiana, pero de hecho era muy reconfortante, incluso con todos los broches crujiendo y sus pulmones silbando.

Raymie se aferró fuerte a Louisiana. Sollozó otra vez. Cerró los ojos y los abrió de nuevo. Vio a la abuela de Louisiana de pie junto a la mesa de comida con un enorme racimo de uvas en la mano. Miró cómo la abuela deslizaba las uvas dentro de su bolsa. Y luego la abuela de Louisiana puso un puñado de galletas en el bolsillo de su abrigo de piel.

¡La abuela de Louisiana estaba robando comida de las honras fúnebres de la señora Borkowski!

El piano sonó más fuerte. Raymie seguía abrazando a Louisiana y miró alrededor del salón. Su madre estaba de pie en una esquina con los brazos cruzados. Escuchaba a alguien hablar. Asentía con la cabeza.

La abuela de Louisiana puso un trozo completo de queso de bola dentro de su bolsa.

Raymie se sintió mareada.

—Me siento mareada —dijo.

Louisiana la soltó. Se inclinó para recoger a Florence Nightingale del suelo.

—Ven aquí —dijo. Y condujo a Raymie de la mano hasta el escenario y la llevó a un lado de las cortinas rojas. Una galaxia de polvo se levantó en el aire y flotó alrededor de sus cabezas. El polvo parecía como si estuvieran celebrando algo.

—Ahora, siéntate —dijo Louisiana. Señaló los escalones del escenario. Raymie se sentó—. Dime todo lo que sepas sobre la señora Boraluqui.

—Borkowski —dijo Raymie.

—Eso también —dijo Louisiana—. Dime.

Raymie bajó la vista y miró sus manos.

Intentó flexionar los dedos de los pies pero todavía no era capaz.

—Hum —dijo—. Su nombre era señora Borkowski y vivía en la acera de enfrente de nuestra casa, y cuando reía podías ver todos los dientes de su boca.

—Qué tierno —dijo Louisiana. Dio una palmadita en la mano de Raymie—. ¿Cuántos dientes tenía?

—Muchos —dijo Raymie—. Supongo que los tenía todos. Yo le cortaba las uñas de los pies porque ella no alcanzaba. Me pagaba en divinidad.

—¿Qué es divinidad? —preguntó Louisiana.

—Es una especie de caramelo que parece una nube

y no sabe a nada. Sólo es muy, muy dulce. A veces la señora Borkowski ponía nueces encima de él.

—Suena delicioso —dijo Louisiana. Suspiró—. Me gusta mucho el azúcar. Y creo que es buena idea poner nueces sobre las cosas, ¿tú no?

—La señora Borkowski sabía la respuesta de todo —dijo Raymie.

—Pues así es mi Abu. También sabe la respuesta de todo.

Louisiana tiró de la cortina de terciopelo y otra galaxia de polvo se levantó y revoloteó a su alrededor.

Raymie observó las partículas danzantes.

—*Ffffiúúúúúúú* —escuchó decir a la señora Borkowski, aunque la señora Borkowski estaba muerta.

Y entonces Raymie pensó: ¿y si cada partícula de polvo fuera un planeta, y si cada planeta estuviera lleno de gente, y si la gente en todos esos planetas tuviera almas y fueran iguales a Raymie, intentando flexionar los dedos de los pies y encontrar sentido a las cosas sin tener mucho éxito en ello?

Era un pensamiento terrorífico.

—Tengo tanta hambre —dijo Louisiana—. Tengo hambre todo el tiempo. Abu dice que soy un barril sin fondo. Dice que voy a terminar comiéndome la casa y nos quedaremos sin hogar. Y por eso tengo que ganar el concurso Pequeña *Miss* Florida 1975, para que no muramos de hambre.

—Mi padre se fue —dijo Raymie.

—¿Qué has dicho? —preguntó Louisiana.

—Mi padre se ha ido.

—Pero, ¿adónde ha ido? —preguntó Louisiana. Miró alrededor del Auditorio Finch como si el padre de Raymie fuera a estar ahí en alguna parte, escondiéndose debajo de la mesa o detrás de una cortina.

—Huyó con una asistente de dentista —dijo Raymie.

—Ésa es la persona que limpia tus dientes —dijo Louisiana.

—Sí —dijo Raymie.

Louisiana le dio una palmadita a Raymie en la espalda.

—Mi más sentido pésame —dijo—.

—Iba a intentar hacerlo regresar —dijo Raymie—. Iba a intentarlo ganando el concurso para que mi fotografía saliera en el periódico, y pensé que eso haría que volviera.

—Sería bonito que tu fotografía saliera en el periódico —dijo Louisiana—. Él estaría orgulloso de ti.

—No creo que eso funcione —dijo Raymie—. No creo que nada de eso funcione.

Justo cuando dijo estas palabras terribles, estalló un altercado cerca de la mesa de comida. Raymie escuchó a la abuela de Louisiana gritar.

—¡Suélteme, señor!

—A ver —dijo alguien más—. Vamos a mantener la calma.

—Oh, oh —dijo Louisiana.

Y entonces la abuela de Louisiana dijo:

—No estoy segura de qué está insinuando exactamente, pero puedo asegurarle que no me importa la insinuación, cualquiera que ésta sea —y luego dijo en una voz más fuerte—: ¡Louisiana!, ha llegado el momento de partir.

—Creo que debo irme —dijo Louisiana.

Se puso de pie y le dio una palmadita en la espalda a Raymie, luego la miró a los ojos y dijo:

—Quiero decirte algo.

—De acuerdo —dijo Raymie.

—Me alegro mucho de conocerte —dijo Louisiana.

—Yo también me alegro de conocerte —dijo Raymie:

—Y quiero decirte que, pase lo que pase, estoy aquí y tú estás aquí y estamos juntas —Louisiana agitó su brazo derecho en el aire como si estuviera haciendo un truco de magia y hubiera conjurado a todo el Auditorio Finch: las cortinas de terciopelo, el viejo piano y el suelo de baldosas verdes y blancas.

—De acuerdo —dijo Raymie. Flexionó los dedos de los pies. Los sintió un poco menos entumidos.

—Te veo mañana en la clase de malabarismo con bastón —dijo

Louisiana—. Mientras tanto, creo que saldré por esta puerta trasera. Si ves a Marsha Jean o a los policías no les digas dónde estoy.

Y antes de que Raymie pudiera decirle que no lo hiciera, Louisiana salió por la puerta que decía salida DE EMERGENCIA. EN CASO DE USO, SONARÁ LA ALARMA.

La alarma se activó de inmediato.

Sonaba muy fuerte.

Raymie observó a todo el mundo corriendo, intentando descubrir cuál era la emergencia. Se puso de pie, tiró de la cortina y examinó el polvo conforme éste se levantaba en el aire y revoloteaba y descendía.

Flexionó otra vez los dedos de los pies.

Sentía su alma. Era una chispa diminuta en algún lugar muy dentro de ella.

Resplandecía.

TREINTA Y UNO

EL MUNDO siguió girando.

La gente partía y la gente moría y la gente asistía a servicios fúnebres y metía trozos de queso de bola dentro de sus bolsos. La gente te confesaba que estaba hambrienta todo el tiempo. Y luego te despertabas por la mañana y fingías que nada de eso había sucedido.

Llevabas tu bastón a las clases de malabarismo con bastón y te colocabas debajo de los pinos susurrantes de Ida Nee frente al Lago Clara, donde Clara Wingtip se había ahogado. Esperabas con Louisiana Elefante y Beverly Tapinski a que Ida Nee llegara y les enseñara a hacer malabarismo con bastón.

Increíble e inexplicablemente, el mundo siguió girando.

—Se le ha hecho tarde —dijo Beverly.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. Está empezando a preocuparme que nunca aprenderé a hacer malabarismo con bastón.

—Hacer malabarismo con bastón es estúpido —dijo Beverly—. Nadie necesita aprender malabarismo con bastón.

—Yo sí —dijo Louisiana—. Justo eso es lo que necesito saber.

Raymie guardó silencio. Hacía mucho calor. Miraba el lago. Ya no sabía qué era lo que necesitaba.

—Tengo una idea —dijo Louisiana—. Vamos a buscar a Ida Nee.

—No lo hagamos, pero digamos que sí lo hicimos —dijo Beverly. Lanzó su bastón al aire y lo atrapó con un elegante giro de muñeca. El moretón en su cara se había desvanecido dejando en su lugar una mancha amarilla. Estaba mascando chicle ácido sabor manzana. Raymie podía olerlo.

—Bueno, yo voy a buscarla —dijo Louisiana—, porque de verdad que necesito ganar el concurso y obtener el dinero y no terminar en el hospicio del condado.

—Sí —dijo Beverly—, claro. Todos sabemos eso.

—¿Venís conmigo? —preguntó Louisiana.

Como nadie le respondió se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa.

Beverly miró a Raymie y se encogió de hombros.

Raymie hizo lo mismo. Y luego se dio la vuelta y siguió a Louisiana.

—Bueno, bueno —dijo Beverly—. Si tú lo dices. Además, no tenemos nada más que hacer.

Las tres caminaron hada la rotonda de gravilla de la casa de Ida Nee.

—Somos los Tres Rancheros —dijo Louisiana—, y estamos en una

misión de búsqueda y rescate.

—Dite a ti misma la historia que quieras escuchar —dijo Beverly.

Cuando llegaron a la rotonda, se detuvieron y se quedaron de pie juntas e inspeccionaron la casa y la cochera. Todo estaba en silencio. Ida Nee no se hallaba a la vista.

—Tal vez esté en su oficina —dijo Louisiana—, pensando qué va a enseñamos ahora.

—Sí, cómo no —dijo Beverly.

Louisiana llamó a la puerta de la cochera. Nadie respondió. Beverly llegó por detrás de Louisiana, la rodeó y sacudió el pomo de la puerta.

—Esta cerradura es pan comido —dijo Beverly. Sacó su navaja de bolsillo de sus pantaloncillos y le pasó su bastón a Raymie—. Aguanta esto —dijo.

Comenzó a forzar la cerradura. Parecía muy concentrada.

—Hum —dijo Raymie—, ¿crees que es buena idea que allanemos la oficina de Ida Nee?

—¿Qué más podemos hacer? —dijo Beverly.

Manipuló la cerradura unos segundos más y luego

sonrió ampliamente. —Listo —dijo.

La puerta se abrió.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. Ésa es una muy buena habilidad.

—Mejor que hacer malabarismo con bastón —dijo Beverly.

Louisiana echó un vistazo a la oficina.

—¿Señorita Nee? —dijo—. Estamos aquí para recibir nuestra clase de malabarismo con bastón.

Beverly le dio un empujoncito a Louisiana.

—Si tanto quieres encontrarla, entra.

—¿Señorita Nee? —dijo Louisiana de nuevo.

Dio unos pasos hacia el interior de la oficina. Beverly y Raymie la siguieron. El suelo y las paredes del garaje estaban cubiertas con una alfombra verde. El techo también estaba cubierto con una alfombra verde. Por todos lados había trofeos de malabarismo con bastón, cientos y cientos de ellos brillando en la penumbra verde; hacían que el garaje pareciera la cueva de Alí Baba. Contra la pared del fondo había un escritorio con una placa sobre él. La placa decía Ida Nee, CAMPEONA ESTATAL.

Arriba del escritorio estaba la cabeza de un alce.

—Caray, si hay un lugar que debe ser saboteado —dijo Beverly—, es éste. Ida Nee actúa como si fuera la campeona de todo. Pero algunos de estos trofeos ni siquiera son de ella. ¿Veis éste? —señaló—. Éste le pertenece a mi madre.

Louisiana entrecerró los ojos y leyó lo que decía el trofeo.

—Dice Rhonda Joy —dijo—. ¿Quién es Rhonda Joy?

—Así se llamaba mi madre. Antes de casarse con mi padre.

—¡Podrías haberte llamado Beverly Joy! —dijo Louisiana.

—No —dijo Beverly—. No podría.

—¿Tu madre era malabarista con bastón? —preguntó Raymie.

—Mi madre era malabarista con bastón y fue reina de belleza —dijo Beverly—. Pero, ¿qué importa? Ahora no es ninguna de las dos cosas. Ahora sólo es alguien que trabaja en la tienda de regalos de la Torre Belknap vendiendo latas de recuerdo y cocodrilos de plástico.

—Aquí hay una fortuna —dijo Louisiana—. Podríamos vender todos estos trofeos y así nunca más nos preocuparíamos por el dinero.

—Esto sólo es basura —dijo Beverly.

Raymie escuchaba a Beverly y a Louisiana y al mismo tiempo no las escuchaba. Observaba la cabeza de alce, y éste le devolvía la mirada.

El alce tenía los ojos más tristes que ella hubiera visto.

Se parecían a los ojos de la señora Borkowski.

Una vez, cuando Raymie le estaba cortando las uñas de los pies a la señora Borkowski, la señora Borkowski le hizo una pregunta:

"Dime, ¿por qué existe el mundo?"

Y Raymie levantó la vista y miró el rostro de la señora Borkowski, sus ojos tristes, y dijo:

"No lo sé".

"Exactamente —dijo la señora Borkowski—. No lo sabes. Nadie lo sabe. Nadie lo sabe".

—¿Qué estás mirando? —dijo Beverly.

—Nada —dijo Raymie—. Sólo que el alce tiene una expresión triste.

—Está muerto —dijo Beverly—. Claro que está triste.

—Pero no perdamos de vista el problema real —dijo Louisiana—: Ida Nee ha desaparecido.

—¡Bah! —dijo Beverly.

—Tal vez deberíamos buscar dentro de la casa —dijo Louisiana.

—Raymie miró fijamente al alce.

Fffftúúúúúúú. Dime, ¿por qué existe el mundo?

—Vamos —dijo Beverly—. Debes moverte —puso la mano sobre el hombro de Raymie y le dio la vuelta, en dirección hacia la puerta, por donde entraba la luz del mundo exterior.

Raymie parpadeó.

—Sólo camina —dijo Beverly de nuevo.

Y Raymie caminó hacia la puerta abierta.

TREINTA Y DOS

LLAMARON a la puerta principal de la casa de Ida Nee y oprimieron el timbre, y cuando nadie les abrió

Louisiana dijo:

—Tal vez necesita ayuda. Tal vez los Tres Rancheros deberían rescatarla.

—Ja —dijo Beverly.

—Tal vez deberías forzar la cerradura y entrar —dijo Louisiana.

—Eso sí que es una buena idea —dijo Beverly. Y sacó su navaja de bolsillo y forzó la cerradura de la puerta principal de la casa de Ida Nee.

—¿Señorita Nee? —gritó Louisiana—. Somos nosotras, los Tres Rancheros.

De algún lugar dentro de la casa se escuchó el sonido de alguien cantando, y también ronquidos.

Louisiana dio la vuelta a la esquina primero. Beverly la siguió. Raymie siguió a Beverly.

—Está dormida —murmuró Louisiana, mirando hacia ellas—. ¡Mirad! —señaló a Ida Nee, quien estaba tendida en un sola de lela a cuadros. Uno de sus brazos estaba colgando y casi tocaba el suelo, y con el otro brazo sostenía el bastón cerca de su pecho. Tenía puestas sus botas blancas.

Sonaba música *country* en la radio. Alguien cantando sobre alguien que se marchaba. Había tantas canciones *country* sobre gente que abandonaba a otra gente.

Ida Nee tenía la boca abierta.

—Parece una princesa durmiente en un cuento de hadas —dijo Louisiana.

—Parece que está ebria —dijo Beverly. Se inclinó sobre ella y le hizo cosquillas en el brazo.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. No hagas eso. No la hagas enfadar —Louisiana se inclinó cerca de la oreja de Ida Nee—dijo:

—Levántese, señorita Nee. Es hora de dar la clase.

No sucedió nada.

Raymie miró a Ida Nee y después desvió la mirada. Ver a un adulto dormir tenía algo de escalofriante. Era como si no hubiera nadie a cargo del mundo. Entonces Raymie observó el Lago Clara. Era azul y brillante.

Clara Wingtip se había sentado frente a su cabaña durante treinta y seis días seguidos, esperando a que su esposo volviera de la Guerra Civil. Y entonces, en el día treinta y siete, se ahogó en el lago. Por

error, O a propósito. ¿Quién podía saber cómo había sucedido?

El día treinta y ocho, David Wingtip regresó,

Pero era demasiado tarde. Ya no importaba, Clara se había ido.

¿Cuánto se supone que debe esperar uno? Ésa era otra pregunta que Raymie deseaba haberle preguntado a la señora Borkowski. ¿Cuánto tiempo debería esperar uno, y cuándo uno debería dejar de hacerlo?

Tal vez, pensó Raymie, *debería ir a la cochera y hacerle esa pregunta al alce.*

Dime, ¿por qué existe el mundo?

—Voy a coger su bastón —dijo Beverly.

—¿Qué? —dijo Raymie.

—Voy a coger su bastón. Mira —dijo Beverly.

—No, no, no —dijo Louisiana. Se cubrió los ojos con las manos—. No lo hagas. No puedo mirar eso.

Beverly se inclinó sobre la durmiente Ida Nee. El mundo se quedó en silencio. La canción en la radio terminó. Ida Nee dejó de roncar.

—Ay, no —dijo Louisiana detrás de sus manos.

—Por favor —dijo Raymie.

—No seáis infantiles —dijo Beverly. Se inclinó sobre Ida Nee y el bastón se convirtió en una cuerda plateada en los dedos de Beverly.

—¡Tachán! —dijo Beverly. Se puso de pie. Extendió el bastón. Lanzó un destello a la luz del Lago Clara.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana.

Beverly lanzó el bastón al aire y lo atrapó.

—¡Sabotaje! —dijo—. ¡Sabotaje! ¡Sabotaje!

Otra canción de música *country* sonaba en la radio. Ida Nee roncó una, dos veces. Y luego comenzó a roncar de nuevo.

Beverly lanzó el bastón al aire, esta vez más alto. Lo giró detrás de su espalda. Lo giró frente a ella, tan rápido y frenético que el bastón casi se volvió invisible.

—Vaya —dijo Louisiana—, eres una malabarista genial.

—Soy genial en todo —dijo Beverly. Siguió girando el bastón. Sonrió, mostrando su diente mellado—. Vamos —dijo—, hay que salir de aquí.

Y eso hicieron.

TREINTA Y TRES

SALIERON de la casa de Ida Nee y comenzaron a caminar por el sendero del Lago Clara, de vuelta hacia el pueblo. Raymie llevaba el bastón de Beverly y el suyo.

Beverly se detenía de vez en cuando para golpear los guijarros y la gravilla con el bastón de Ida Nee a un lado del camino. El lago centellaba, apareciendo y desapareciendo conforme el camino daba vueltas y se alejaban.

—¿Adónde vamos? —preguntó Raymie.

—Vamos a escapar de aquí —dijo Louisiana.

—Así es —dijo Beverly. Se detuvo y golpeó más gravilla con el bastón de Ida Nee—. Vamos. A. Escapar.

—Ya lo sé —dijo Louisiana.

—¿Qué? —preguntó Raymie.

—Ha llegado el momento. Los Tres Rancheros deberíamos ir a rescatar a Archie.

—No somos los Tres Rancheros —dijo Beverly.

—Bueno, ¿entonces quiénes somos? —preguntó Louisiana.

—Mira —dijo Beverly—. No podemos rescatar a ese gato.

—Tú dijiste que nos ayudarías. Vayamos al Refugio Animal Extremadamente Agradable y preguntemos por él.

—¡No existe ningún Refugio Animal Extremadamente Agradable! —gritó Beverly—. ¿Cuántas veces debo decírtelo?

Raymie estaba de pie entre Beverly y Louisiana, y flexionó los dedos de los pies. De pronto estaba aterrada.

—¿Van a ayudarme o no? —dijo Louisiana. Miró fijamente a Beverly y a Raymie. Sus broches de conejitos brillaban en un rosa fundido sobre su cabeza.

Hacía mucho calor.

—De acuerdo —dijo Beverly—. Podemos ir a buscar al gato. Lo único que digo es que no comprendes cómo funciona el mundo.

—Entiendo muy bien cómo funciona el mundo — dijo Louisiana. Dio una fuerte pisada sobre la gravilla—. Sé exactamente cómo funciona. ¡Mis padres se ahogaron! ¡Soy huérfana! ¡No hay nada de comer en el hospicio del condado excepto sándwiches de mortadela! Y ésa es la forma en la que funciona el mundo.

Louisiana inhaló profundamente y Raymie escuchó silbar sus pulmones.

—Tu padre está en Nueva York —dijo Louisiana. Señaló a Beverly —. Intentaste llegar a él pero no pudiste. Sólo llegaste hasta Georgia, y Georgia es el estado más próximo a éste. Eso no es muy lejos. Y *así* es

como funciona el mundo.

El rostro de Louisiana estaba muy rojo. Sus broches de conejitos estaban en llamas.

—Y tu padre —dijo; dándose la vuelta para mirar de frente a Raymie—, huyó con una persona que limpia los dientes, y no sabes si volverá. ¡Y así es como funciona el mundo! Pero Archie es el Rey de los Gatos, y yo lo traicioné. Quiero que vuelva, y quiero que vosotras me ayudéis porque somos amigas. Y también así es como funciona el mundo.

Louisiana pisó fuerte una vez más. Una pequeña nube de polvo de gravilla se levantó entre las tres.

Raymie sentía su alma en algún lugar dentro de sí Era una cosa pequeña, triste y pesada, una pequeña canica de plomo. De pronto supo que no sería Pequeña *Miss* Florida. Ni siquiera intentaría convertirse en Pequeña *Miss* Florida.

Pero Louisiana era su amiga, y Louisiana necesitaba ser protegida, y lo único que a Raymie se le ocurría hacer para mejorar las cosas en ese momento era ser un buen Ranchero.

Así que Raymie dijo:

—Yo iré contigo al Refugio Animal Extremadamente Agradable, Louisiana. Te ayudaré a recuperar a Archie.

El sol estaba en lo alto, muy alto encima de ellas. Caía a plomo sobre ellas, observándolas, esperando.

—Está bien —dijo Beverly. Se encogió de hombros—. Si eso es lo que vamos a hacer, entonces hagámoslo.

Caminaron el resto del trayecto hacia el pueblo en silencio.

Louisiana las dirigió.

TREINTA Y CUATRO

EL REFUGIO ANIMAL Extremadamente Agradable era un edificio de bloques de cemento pintados de gris. Alguna vez, quizás en una época más feliz, los bloques de cemento habían sido rosas. En varias partes el gris se estaba descascarillando y revelaba el rosa, así que parecía como si el Refugio Animal Extremadamente Agradable tuviera una enfermedad de piel.

Había un pequeño letrero en la puerta. Decía edificio 10.

La puerta era de madera torcida y pintada de gris.

Había un árbol triste frente al edificio. No tenía hojas y era de color marrón.

—¿Aquí es? —preguntó Beverly—. ¿Éste es el lugar?

—Dice Edificio 10 —dijo Raymie.

—Es el Refugio Animal Extremadamente Agradable. Aquí es donde la abuela trajo a Archie —la voz de Louisiana sonaba aguda y tensa.

—Bueno, bueno —dijo Beverly—. Está bien. Éste es el lugar. Hazme un favor y déjame hablar a mí, ¿de acuerdo? Cierra la boca esta vez.

Dentro del Edificio 10 estaba muy oscuro. Había un escritorio de metal y un archivador de metal y tan sólo una bombilla que colgaba del techo. Los suelos eran de cemento. Detrás del escritorio una mujer comía un sándwich. Y había una puerta que estaba cerrada y que conducía a quién sabe dónde.

Cada uno de estos detalles emergieron de la penumbra despacio, de mala gana.

—¿Sí? —dijo la mujer del escritorio.

—Venimos a buscar a un gato —dijo Beverly.

—No hay gatos —dijo la mujer—. Dormimos a todos los gatos el día en que llegan.

—Ay; no —dijo Raymie.

La mujer dio un mordisco a su sándwich.

—¿Dormirlos? —preguntó Louisiana—. ¿Dormirlos dónde? ¿En qué parte? ¿En una jaula?

La mujer no respondió. Se quedó sentaba analizando su sándwich.

Detrás de la puerta cerrada surgió un sonido terrible. Era un aullido de desesperación y tristeza. Era el sonido más solitario que Raymie hubiera escuchado jamás. Era peor que los gritos de Alice Nebbley pidiendo que alguien agarrara su mano. Todos los vellos de la nuca de Raymie se erizaron. Su alma se arrugó. Se aferró al brazo de Louisiana.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —preguntó Louisiana. Señaló la puerta con su bastón.

—Nada —dijo la mujer.

—Mire —dijo Beverly—. El nombre del gato es Archie. ¿Puede revisar el registro o algo?

—No llevamos registro de gatos —dijo la mujer—. Hay demasiados. Los gatos llegan y los dormimos.

—¿Dónde los duermen? —dijo Louisiana.

—Vamos —dijo Beverly—. Salgamos de aquí.

—No —dijo Louisiana—. No nos vamos. Es mi gato. Lo quiero de vuelta.

El aullido se escuchó de nuevo. Llenó el edificio. La mujer del escritorio dio otro mordisco a su sándwich y la lámpara del centro de la estancia se balanceó de adelante hacia atrás como si intentara reunir la suficiente energía para dejar el Edificio 10 y encontrar un mejor lugar que iluminar.

Raymie todavía estaba aferrada a Louisiana. Beverly agarró la otra mano de Louisiana.

—Vamos —dijo—. Ahora. Tenemos que irnos.

—No —dijo Louisiana. Pero dejó que tiraran de ella hacia la puerta, y luego hacia afuera, a la luz del sol.

—¿Qué significa que los *duermen*? —preguntó Louisiana cuando ya estaban afuera.

—Mira —dijo Beverly—. Te lo dije. Te lo he estado diciendo. Ese gato se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —preguntó Louisiana.

—Está muerto —dijo Beverly.

Muerto.

Era una palabra tan terrible, tan definitiva, tan innegable. Raymie levantó la vista hacia el cielo, al sol.

—Quizás Archie esté con la señora Borkowski —le dijo Raymie a Louisiana. Tuvo una repentina visión de la señora Borkowski sentada en su tumbona en medio de la calle con el gato sobre su regazo.

—No —dijo Louisiana—. Estás mintiendo. Archie no está muerto. Yo lo sabría si estuviera muerto.

Y entonces, antes de que pudieran detenerla, Louisiana abrió la puerta de madera torcida y entró al edificio de nuevo.

—Espera —dijo Raymie.

—Aquí vamos —dijo Beverly.

Entraron juntas al Edificio 10, donde Louisiana gritaba.

—¡Devuélvemelo! ¡Devuélvemelo! ¡Devuélvemelo! —y pateaba la mesa de metal.

La mujer del sándwich no parecía molesta, ni siquiera particularmente sorprendida por lo que sucedía. Louisiana dejó de

patear el escritorio y comenzó a golpearlo con su bastón. Esto pareció perturbar un poco a la mujer. Tal vez nunca antes habían golpeado su escritorio con un bastón. Apartó el sándwich.

—Detente —dijo.

El bastón emitía un sonido hueco y reverberante al impactar contra el escritorio. Sonaba como un tambor roto proclamando el anuncio de la muerte de un rey.

—¡Me detendré. En cuanto. Me devuelvas. A Archie! —gritó Louisiana.

Raymie pensó que quizás era lo más valiente que había visto, alguien exigiendo que le devolvieran algo que ya no estaba ahí. Al mirar a Louisiana, Raymie sintió que su alma se elevaba dentro de ella, aunque todo el mundo fuera oscuro y triste y estuviera iluminado por una sola lámpara.

—¡Se suponía que lo cuidarían! —le dijo Louisiana a la señora. *Bang*—. ¡Debían alimentarlo tres veces al día —*bang*—, y rascarle detrás de las orejas —*bang*—, tal y como a él le gusta!

Bang, bang, bang.

Detrás de la puerta cerrada se escuchó de nuevo el terrible aullido.

Louisiana dejó de golpear el bastón contra el escritorio. Se quedó de pie y prestó atención, y luego se inclinó, puso las manos sobre las rodillas y comenzó a tomar grandes bocanadas de aire.

—Va a desmayarse —le dijo Beverly a Raymie—. Cuando lo haga, agárrala de las manos y yo de los pies, y la sacaremos de aquí.

—Yo no —dijo Louisiana—. Voy. A desmayarme.

Y entonces se cayó de lado.

—Ahora —dijo Beverly. Raymie cogió las manos de Louisiana y la llevaron cargando hacia afuera del Refugio Animal Extremadamente Agradable. La recostaron bajo el pequeño árbol derrotado.

El pecho de Louisiana subía y bajaba. Tenía los ojos cerrados.

—¿Y ahora qué? —dijo Beverly.

Raymie flexionó los dedos de los pies. Cerró los ojos y miró la lámpara balanceándose de adelante hacia atrás. Para nada era lo bastante luminosa. Era demasiado pequeña para ese lugar terriblemente oscuro.

De hecho, no había suficiente luz en ninguna parte.

Y entonces Raymie recordó el frasco de caramelos de la señora Sylvester. Lo vio resplandeciendo en la luz del sol de la tarde que entraba por la ventana de la Aseguradora Familiar Clarke.

—Podemos llevarla a la oficina de mi padre —dijo Raymie—. No queda lejos de aquí.

TREINTA Y CINCO

—¿QUÉ sucede? —preguntó la señora Sylvester con su vocecita de pájaro—. ¿Qué pasa, Raymie Clarke? ¿Por qué estáis empapadas? ¿Está lloviendo? —la señora Sylvester miró el sol brillando a través de la ventana de cristal de la Aseguradora Familiar Clarke.

—Tuvimos que pasar por un aspersor —dijo Beverly—. Para, hum, revivirla lo suficiente y que pudiera caminar hasta aquí.

—¿Pasar por un aspersor? —dijo la señora Sylvester—. ¿Revivirla?

—Tienen a Archie y no lo quieren devolver—dijo Louisiana. Levantó el puño al aire y lo sacudió. Y luego dijo—: Creo que tal vez debería sentarme.

—Archie es su gato —dijo Raymie—. Ella se desmayó.

—¿Alguien se ha llevado a tu gato? —preguntó la señora Sylvester.

—De verdad que quiero sentarme ahora —dijo Louisiana.

—Claro, querida —dijo la señora Sylvester—. Siéntate.

Louisiana se sentó en el suelo.

—¿Quién se ha llevado a su gato? —preguntó la señora Sylvester.

—Es complicado —dijo Raymie.

—Huele bien aquí —dijo Louisiana como si estuviera en medio de un sueño.

La oficina olía a humo de pipa, aunque el padre de Raymie no fumaba pipa ni tampoco la señora Sylvester. El hombre que había sido el dueño anterior de la oficina, un vendedor de seguros llamado Alan Klondike, era quien fumaba en pipa. Y todavía permanecía el olor.

—¿Raymie? —dijo la señora Sylvester.

—Son mis amigas de malabarismo con bastón —dijo Raymie.

—Qué bien —dijo la señora Sylvester.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. ¿Ésos son caramelos? —señaló el frasco sobre el escritorio de la señora Sylvester.

—Así es —dijo la señora Sylvester—. ¿Queréis probarlos?

—Voy a recostarme aquí sólo un minuto —dijo Louisiana— y luego me levantaré y estaré lista para comer algunos caramelos —Louisiana se recostó despacio.

—Santo cielo —dijo la señora Sylvester y se frotó las manos. ¿Pero qué le sucede?

—Se pondrá bien —dijo Beverly—. Es por el asunto del gato. Archie. Le ha perturbado. Además tiene los pulmones congestionados.

La señora Sylvester arqueó sus cejas depiladas.

Sonó el teléfono.

—Santo cielo —dijo.

—Debería contestar el teléfono —dijo Beverly.

La señora Sylvester pareció aliviada. Contestó el teléfono.

—Aseguradora Familiar Clarke —dijo—. ¿Cómo podemos protegerlo?

El sol brillaba a través de la ventana de vidrio. En la ventana estaba escrito el nombre del padre de Raymie —Jim Clarke— y las letras arrojaban sombras al suelo.

Raymie se sentó junto a Louisiana sobre la alfombra descolorida por el sol. Se sentía mareada. No creía que se desmayaría, pero se sentía extraña, insegura.

Beverly se agachó. Le dijo a Louisiana:

—Levántate. Puedes comer caramelos si te levantas.

La señora Sylvester seguía hablando por teléfono—dijo:

—El señor Clarke no está disponible, pero estoy segura de que puedo encargarme de eso, señor Lawrence. Sin embargo, en este momento hay una situación complicada en las oficinas de la Aseguradora Familiar Clarke. ¿Le parecería bien mañana? Maravilloso. Maravilloso. Se lo agradezco mucho. Sí. Hummmmm. Gracias por llamar.

La señora Sylvester colgó el teléfono.

Raymie cerró los ojos y vio la única lámpara del Edificio 10 balanceándose de adelante hacia atrás. Se sintió muy cansada. Habían sucedido tantas cosas. Seguían sucediendo tantas cosas.

—Me siento mejor —dijo Louisiana. Se sentó—. ¿Ahora puedo comer algunos caramelos?

—Claro —dijo la señora Sylvester. Quitó la tapa del frasco y se lo ofreció a Louisiana. Louisiana se puso de pie. Metió la mano muy adentro del frasco de caramelos.

—Gracias —le dijo a la señora Sylvester. Y entonces se metió en la boca todo el puñado de suaves caramelos. Masticó durante un largo rato. Le sonrió a la señora Sylvester. Tragó y preguntó:

—¿Usted cree que habrá caramelos en el hospicio del condado?

La señora Sylvester dijo:

—Yo creo que deberías comer algunos más, querida —le ofreció el frasco de nuevo.

Raymie miró a su alrededor y vio que Beverly había abierto la puerta de la oficina de su padre y estaba de pie mirando al interior.

Raymie se levantó del suelo. Fue y se detuvo junto a Beverly.

—Ésta es la oficina de mi padre —dijo.

—Sí —dijo Beverly—. Lo imaginaba —miraba la foto aérea del Lago Clara que colgaba en la pared trasera del escritorio de Jim Clarke.

—Se puede ver el fantasma de Clara Wingtip en esa foto —dijo

Raymie.

—¿Dónde? —preguntó Beverly.

—Justo ahí —dijo Raymie. Entró en la oficina y señaló la esquina derecha del lago, el manchón borroso que tenía forma de una persona perdida que estaba esperando y que se había muerto por error, o quizás a propósito.

El padre de Raymie le había enseñado el fantasma de Clara Wingtip cuando tenía seis años. La había subido a sus hombros para que pudiera ver la fotografía de cerca, y Raymie había localizado la sombra de Clara con la punta de su dedo. Desde entonces, durante mucho tiempo a ella le había dado miedo entrar en aquella oficina, temerosa de que Clara la estuviera esperando y que su fantasma la llevara al lago, la empujara bajo el agua y la ahogara.

—Eso sólo es una sombra —dijo Beverly—. No significa nada. Hay sombras por todas partes. Las sombras no son fantasmas.

El teléfono sonó de nuevo. La señora Sylvester atendió la llamada.

—Aseguradora Familiar Clarke. ¿Cómo podemos protegerlo?

—¿Te ha llamado? —preguntó Beverly.

—¿Quién? —dijo Raymie;

—Tu padre —dijo Beverly.

—No —dijo Raymie.

Beverly asintió despacio con la cabeza.

—Claro —dijo. Pero no lo dijo de forma cruel. Raymie estaba tan cerca de Beverly que podía olería, esa extraña mezcla de dulzura y aspereza. Analizó el moretón del rostro de Beverly que ya estaba desapareciendo.

—¿Quién te pegó? —preguntó.

—Mi madre—dijo Beverly.

—¿Por qué?

—Porque robé en una tienda.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Beverly. Metió las manos en los bolsillos de sus pantaloncillos—. Me voy a ir de aquí. Me voy a ir a vivir sola. Voy a cuidarme yo sola,

Detrás de ellas, Louisiana le contaba a la señora Sylvester que sus padres habían muerto.

—Se ahogaron —dijo Louisiana.

—No dijo la señora Sylvester.

—Sí —dijo Louisiana.

—No voy a participar en el concurso Pequeña *Miss* Florida —dijo Raymie.

—Bien por ti —dijo Beverly. Asintió—. Los concursos son estúpidos.

—Ya no importa —dijo Raymie.

—Seguro que no—dijo Beverly—. Tal vez tampoco yo me moleste en querer sabotear concursos. Al menos no sabotearé ese concurso —y luego, en voz baja—dijo—: Me siento muy mal por lo del gato muerto.

En ese momento, Raymie sintió que todo, completamente todo, la inundaba: la señora Borkowski, Archie, Alice Nebbley, el pájaro marino gigante, Florence Nightingale, el señor Staphopoulos, el fantasma de Clara Wingtip, el pájaro amarillo y la jaula vacía, Edgar y el maniquí que simulaba ahogarse, la única lámpara en el Edificio 10.

Dime, ¿por qué existe el mundo?

Raymie inhaló profundamente. Se irguió tanto como pudo. Miró al fantasma de Clara Wingtip.

Que en realidad no estaba ahí. Que sólo era una sombra.

Quizá.

TREINTA Y SEIS

LA SEÑORA SYLVESTER les sostuvo la puerta mientras salían.

—Gracias por la visita —dijo.

—Y gracias a usted por los caramelos —dijo Louisiana—. Estaban deliciosos.

En el camino de regreso a casa de Ida Nee, Louisiana cantó *"Raindrops Keep Fallin' on My Head"* dos veces seguidas. Cuando comenzó a cantarla por tercera vez, Beverly le dijo que se callara.

—Bueno —dijo Louisiana—. Es que cantar me ayuda a pensar. Y ahora me he decidido.

—¿Decidido a qué? —preguntó Raymie.

—He decidido que están escondiendo a Archie para que yo no lo encuentre. Está detrás de la puerta cerrada que hay en ese lugar. Lo que tenemos que hacer es forzar la entrada del Refugio Animal Extremadamente Agradable y abrir esa puerta. Y entonces lo encontraremos. Sé que lo haremos.

—¿Qué? —dijo Beverly—. ¿Estás loca? ¿No recuerdas nada de lo que pasó? El gato está muerto. No hay nada que liberar.

—Esperaremos a que anochezca —dijo Louisiana—. Y luego entraremos y lo rescataremos.

—No —dijo Beverly.

—Sí —dijo Louisiana.

—El gato está muerto —dijo Beverly.

Louisiana soltó su bastón. Se puso los dedos en los oídos. Comenzó a canturrear.

Raymie se inclinó y recogió el bastón de Louisiana.

—No volveré a ese lugar —dijo Beverly.

Louisiana se quitó los dedos de los oídos.

—¿Para qué existen los Rancheros si no pueden realizar actos de valentía?

—Los Rancheros no existen —dijo Beverly—. Sólo están en tu cabeza.

—Sí existen —dijo Louisiana—, porque *nosotras* existimos. Estamos aquí.

—Yo estoy aquí —dijo Raymie.

—Así es —dijo Louisiana.

—Y tú estás aquí —dijo Raymie, señalando a Louisiana—. Y tú estás aquí —señaló a Beverly—. Y estamos aquí juntas.

—Así es —dijo Louisiana otra vez.

—¡Bah! —dijo Beverly—. ¡Bah! que todas estamos aquí. Pero nada de eso cambia el hecho de que el gato esté muerto.

La discusión siguió así durante un rato —Beverly insistiendo en que el gato estaba muerto, Louisiana insistiendo en que rescatarían al gato—, pero se detuvo por completo cuando llegaron a la rotonda de la casa de Ida Nee y vieron que la madre de Beverly estaba ahí y que la madre de Raymie estaba ahí y que la abuela de Louisiana no estaba ahí.

Y que también había una patrulla en la rotonda.

—La policía —dijo Beverly.

—Ay, no —dijo Louisiana.

Ida Nee estaba de pie frente a su casa hablando con los policías. Tenía un nuevo bastón y lo utilizaba para señalar cosas. Señaló la puerta de la cochera. Señaló la puerta de la cocina.

—¡No! —gritó Ida Nee—. No lo he perdido. Nunca he perdido mi bastón en la vida. Me lo han robado. La puerta de mi oficina ha sido forzada. Mi puerta principal ha sido forzada. Soy víctima de un robo.

Justo cuando uno pensaría que el día no podía ponerse peor que el Edificio 10 con su única lámpara y el terrible aullido y el asesinato del gato, Ida Nee fue y llamó a la policía porque Beverly Tapinski se había llevado su bastón.

¡Las iban a meter a todas en la cárcel!

Raymie y Beverly y Louisiana estaban de pie juntas, al borde de la propiedad, en un costado de la azálea de Ida Nee.

Más allá de la rotonda, la madre de Beverly estaba apoyada contra su coche azul brillante, fumando un cigarro. La madre de Raymie estaba sentada en el automóvil de los Clarke, mirando al frente.

—Ay, no —dijo de nuevo Louisiana.

—No entremos en pánico —dijo Beverly.

—No estoy en pánico —dijo Louisiana.

—Creo que dejé su estúpido bastón en la oficina de tu padre —dijo Beverly.

—Ay, noooo —dijo Louisiana.

—Silencio —dijo Beverly—. No pueden probar nada. Vinimos a nuestras clases de malabarismo con bastón y ella no estaba, así que nos fuimos. Ésa es nuestra historia. Todas debemos decir lo mismo.

Raymie se sentía confusa, temblorosa. Su corazón latía muy rápido. Su alma, por supuesto, había desaparecido.

En ese instante la abuela de Louisiana sacó la mano por entre la azalea y agarró el tobillo de Raymie.

Raymie gritó.

Louisiana gritó.

Beverly aulló.

Por fortuna, nadie las escuchó porque Ida Nee señalaba cosas y gritaba sobre el mal que le habían hecho.

—Abu —dijo Louisiana—, ¿qué estás haciendo aquí?

—No hay nada que temer —dijo la abuela de Louisiana desde detrás de la azálea, donde estaba agachada.

Seguía agarrando el tobillo de Raymie. La sujetaba sorprendentemente fuerte.

—No tengáis miedo —dijo la abuela.

—Bueno —dijo Raymie.

—Tengo un plan —le dio una pequeña sacudida al tobillo de Raymie—. Todo saldrá bien.

Raymie miró la cabeza brillante y repleta de broches de la abuela de Louisiana. Parecía que su cabello estuviera en llamas.

—Bueno —dijo Raymie.

Le alegraba que alguien tuviera un plan.

TREINTA Y SIETE

LOUISIANA y Raymie estaban en el asiento trasero del automóvil de los Clarke.

Habían puesto pies en polvorosa.

Según la abuela de Louisiana, las autoridades estaban fuera de sus casillas, y sería buena idea que Louisiana estuviera lejos, muy lejos de la propiedad Elefante.

Así que Louisiana pasaría la noche en casa de Raymie.

Ése era el plan de la abuela de Louisiana.

Y a medianoche, Beverly Tapinski iría a casa de Raymie, y las tres juntas, los Tres Rancheros, entrarían en el Edificio 10 y liberarían a un gato muerto.

Ése era el plan de los Rancheros.

Era un plan que habían confeccionado después de que la abuela de Louisiana abandonara la escena.

Era exactamente el tipo de plan que la señora Borkowski hubiera aprobado. La señora Borkowski se habría reído. Habría mostrado todos sus dientes. Y entonces habría dicho: Ffjfiúúúúúúú, os deseo suerte.

—¿No ha sido emocionante? —dijo Louisiana mientras se alejaban de la casa de Ida Nee—. Me pregunto quién habrá robado el bastón de la señorita Nee.

Le dio un codazo a Raymie en las costillas.

—Ha sido una tempestad en un vaso de agua — dijo la madre de Raymie—. Eso ha sido. ¿Quién llama a la policía por un bastón robado?

—Estoy emocionada porque pasaré la noche en tu casa —dijo Louisiana—. ¿Cenaremos, señora Nightingale?

Hubo una pausa.

—¿A quién le hablas? —preguntó la madre de Raymie.

—Le hablo a usted, señora Nightingale.

—Mi nombre es señora Clarke.

—Ah —dijo Louisiana—. No lo sabía. Pensaba que usted también tenía el apellido de Raymie.

—Mi apellido también es Clarke —dijo Raymie.

—¿De verdad? —dijo Louisiana—. Yo pensé que eras Raymie Nightingale. Como el libro.

—No —dijo Raymie—. Soy Raymie Clarke.

¿De dónde sacaba Louisiana ideas tan extrañas? ¿Y qué se sentiría al ser Raymie Nightingale? ¿Cómo sería andar por un camino luminoso y brillante llevando una lámpara sobre tu cabeza?

—Bueno—dijo Louisiana—. Da igual. ¿Cenaremos, señora Clarke?

—Claro.

—Ay, Dios mío —dijo Louisiana—. ¿Qué habrá?

—Espaguetis.

—¿O tal vez pastel de carne? —preguntó Louisiana—. Me encanta el pastel de carne.

—Supongo que puedo hacer pastel de carne —dijo

la madre de Raymie. Suspiró.

Raymie miró por la ventana. En alguna parte, su padre estaba a punto de cenar también. Pensó que él estaría sentado en una cafetería juntó a Lee Ann Dickerson, con un menú en una mano y un cigarrillo en la otra. Vio que Lee Ann Dickerson extendía la mano y la posaba sobre el brazo de su padre. Observó el humo del cigarro de su padre elevarse en volutas hacia el techo, y de pronto lo supo.

Su padre no regresaría.

Él nunca regresaría.

—¡Uf! —dijo Raymie. Su alma tembló. Sentía como si alguien la hubiera golpeado en el estómago.

—¿Qué has dicho? —preguntó Louisiana.

—Nada —dijo Raymie.

—Tal vez después de cenar podemos leer en voz alta el libro de Nightingale —dijo Louisiana—. Abu siempre me lee por las noches.

—Claro —dijo Raymie.

* * *

A la hora de la cena, la madre de Raymie miró asombrada cómo Louisiana se comía cuatro porciones de pastel de carne y todos sus guisantes. Las tres se sentaron a la mesa del comedor, bajo el pequeño candelabro.

Louisiana dijo:

—Nosotras también tenemos un candelabro. Pero ahora no podemos usarlo por el problema de la electricidad. Es bonito tener un poco de luz. También me gusta esta mesa. Es una mesa muy grande.

—Sí —dijo la madre de Raymie—. Lo es.

—Podría caber mucha gente alrededor de esta mesa —dijo Louisiana.

—Supongo que sí —dijo la madre de Raymie.

Y entonces se quedaron en silencio.

Raymie escuchaba el reloj de rayos de sol en la cocina, haciendo tictac despacio, metódicamente.

—Tu madre es muy buena cocinera —dijo Louisiana cuando terminaron de cenar y estaban en la habitación de Raymie con la puerta cerrada—. Pero no habla mucho, ¿verdad?

—No —dijo Raymie—, creo que no —observó la lámpara del techo. Una palomilla revoloteaba alrededor con optimismo.

—¿TU padre te daba un beso de buenas noches cuando vivía aquí? —preguntó Louisiana.

—A veces —dijo Raymie. Ya no quería pensar en su padre. No quería recordarlo cuando se inclinaba para darle un beso en la frente o cuando ponía una mano sobre su hombro. No quería recordar cuando él le sonreía.

—Abu siempre me da un beso de buenas noches —dijo Louisiana —. Y luego me da besos por los ausentes. Ésos son mi madre y mi padre y mi abuelo. Me tocan cuatro besos.

Louisiana suspiró. Miró por la ventana.

—En el hospicio del condado nadie te da un beso

de buenas noches. Al menos eso es lo que he escuchado. ¿Quieres que leamos ahora en voz alta el libro de Florence Nightingale?

—De acuerdo —dijo Raymie.

—Yo primero —dijo Louisiana. Cogió el libro y lo abrió por la mitad y leyó una frase.

—Florence se sentía sola.

Y entonces cerró el libro y lo abrió de nuevo y leyó una frase de la página tres.

—Florence deseaba ayudar.

Y entonces cerró el libro de golpe.

—¿No deberías comenzar por el principio? —preguntó Raymie.

—¿Por qué? —dijo Louisiana—. Así es mucho más interesante — abrió el libro otra vez. Leyó la frase:

—Florence alzó la lámpara.

Afuera de la ventana de Raymie, el mundo estaba a oscuras.

—Cuando lees un libro de esta forma —dijo Louisiana—, nunca sabes qué va a pasar después. Te mantiene alerta. Eso dice mi abuela. Y es importante estar alerta en este mundo porque uno nunca sabe qué puede pasar después.

TREINTA Y OCHO

RAYMIE despertó. Las manecillas de su despertador brillaban alegres en la oscuridad. Marcaban la 1:14 de la madrugada.

Ya era pasada la medianoche y Beverly Tapinski no había llegado.

Eso significaba que no iban a salir de la casa y entrar en el Edificio 10 para rescatar a Archie. Quien ni siquiera estaba ahí.

Después de todo, nada de esto sucedería. Raymie estaba decepcionada. Y aliviada. Las dos cosas al mismo tiempo.

Se quedó recostada y miró el reloj. Haría tictac de una forma satisfecha y engreída, como si hubiera resuelto un problema difícil.

Raymie bajó de la cama. Por la luz anaranjada de la lamparita de noche, pudo ver a Louisiana dormida en el suelo. *Un camino luminoso y brillante: la vida de Florence Nightingale* estaba abierto encima del abdomen de Louisiana. Tenía las manos cruzadas sobre el libro, y sus piernas estaban bien estiradas. Parecía como si hubiera caído en el campo de batalla de la vida.

Caído en el campo de batalla de la vida era algo que Louisiana había dicho cuando estaban leyendo el libro en voz alta.

—Florence Nightingale ayuda a quienes han caído en el campo de batalla de la vida. Acude a ellos con su esfera mágica...

—No creo que sea una esfera mágica —dijo Raymie—. Es un farol. Es lo que la gente usaba antes de que hubiera electricidad.

—Ya lo sé —dijo Louisiana. Bajó el libro y miró a Raymie. Levantó el libro de nuevo—dijo—: Acude a ellos con su esfera mágica y los sana. Ellos no se preocupan más. Y no desean cosas que ya no están.

Raymie sintió que su corazón retumbaba dentro de ella.

—¿Dónde dice eso? —preguntó.

—Está escrito en el libro que hay en mi cabeza —dijo Louisiana, dando un golpecito a su cabeza—. Y a veces es mejor que el libro real. Y con eso quiero decir que a veces leo las palabras que quiero que aparezcan ahí, en vez de las palabras que de hecho están ahí. Justo como hace Abu —Louisiana miró a Raymie con mucha seriedad—. ¿Quieres que continúe?

—Sí —dijo Raymie.

—Bien —dijo Louisiana—. Dentro de la esfera mágica que lleva Florence Nightingale, hay deseos y esperanzas y amor, Y todas estas cosas son muy pequeñitas y también muy brillantes. Y hay miles de cosas, de deseos y esperanzas y amor, y se mueven alrededor de la esfera mágica y eso es lo que usa Florence para ver por los demás. Así es como ve a los soldados que han caído en el campo de batalla de la

vida.

"Pero llega un momento en que alguien muy malvado decide robar la esfera mágica de Florence Nightingale, y esa persona es Marsha Jean. ¡Florence debe defenderse! Y una de las cosas que usa es su capa, que por la noche se convierte en un par de alas gigantescas para poder volar sobre los campos de batalla con su esfera mágica en busca de los heridos.

"Pero si Marsha Jean logra robar la esfera mágica, entonces Florence estará volando en medio de la oscuridad y no podrá ver nada, ¿y así, cómo ayudará a la gente?

Louisiana agitó las páginas del libro.

—¿Quieres que lea más? —preguntó.

—Sí —dijo Raymie.

Se quedó dormida cuando Louisiana leía en voz alta de un libro que no existía, y soñó que la señora Borkowski estaba sentada en su tumbona en medio de la calle. Y entonces, de pronto, la señora Borkowski no estaba sentada en la tumbona. Estaba de pie y se alejaba de Raymie. Caminaba por un largo camino y llevaba una maleta.

Raymie la siguió.

—¡Señora Borkowski! —le gritó en su sueño.

La señora Borkowski se detuvo. Apoyó la maleta en el suelo y la abrió despacio; luego metió la mano en la maleta y sacó un gato negro y lo posó en el suelo.

—Para ti —dijo la señora Borkowski.

—¡Archie! —dijo Raymie. El gato se enroscó entre sus piernas. Ella escuchaba sus ronroneos.

—Sí, Archie —dijo la señora Borkowski. Sonrió.

Y entonces se agachó y buscó algo en el interior de la maleta—. Tengo algo más para ti —dijo. Se levantó. Tema una esfera de luz.

—¡Vaya! —dijo Raymie.

—Toma —dijo la señora Borkowski. Le dio la esfera a Raymie, luego cerró la maleta, la levantó y se alejó caminando.

—Espera —dijo Raymie.

Pero la señora Borkowski ya estaba muy lejos. Raymie sostuvo la esfera mágica tan alto como pudo. Observó a la señora Borkowski hasta que desapareció. —Miau —dijo Archie.

Raymie bajó la vista y miró al gato. Pensó: *Louisiana se pondrá muy contenta. Tenía razón. Archie no estaba muerto.*

Ése fue el sueño.

Raymie lo recordó cuando despertó y contempló a Louisiana durmiendo. Escuchaba sus pulmones silbar; parecía muy pequeña.

De pronto, sin advertencia alguna, Louisiana abrió los ojos y se incorporó. Florence Nightingale cayó al suelo. Louisiana dijo:

—Lo haré de inmediato. Abu, lo prometo.

—¿Louisiana? —dijo Raymie.

Louisiana parpadeó.

—¿Hola? —dijo

—Hola —dijo Raymie—. Beverly no ha llegado.

—Tenemos que ir —dijo Louisiana. Parpadeó otra vez. Observó a su alrededor—. Debemos ir a rescatarlo.

—No podemos hacerlo sin Beverly —dijo Raymie—. No sabemos forzar cerraduras.

Todos los broches de conejitos de Louisiana habían migrado a un solo lugar de su cabeza. Habían formado un montón enorme. Había algo en los broches de conejitos que parecía triste.

—Pues tendremos que intentarlo —dijo Louisiana.

Vieron un repentino destello que venía de afuera. Raymie tuvo el ridículo pensamiento de que Florence Nightingale había llegado llevando su gran esfera mágica.

Pero no era Florence.

Era Beverly Tapinski.

Estaba de pie afuera de la ventana. Tenía una linterna bajo su barbilla, así que su rostro parecía una calabaza de Halloween.

Sonreía.

TREINTA Y NUEVE

—¿DÓNDE estabas? —preguntó Raymie.

—Digamos que tuve que encargarme de algunas cosas —dijo Beverly.

—¿Qué cosas? —preguntó Louisiana.

—Tenía que hacer un poco de sabotaje.

—Ay, no —dijo Raymie.

—No es gran cosa —dijo Beverly—. Sólo arrojé algunos trofeos al lago.

—¿Qué trofeos? —preguntó Raymie.

—Trofeos de malabarismo con bastón.

—¿Arrojaste los trofeos de Ida Nee al lago? —preguntó Louisiana.

—No todos eran suyos —dijo Beverly.

—Pero, ¿cómo pudiste hacerlo? —chilló Louisiana—. Esto es el fin de todo. Ida Nee llamará otra vez a la policía. Y nunca podremos regresar. Nunca aprenderé a hacer malabarismo con bastón.

—Escúchame —dijo Beverly—. No necesitas aprender malabarismo. Todo lo que tienes que hacer es cantar. Con eso ganarás cualquier concurso.

Tan pronto como Beverly dijo esas palabras, Raymie supo que era verdad. El canto de Louisiana ganaría cualquier concurso. Y Raymie *deseaba* que Louisiana ganara. Deseaba que se convirtiera en Pequeña *Miss* Florida.

Raymie se detuvo. Se quedó muy quieta.

—¿Por qué te detienes? —preguntó Louisiana.

—Anda —dijo Beverly—. Vamos.

Raymie continuó caminando.

Las tres estaban afuera, juntas en medio de la oscuridad, pero era sorprendentemente fácil ver. Y tenían la linterna de Beverly, por supuesto. Y había farolas en las calles y las luces de las casas. Media luna brillaba en el cielo, y la acera que se extendía frente a ellas emitía un destello plateado.

Un perro ladró.

De pronto vieron que el asilo Valle Dorado se alzaba desde la oscuridad como un barco encallado.

—Ese estúpido asilo —dijo Beverly—. Odio ese lugar.

—Oíd —dijo Louisiana. Posó la mano en el brazo de Raymie—. Chis.

Raymie se detuvo. Beverly siguió caminando.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Louisiana.

Raymie escuchó un crujido en los arbustos, el zumbido de la

electricidad de los postes de luz de la ¡calle, el batir de las alas de los insectos. Un perro, el mismo perro, o tal vez otro, ladró y volvió a ladrar. Entre todos esos ruidos, Raymie distinguió un débil ¡sonido de música.

—¿Alguien está tocando el piano? —dijo Louisiana.

—¡No me digas! ¿Y qué importa? —dijo Beverly desde más adelante.

Era una música muy hermosa y triste, y así fue como Raymie supo que quizás fuera una pieza de Chopin y que tal vez el conserje la estuviera tocando. Daba la impresión de que hacía mucho tiempo que había intentado hacer una buena acción para Isabelle y en vez de eso terminó escribiendo una queja. Era casi como si en ese entonces hubiera sido una persona diferente.

Raymie observó el asilo Valle Dorado. Había luz en la sala común.

—Vamos —dijo Beverly—. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿No os parece que es una música de lo más hermosa? —preguntó Louisiana.

Raymie se quedó muy quieta. La luz de la sala común iluminaba las copas de los árboles. Vio algo amarillo brillando en las ramas. Su corazón pegó un salto. Puso una mano sobre el hombro de Louisiana.

—Mira —dijo.

—¿Qué? —dijo Louisiana—. ¿Dónde?

—Apunta la linterna hacia allá arriba —le dijo Raymie a Beverly. Ella apuntó y Beverly iluminó las copas de los árboles y ahí estaba el pájaro amarillo. Parecía ser la respuesta a todo, ahí, de pie sobre una rama, pequeñito y perfecto y alado. Inclinó la cabeza a un lado y las miró.

—Oh —dijo Louisiana—. Ése es el pájaro que rescaté. Es él. Hola, señor pájaro.

Beverly siguió apuntando con la linterna al pájaro amarillo. La música de piano se detuvo y el pájaro trinó largamente.

Y después se escuchó el crujido de una ventana abriéndose. El conserje se asomó a la oscuridad. Raymie vio su rostro. Era un rostro triste. Estaba buscando algo.

Beverly apagó la linterna.

—¡Al suelo! —dijo.

Las tres se acostaron boca abajo. La acera todavía estaba caliente por el sol del día. Raymie apoyó su mejilla contra ella y esperó. Escuchó el sonido de los pulmones de Louisiana. Y entonces el conserje silbó.

El pájaro dejó de cantar.

El conserje silbó otra vez.

El pájaro gorjeó en respuesta.

El conserje lanzó un silbido más complejo, y el pájaro le

respondió con una canción.

—Oh —dijo Louisiana.

Y eso fue lo único que dijeron. Incluso Beverly estaba en silencio, escuchando, mientras el conserje y el pájaro amarillo se cantaban el uno al otro.

Raymie levantó la vista y observó la luna. Parecía que estaba creciendo, pero ella sabía que eso no podía ser verdad. Aun así, la mitad de la luna empezaba a verse como algo proveniente de un sueño, como algo que la señora Borkowski habría sacado de la maleta.

Y el cantarino pájaro amarillo parecía algo que también había permanecido oculto en la maleta de la señora Borkowski.

De pronto, Raymie se sintió feliz. Era la cosa más extraña, cómo la felicidad salía de la nada e inflamaba tu alma.

Se preguntó si su padre estaría durmiendo.

Se preguntó si estaría soñando con ella sin proponérselo.

Eso esperaba.

El silbido se detuvo.

El conserje dijo:

—Sé que estás ahí afuera.

Se escuchó el crujir de los árboles. El pájaro se adentró en la oscuridad y se alejó volando.

—Ahora —murmuró Beverly.

Las tres chicas se pusieron de pie y corrieron lo más rápido que pudieron.

Cuando se detuvieron, Louisiana se lanzó al suelo Se sentó en la hierba con las manos sobre las rodillas y Ja cabeza hacia delante, mientras daba grandes bocanadas de aire,

Beverly dijo:

—Respira, respira.

Louisiana levantó Ja vista y las miró. Y dijo:

—Simplemente. Amo. A esc. Pajarito amarillo.

—Yo también Jo amo —dijo Raymie.

Louisiana le sonrió.

Beverly colocó la linterna bajo su barbilla y dijo con voz profunda:

—Todas nosotras amamos a ese pajarito —y luego sonrió.

El mundo era oscuro. La luna aún estaba en lo alto del cielo.

La felicidad inundó a Raymie una vez más.

CUARENTA

—ARCHIE no siempre hace lo que uno quiere que al haga —dijo Louisiana—. De hecho, casi todo el tiempo no hace lo que uno quiere.

—¿De qué estás hablando? —dijo Beverly.

Estaban en Tag & Bag. Un carrito de compras de la tienda había rodado colina abajo y estaba junto a un árbol. El carrito de metal brillaba alegremente, reflejando las luces del aparcamiento de Tag & Bag.

—Creo que este carrito de compras será perfecto para el rescate de Archie. Podemos ponerlo dentro de él y empujarlo y hacer que se dirija hacia donde queramos.

—No —dijo Beverly.

—Sí —dijo Louisiana.

—No podemos caminar en mitad de la noche con un carrito de compras. Hará demasiado ruido. Además, se vería como algo estúpido.

Yo creo que lo necesitamos —dijo Louisiana. Miró a Raymie—. ¿Tú qué piensas?

—Supongo que está bien —dijo Raymie—. En cualquier caso, no hay nadie por aquí.

—Muy bien —dijo Louisiana—. Eso significa que lo llevaremos —sujetó el carrito y comenzó a empujarlo por la acera.

El carrito de compras tenía una rueda torcida que sonaba como una especie de tartamudeo. Era como si estuviera desesperado por decir algo pero no pudiera pronunciarlo.

—Vamos, chicas —dijo Louisiana—. Vamos a rescatar a Archie —y entonces comenzó a cantar una canción sobre camiones de doble remolque que están en venta o en renta.

—Es como si ella pensara que estamos en una especie de desfile para pobres —dijo Beverly.

Caminaron detrás de la cantante Louisiana y el carrito tartamudo a través de la extraña oscuridad. Las cosas eran visibles, pero todo parecía insustancial. Era casi como si la gravedad tuviera menos efecto en la oscuridad. Parecía que los objetos flotaban. Raymie se sentía más ligera. Intentó flexionar los dedos de los pies. También los sentía más ligeros.

—¿Veis eso que está ahí? —dijo Beverly. Señaló la Torre Belknap. En la cima había una luz roja que parpadeaba—. Ahí es donde trabaja mi madre. Se sienta en un banquito en la caja registradora y vende Torres Belknap en miniatura y perfume de azahar y tonterías de ésas. Hay una máquina en la tienda de regalos donde colocas un centavo y la máquina estira el centavo e imprime en él una imagen de la Torre.

Es una máquina muy ruidosa. Mi madre la odia. Pero ella lo odia todo.

—Ay —dijo Raymie.

—Sí —dijo Beverly.

Más adelante, Louisiana seguía empujando el carrito de Tag & Bag. Cantaba algo acerca de ser el rey del camino.

—¿Alguna vez has subido a la cima de la Torre? —preguntó Raymie.

—Muchas veces —dijo Beverly.

—¿Cómo es?

—Está bien. Puedes ver muy lejos. Cuando era muy pequeña solíamos ir allá arriba para tratar de ver Nueva York, ¿sabes? Aún era muy joven y no entendía. Subía y miraba esperando ver a mi padre. Lo cual era estúpido.

Raymie se preguntó lo que ella podría haber visto desde la cima de la Torre si hubiera estado ahí en el momento oportuno. ¿Habría visto al señor Staphopoulos y a Edgar en su camino a Carolina del Norte? ¿Habría visto a su padre fugarse a bordo de su coche con Lee Ann Dickerson?

—Puedes subir conmigo un día —dijo Beverly—. Si quieres.

—Bueno —dijo Raymie.

Louisiana dejó de cantar. Las miró de frente.

—Hemos llegado —dijo.

Y ahí estaba: el Edificio 10.

A Raymie no le alegraba verlo.

CUARENTA Y UNO

SI TENÍA un aspecto terrible a la luz del día, el Refugio Animal Extremadamente Agradable era mucho peor en la oscuridad. El edificio parecía malhumorado y también un poco culpable, como si hubiera hecho algo terrible y se hubiera agachado hacia el suelo esperando que nadie lo notara.

—Apuesto a que ni se molestan en cerrar la puerta con llave —dijo Beverly—. ¿Quién querría meterse en este lugar?

—Nosotras —dijo Louisiana—. Los tres Rancheros. Daos prisa. Archie está ahí dentro. Nos está esperando.

Beverly bufó, pero sacó su navaja de bolsillo y fue hacia la puerta. Dijo:

—Esto no llevará nada de tiempo.

Y así fue.

Puso la punta del cuchillo en el quicio y la sacudió, y un segundo después la puerta al interior del Edificio 10 se abrió. La oscuridad parecía desplegarse en el edificio como una nube. Durante el día el Edificio 10 había estado oscuro. ¿Cuán oscuro estaría por la noche? Ni siquiera tendrían la luz de una sola lámpara balanceándose.

—No puedo —dijo Raymie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Louisiana.

—Os espero aquí —dijo Raymie.

Beverly iluminó la caverna con su linterna.

—Ilumina esa puerta —dijo Louisiana—. Yo sé que está detrás de esa puerta.

—Sí —dijo Beverly—. Ya lo habías dicho —entonces miró a Raymie—: Puedes esperar aquí. Está bien.

—No —dijo Louisiana—. Todas juntas. Todos los Rancheros. O nadie entra.

—De acuerdo —dijo Raymie, porque tenía que ir a donde ellas fueran. Debía protegerlas si podía, y ellas tenían que protegerla.

Las tres entraron al Edificio 10.

La luz de la linterna de Beverly temblaba en la oscuridad y luego la sostuvo con firmeza. Olía horrible adentro. Amoniaco. Algo podrido. Beverly iluminó la otra puerta.

Y entonces el horrible aullido comenzó.

¡Alguien estaba muriendo! ¡Alguien había renunciado a toda esperanza! ¡Alguien estaba inundado con una desesperanza demasiado terrible para ser traducida en palabras!

—Agarra mi mano —murmuró Raymie.

CUARENTA Y DOS

LOUISIANA agarró la mano de Raymie.

Raymie agarró la mano de Beverly.

La luz de la linterna danzaba sin control alrededor del lugar. Brillaba en el techo, en el escritorio de metal, en los archivadores. Por un instante iluminó la única lámpara y Raymie, ridículamente, se sintió enojada con ésta.

¿Ni siquiera podía intentarlo?

—Ay, Dios mío; oh, no, no —dijo Louisiana. Sus pulmones silbaron. Inhaló profundo y áspero y luego gritó:

—¡Archie, aquí estoy!

El aullido continuó.

—¿Puedes? —dijo Louisiana—. ¿Puedes abrir la otra puerta?

—Claro —dijo Beverly. Caminaron juntas, aferrándose la una a la otra, hacia la puerta—. Vas a tener que soltar mi mano —le dijo Beverly a Raymie—. Tengo que forzar la cerradura.

—Bueno —dijo Raymie. Siguió aferrada fuertemente a la mano de Beverly.

—Mira —dijo Beverly—, ¿por qué no sostienes la linterna? —Raymie soltó la mano de Beverly y agarró la linterna.

—Apunta directamente al pomo de la puerta, ¿vale? —dijo Beverly.

Raymie iluminó la puerta con la linterna, justo en el momento en que Louisiana estiró la mano y giró el pomo.

La puerta no estaba cerrada. Se abrió despacio. El sonido del aullido aumentó.

—'—¿Archie? —dijo Louisiana.

Beverly inhaló con fuerza.

—Dame la linterna —dijo. Cogió la linterna de las manos de Raymie e iluminó con ella la habitación que estaba llena de jaulas. Había jaulas pequeñas y jaulas grandes. Las jaulas pequeñas estaban apiladas una encima de otra, y las jaulas grandes parecían prisiones humanas, y todas las jaulas estaban vacías. No había ni un gato a la vista.

Era una habitación terrible.

Raymie deseaba no haberla visto jamás, porque ahora nunca la olvidaría.

—¡Archie! —gritó Louisiana.

Beverly dio unos pasos al interior de la habitación. —Están vacías —dijo Raymie—. No hay nadie aquí.

—¿Entonces quién está aullando? —preguntó Beverly.

—Ay, Archie —murmuró Louisiana—. Lo siento.

Beverly caminó por la habitación, columpiando la luz de la linterna y formando grandes arcos.

Y luego dijo:

—Aquí. Aquí.

CUARENTA Y TRES

NO ERA ARCHIE.

Ni siquiera era un gato.

Era un perro. O lo había sido en algún momento.

Sus orejas eran tan largas que tocaban el suelo. Su cuerpo era pequeño y estaba tirado. Uno de sus ojos estaba endurecido con legañas y tan hinchado que no podía abrirlo.

—Ay —dijo Louisiana—. Es una especie de conejo.

—Es un perro —dijo Beverly.

El perro movió la cola.

Beverly metió la mano a través de la reja de la jaula.

Le dio una palmadita en la cabeza.

—Todo está bien, todo está bien.

El perro movió más la cola. Pero cuando Beverly retiró la mano, dejó de moverla y comenzó a aullar.

A Raymie se le erizó el vello de las piernas. Los dedos de los pies se le flexionaron sin que ella intentara moverlos.

—Bien —dijo Beverly—. De acuerdo.

Levantó el pestillo de la jaula y abrió la puerta. El perro dejó de aullar. Salió de la jaula y caminó hacia ellas, moviendo la cola.

Louisiana se puso de rodillas. Lo envolvió entre sus brazos.

—Lo llamaré Bunny —dijo.

—Ése es el nombre más estúpido que he escuchado —dijo Beverly.

—Vámonos —dijo Raymie.

Louisiana cogió al perro. Beverly apuntó con la linterna hacia el frente y salieron de la terrible oscuridad del Edificio 10 y entraron a la oscuridad normal de la noche.

La luna estaba en lo alto del cielo, o al menos la mitad de la luna. A Raymie no le parecía posible que la luna todavía brillara después de todo lo que había sucedido. Pero ahí estaba: brillante y muy lejana.

Raymie se sentó en la acera. Louisiana se sentó junto a ella. El perro olía horrible. Raymie extendió la mano y tocó su cabecita. Tenía chichones.

—Archie no está muerto —dijo Louisiana.

—¿Podrías callarte, por favor? —dijo Beverly.

—No está muerto. Pero está perdido y no sé cómo encontrarlo.

—Muy bien —dijo Beverly—. Está perdido. Ahora tenemos que salir de aquí.

—No creo poder seguir caminando —dijo Louisiana—. Estoy demasiado triste para caminar.

—Entonces sube al carrito —dijo Beverly— Te llevaremos.

—¿Y Bunny? —preguntó Louisiana.

—También a él lo llevaremos. ¡Bah!

Louisiana se puso de pie.

—A ver —dijo Raymie—. Dame al perro.

Louisiana le pasó a Bunny, y Beverly cargó con Louisiana y la puso en el carrito.

—Esto no es muy cómodo —dijo Louisiana.

—¿Quién dijo que sería cómodo? —dijo Beverly.

—Nadie —dijo Louisiana. Y luego añadió—: Me siento muy triste. Me siento vacía.

—Lo sé —dijo Raymie. Le entregó a Bunny. Louisiana envolvió al perro con sus brazos.

—Me pregunto dónde está Archie —dijo Louisiana—. Y me pregunto qué será de nosotras. ¿Vosotras no os preguntáis qué será de nosotras?

Ninguna respondió.

CUARENTA Y CUATRO

BEVERLY empujaba el carrito, y Raymie caminaba detrás de ella.

Raymie dijo:

—Me gustaría ir a la cima de la Torre Belknap en este momento.

—¿Por qué? —preguntó Beverly.

—Para ver si podemos, no sé, ver cosas.

—Está oscuro —dijo Beverly—. No verías mucho. Además, está cerrado. Y necesitas una llave para usar el ascensor.

—Tú podrías resolverlo —dijo Raymie—. Tú podrías forzar la entrada y encontrar la llave.

—Yo podría forzar la entrada a cualquier parte —dijo Beverly—. ¿Y qué? No tiene sentido ir allá arriba.

—¿Ir arriba de dónde? —preguntó Louisiana.

—La cima de la Torre Belknap —dijo Raymie.

—Aaaahhhh —dijo Louisiana—. Le temo a las alturas —se puso de pie en el carrito y se dio la vuelta hada ellas—. Yo hubiera sido una decepción para mis padres. No habría sido una muy buena Elefante Voladora.

—Sí —dijo Beverly—. Ya lo habías dicho. Siéntate antes de que te caigas.

Louisiana se sentó y volvió a abrazar a Bunny.

La rueda torcida del carrito tartamudeó y se atascó cuando comenzaron a ir cuesta arriba. Raymie y Beverly lo empujaron juntas. Dentro del carrito, Louisiana guardaba silencio.

Estaban casi en la cima de la colina. Raymie sabía lo que había debajo de ellas. Era el Hospital Mabel Swip, y junto a él estaba el Estanque Swip, donde la señora Sylvester alimentaba a los cisnes.

El Estanque Swip no era un estanque en realidad. O no había comenzado como tal. Había comenzado como un socavón. Pero ahora se llamaba Estanque Swip porque Mabel Swip, que era dueña de la tierra, había donado el socavón a la ciudad y luego compró algunos cisnes y una lámparas para rodearlo y hacerlo elegante.

Desde la cima de la colina, el estanque parecía un ojo oscuro mirando a Raymie. Las lámparas, cinco de ellas, formaban una constelación solemne de lunas alrededor de él. No había ningún cisne a la vista.

De pronto, Raymie se sintió terrible, horriblemente sola. Deseó encontrar un teléfono público y llamar a I la señora Sylvester y escucharla decir: *Aseguradora Familiar Clarke, ¿cómo podemos protegerlo?*

Pero aunque encontrara un teléfono, la señora Sylvester no estaría

ahí. Era medianoche. La Aseguradora Familiar Clarke estaba cerrada.

Raymie intentó flexionar los dedos de los pies.

Louisiana se incorporó otra vez. Abrazaba a Bunny contra su pecho. Miró hacia atrás.

—Id más rápido —dijo.

—¿Estás bromeando? —dijo Beverly—. ¿Quién te crees que eres? ¿Una especie de reina? Estamos empujando lo más fuerte que podemos. Este carrito de compras no ayuda. Y las ruedas no giran. Es como si fueran cuadradas o algo así.

Raymie y Beverly empujaron juntas.

Dieron un gran empujón.

Y de alguna forma —¿cómo sucedió? Raymie no lo sabía—, el carrito se les soltó de las manos.

Ellas no lo soltaron. No fue eso para nada lo que sucedió. Era más como si la colina les hubiera soltado las manos del carrito. En un momento estaban empujando, y al siguiente el carrito de Tag & Bag estaba fuera de sus manos, rodando colina abajo.

Louisiana, con Bunny en sus brazos, se dio la vuelta y miró hacia atrás a Beverly y Raymie.

—Ay, Dios mío —dijo—. Adiós.

Y entonces el carrito y Bunny y Louisiana desaparecieron, haciendo un ruido estrepitoso cuesta abajo a una velocidad imposible, dirigiéndose directamente hacia el estanque que solía ser un socavón.

—No —dijo Beverly—. No.

Comenzaron a correr. Pero el carrito había dejado de tartamudear y resistirse. Estaba listo para avanzar. Incluso con la rueda torcida, era más rápido que ellas. Estaba decidido.

Desde lejos se escuchó la voz de Louisiana, aunque no sonaba a la voz de Louisiana. Era escalofriante, resignada, la voz de un fantasma. Y lo que la voz del fantasma decía era:

—Pero no sé nadar.

Bunny comenzó a aullar con su terrible aullido del fin del mundo.

Raymie corrió más rápido. Sentía su corazón y su alma. Su corazón latía fuerte, y su alma estaba justo arriba, junto a su corazón. No, no era así. Era más como si su alma fuera su cuerpo entero. No era nada más que alma.

Y entonces, de algún lugar en la penumbra, Raymie escuchó la voz de la señora Borkowski. Y lo que la señora Borkowski dijo fue:

—Corre, corre, corre.

CUARENTA Y CINCO

RAYMIE corrió.

Beverly corría delante de ella.

Raymie pudo ver el carrito de compras. Pudo ver los broches de conejitos de Louisiana. Brillaban y le guiñaban el ojo. Veía las extrañas y largas orejas de Bunny flotando detrás de él. Parecían alas.

Y pudo ver un cisne. Estaba en la orilla del estanque. El cisne miraba lo que se le avecinaba, y no parecía que estuviera contento. La señora Sylvester siempre había dicho que los cisnes eran criaturas terriblemente malhumoradas.

—¡Noooooo! —gritó Louisiana.

Raymie observó el carrito de Tag & Bag volar en el aire como si intentara abandonar la órbita de la Tierra, y luego cayó en el Estanque Swip salpicando muy poca agua, sorprendentemente.

El cisne extendió las alas y voló lo más lejos que pudo. Emitió un ruido que sonaba como una queja, o quizás era una advertencia.

Beverly ya estaba en la orilla del estanque. Raymie todavía corría hacia ella. Y fue entonces cuando Raymie escuchó la voz de la señora Borkowski por última vez en su vida.

No dijo: *Dime, ¿por qué crees que el mundo existe?*

Tampoco: *Ffffiúúúúúúú.*

Lo que la señora Borkowski dijo fue: *Ahora. Tú. Puedes hacerlo.*

Raymie siguió corriendo. Pasó junto a Beverly, quien se limitaba a mirar desde la orilla, inhaló con fuerza y se tiró de cabeza al estanque, y se hundió en el agua lo más que pudo en medio de la oscuridad.

Flexionó los dedos de los pies como le había enseñado el señor Staphopoulos.

Abrió los ojos.

Extendió las manos y braceó en el agua turbia.

CUARENTA Y SEIS

RESULTÓ que Bunny sabía nadar. El perro pasó nadando junto a Raymie justo cuando emergió para coger aire. Las orejas de Bunny flotaban a ambos lados de su cabeza tuerta. Parecía un monstruo marino, una bestia mítica mitad pez mitad perro.

Raymie aspiró una gran bocanada de aire y se zambulló en el agua. Vio el carrito de Tag & Bag. Estaba de lado, cayendo despacio al fondo. Ella lo agarró. El carrito estaba frío y pesado. Y vacío.

Raymie lo soltó. Volvió a la superficie y aspiró otra gran bocanada de aire. Vio que Beverly sacaba a Bunny del agua. El cisne estaba junto a Beverly. Estiraba el cuello y luego lo bajaba, lo estiraba y lo bajaba, como si estuviera reuniendo el valor para anunciar algo.

Beverly dijo:

—¿Dónde está?

Raymie no respondió. Se zambulló otra vez. Abrió los ojos en la oscuridad y de nuevo vio el destello del carrito. Y entonces vio el resplandor de un broche de conejitos, un broche de conejitos prensado a la cabeza de Louisiana Elefante.

Raymie nadó hacia Louisiana y la sostuvo entre sus brazos.

Raymie había salvado de ahogarse a Edgar, el maniquí, muchas, muchas veces. Era buena en eso. El señor Staphopoulos le había dicho que era buena en eso.

Pero Louisiana era diferente a Edgar: de alguna manera era más pesada y más ligera al mismo tiempo.

Raymie envolvió a Louisiana con sus brazos. Pataleo y nadó hacia la superficie, y lo que Raymie pensó mientras se elevaban juntas era que salvar *a* alguien era lo más fácil del mundo. Por primera vez, comprendió a Florence Nightingale y su lámpara y el camino luminoso y brillante. Comprendió por qué Edward Option le había dado el libro.

Por un segundo, comprendió todas las cosas del mundo.

Deseó haber estado ahí cuando Clara Wingtip se ahogó. Ella también la habría salvado.

Ella era Raymie Nightingale, al rescate.

CUARENTA Y SIETE

LOUISIANA no respiraba.

Beverly estaba llorando, lo cual era casi tan terrorífico como que Louisiana no respirara.

Y el cisne aún intentaba estirar el cuello. Estaba inclinado hacia delante mirándolas, graznando.

Bunny olisqueaba alrededor de la cabeza de Louisiana, husmeaba en sus broches y emitía quejidos.

Louisiana estaba recostada sobre la hierba junto al estanque, que en realidad era un socavón. Las lámparas de luz amarilla se erguían a su alrededor, mirándolas, esperando.

Raymie se volvió hacia Louisiana. Puso su cabeza de lado. Le golpeó la espalda con el puño. El señor Staphopoulos le había enseñado a salvar a una persona que se ahogaba y a sacarle el agua de los pulmones, y Raymie hizo todo lo que le había enseñado a hacer. Lo recordaba todo. Lo recordaba en el orden correcto.

—¿Qué estás *haciendo*? —preguntó Beverly, aun llorando.

Raymie golpeó la espalda de Louisiana. Un chorro de agua, y también algunas hierbas del estanque, salieron por la boca de Louisiana. Luego salió más agua y más agua y más agua, y otras briznas de hierba. Y entonces brotó la voz chillona e ilusionada de Louisiana diciendo:

—Ay, Dios mío.

Raymie sentía el alma enorme en su interior. Sentía un amor tremendo por Louisiana Elefante y por Beverly Tapinski y por el cisne graznante y el perro quejumbroso y el estanque oscuro y las luces amarillas. Sobre todo, sentía amor por el señor Staphopoulos, el señor de vello en la espalda y en los dedos de los pies, quien se había ido, quien se había mudado a Carolina del Norte con Edgar, el maniquí que fingía ahogarse. El señor Staphopoulos, quien posó la mano sobre su cabeza y le dijo adiós. El señor Staphopoulos, quien le había enseñado a Raymie a hacer exactamente esto —cómo salvar a Louisiana Elefante— antes de partir.

—El hospital —dijo Beverly.

Levantaron a Louisiana juntas y comenzaron a caminar. Ya eran expertas cargando con ella.

Subieron colina arriba y Bunny las siguió. El cisne se quedó atrás.

Louisiana dijo:

—No sé nadar.

—Sí —dijo Beverly, que todavía lloraba—. Ya lo sabemos.

CUARENTA Y OCHO

HABÍA una enfermera afuera de las puertas del hospital. Estaba fumando. Tenía el codo izquierdo apoyado en su mano derecha, y sostenía el cigarro y miraba a los cuatro venir por la colina.

—Santo Dios —dijo la enfermera. Bajó el cigarro despacio. Su identificador decía marcelline.

—Se ha ahogado —dijo Beverly.

—No se ha ahogado —dijo Raymie—. Casi se ahoga. Ha tragado agua.

—Tengo los pulmones congestionados —dijo Louisiana—. No sé nadar.

—Ven conmigo, pequeña —dijo Marcelline. Tiró el cigarro y llevó a Louisiana a través de las puertas.

Beverly se sentó en la acera. Abrazó a Bunny y enterró la cara en su cuello.

—Entra tú —dijo—. Yo voy a quedarme aquí sentada un rato.

—Bueno —dijo Raymie. Y entró por las puertas, fue con la enfermera a la recepción y preguntó si podía usar el teléfono para llamar a su madre. La enfermera tenía un identificador que decía: ruthie. Raymie pensó en lo encantadores que eran esos identificadores. Quiso que todo el mundo los usara.

—¡Mírate! —dijo Ruthie—. Estás empapada.

—Estaba en el estanque —dijo Raymie.

—Son las cinco de la mañana —dijo Ruthie—. ¿Qué estabais haciendo en el estanque a las cinco de la mañana?

—Es complicado —dijo Raymie—. Tiene que ver con un gato llamado Archie, que fue llevado al Refugio Animal Extremadamente Agradable y...

—¿Y...? —preguntó Ruthie.

Raymie intentó pensar en cómo explicarlo. Ni siquiera sabía por dónde empezar. De pronto sintió frío. Comenzó a temblar.

—¿Alguna vez ha escuchado del concurso Pequeña *Miss* Florida? —preguntó.

—¿El qué? —dijo Ruthie.

Los dientes de Raymie castañeaban. Sus rodillas temblaban. Hacía tanto frío.

—Yo... —comenzó. Y entonces, de pronto, supo exactamente qué decirle a Ruthie—. Mi padre se fue. Huyó con una asistente de dentista llamada Lee Ann Dickerson y no va a volver.

—Qué canalla —dijo Ruthie. Se puso de pie y salió de detrás del mostrador. Se quitó el suéter, que era un suéter azul como el que

usaba Martha en el asilo Valle Dorado. Colgó el suéter sobre los hombros de Raymie.

El suéter azul olía a rosas y a algo más intenso y dulce que las rosas. Estaba tan calentito.

Raymie comenzó a llorar.

—Ya, ya —dijo Ruthie—. Dime el número de teléfono de tu madre y yo la llamaré.

—Hola, sí, buenos días —dijo Ruthie cuando la madre de Raymie contestó el teléfono—. Descuide, no se alarme. Tengo aquí a su hijita en el hospital. No hay nada de qué preocuparse, sólo que está empapada porque ha estado nadando en el estanque. Además me dijo que su padre huyó con una mujer llamada Lee Ann —Ruthie escuchó—. Hum, hum —dijo después de un minuto. Siguió escuchando.

—Así es —dijo Ruthie—. Hay gente canalla. No hay otra forma de decirlo.

Afuera de las puertas de cristal, Raymie veía a Beverly sentada sobre la acera. Estaba abrazando a Bunny. El cielo clareaba sobre sus cabezas.

El sol estaba saliendo.

—No tiene que explicarme nada —dijo Ruthie, todavía al teléfono con la madre de Raymie—. Lo comprendo. Sí, así es. Pero su hijita está aquí y está bien y la está esperando.

CUARENTA Y NUEVE

ENTONCES todo sucedió muy rápido. Llegaron los adultos. La madre de Raymie fue la primera; abrazó a Raymie, la sostuvo muy fuerte contra su pecho y la meció de adelante hacia atrás. La madre de Beverly fue la segunda; llegó y se sentó junto a Beverly en la acera frente al hospital con el perro en medio de las dos. Después de un largo rato, también llegó la abuela de Louisiana. Tenía puesto su abrigo de piel, y se sentó junto a la cama de Louisiana y le sostuvo la mano y lloró sin hacer nada de ruido.

Raymie contó una y otra vez la historia de lo que pasó, cómo el carrito de compras había caído al agua, y que Louisiana no podía nadar y que ella la había sacado del agua y le había golpeado en la espalda, y que eso era algo que había aprendido de un hombre llamado Señor Staphopoulos, quien daba una clase llamada Salvamento 101.

Llegó un reportero del diario *¡Áster Press*. Raymie le deletreó la palabra *Elefante*. Deletreó *Staphopoulos. Le* dijo que *Clarke* tenía una *e* al final. El reportero le tomó una foto a Raymie.

Y todo ese tiempo, Louisiana permaneció dormida en la cama blanca del hospital. No hablaba. Tenía una fiebre muy alta.

Pero se pondría bien. Todo el mundo decía que se iba *a* poner bien.

Fue Ruthie quien dijo:

—Esta niña necesita dormir. Dejen de preguntarle cosas y permitan que se vaya a casa *a* dormir.

Pero Raymie no quería ir a casa. Quería estar con Louisiana. Así que Ruthie llevó un catre a la habitación de Louisiana, y Raymie se recostó en él. Se durmió de inmediato.

Y cuando despertó, Louisiana todavía estaba durmiendo y la abuela de Louisiana todavía tenía puesto su abrigo de pieles. Aún sostenía la mano de Louisiana y también estaba dormida. El pasillo afuera de la habitación estaba iluminado, brillaba con la luz del mediodía, igual que la sala común del asilo Valle Dorado.

Raymie se levantó y se detuvo frente a la puerta *de la* habitación y observó el camino luminoso y brillante.

Un gato caminaba hacia ella.

Raymie se quedó quieta y lo miró. El gato se acertó cada vez más. Raymie lo reconoció de su sueño. Lo reconoció de la maleta de la señora Borkowski.

Lira Archie.

El galo pasó rozándola. Entró en la habitación, trepó a la cama de

Louisiana y se acurrucó hecho un ovillo.

Raymie fue a recostarse en su catre. Se volvió a dormir. Cuando despertó estaba anocheciendo y Archie seguía acurrucado a los pies de Louisiana. Ronroneaba tan fuerte que la cama del hospital se agitaba.

Archie, el Rey de los Gatos. Había regresado.

La fiebre de Louisiana cesó esa noche. Se sentó sobre la cama y dijo:

—Ay, Dios mío, tengo hambre —tenía la voz ronca.

Y entonces miró a sus pies y vio al gato.

—Archie —dijo, como si no estuviera para nada sorprendida. Se inclinó y lo llevó hacia sus brazos. Miró alrededor de la habitación— dijo:

—Ahí está Abu.

Miró a su abuela que dormía en la silla junto a la cama. Y después miró a Raymie y dijo:

—Raymie Nightingale. Ahí estás tú también.

—Aquí estoy —dijo Raymie.

—¿Dónde está Beverly?

—Está en su casa. Cuidando de Bunny.

—Bunny —dijo Louisiana con asombro—. Salvamos a Bunny. ¿Recuerdas cómo lo salvamos?

Ruthie entró en la habitación y dijo:

—¿Cómo ha entrado ese gato aquí?

—Él me ha encontrado —dijo Louisiana—. Lo perdí. Él me perdió. Fuimos a buscarlo y él me encontró.

Raymie cerró los ojos y vio a la señora Borkowski abriendo la maleta y sacando a Archie de ella.

—Es una especie de milagro —dijo.

—No existen los milagros —dijo Ruthie—. Sólo es un gato. Eso es lo que hacen ellos.

CINCUENTA

LA OTRA cosa que sucedió en el hospital fue que el teléfono sonó en la zona de las enfermeras y la llamada era para Raymie.

Ruthie entró en la habitación y dijo:

—Alguien te llama por teléfono, Raymie Clarke.

Raymie salió al pasillo, hacia el teléfono. Todavía tenía puesto el suéter de Ruthie. Le llegaba hasta las rodillas.

—¿Hola? —dijo Raymie.

Ruthie estaba de pie junto a Raymie. Posó la mano sobre el hombro de Raymie.

—¿Raymie? —dijo la voz del otro lado de la línea.

—Papá —dijo Raymie.

—Vi tu foto. Estaba en el periódico y... quería saber si estabas bien y...

Raymie no sabía qué decirle. Se quedó quieta y acercó el teléfono a su oreja. No escuchó nada más que un gran silencio. Era como escuchar el océano en una concha marina y ni siquiera oírlo.

Así era.

Después de unos momentos, Ruthie cogió el teléfono de la mano de Raymie y dijo:

—Esta niña está cansada. Salvó a alguien de ahogarse. ¿Comprende lo que estoy diciendo? Le salvó la vida a alguien.

Y entonces Ruthie colgó el teléfono.

—Es un canalla —le dijo a Raymie—. Y eso es lo único que hay que decir —posó las manos sobre los hombros de Raymie. La llevó de vuelta a la habitación de Louisiana. Raymie se recostó sobre su catre y volvió a quedarse dormida.

Al despertar se preguntó si lo había soñado todo.

Sobre todo recordaba haber sostenido el teléfono durante un largo silencio: el silencio en el que su padre no dijo nada, y ella tampoco.

Y entonces, también recordó las manos de Ruthie sobre sus hombros llevándola de vuelta a la habitación, donde Louisiana estaba viva y respirando, y un gato estaba acurrucado a sus pies, durmiendo.

CINCUENTA Y UNO

LOUISIANA terminó de completar la solicitud para el concurso Pequeña *Miss* Florida.

Tenía puestos sus broches de conejitos de la suerte y un vestido azul salpicado de lentejuelas plateadas. No hizo malabarismo con bastón. Cantó *"Raindrops Keep Fallin' on My Head"*.

El certamen fue en el Auditorio Finch. La abuela de Louisiana estaba ahí, y Beverly estaba ahí y la madre de Beverly y la madre de Raymie. Y Raymie.

Ida Nee estaba ahí, pero no parecía contenta. Ruthie llegó del hospital. Y la señora Sylvester vino de la Aseguradora Familiar Clarke. Todos se sentaron juntos.

El padre de Raymie no estaba ahí.

Raymie no se sorprendió —sólo estaba feliz— cuando Louisiana ganó el concurso y fue coronada Pequeña *Miss* Florida.

Más tarde, después de que le entregaron a Louisiana un cheque por 1975 dólares y una banda que decía pequeña *miss* florida, Beverly Tapinski y Raymie Clarke y Louisiana Elefante subieron a la cima de la Torre Belknap, aunque Louisiana le temía a las alturas.

—Me dan miedo las alturas —dijo Louisiana, que todavía llevaba puesta su corona y su banda. Mantuvo los ojos cerrados y se recostó sobre el suelo del mirador.

Pero Raymie y Beverly estaban de pie apoyadas sobre los barandales mirando hacia afuera.

—¿Ves? —le dijo Beverly a Raymie.

—Sí —dijo Raymie.

—Decidme lo que veis —dijo Louisiana, que estaba recostada boca abajo en el suelo y se negaba a incorporarse.

—Todo —dijo Raymie.

—Descríbemelo —dijo Louisiana.

Raymie dijo:

—Puedo ver el Estanque Swip y los cisnes y el Lago Clara y el hospital. Puedo ver el asilo Valle Dorado y la Aseguradora Familiar Clarke. Puedo ver la casa de Ida Nee y la tienda Tag & Bag. Puedo ver el Edificio 10.

—¿Qué más? —preguntó Louisiana.

—Puedo ver la cabeza de alce de Ida Nee, y puedo ver *el* frasco de caramelos sobre el escritorio de la señora Sylvester. Y puedo ver el fantasma de Clara

Wingtip. Puedo ver el pájaro amarillo del asilo Valle Dorado.

—¿Está volando? —preguntó Louisiana.

—Sí —dijo Raymie.

—¿Qué más? —dijo Louisiana.

—Puedo ver a Ida Nee girando su bastón. Puedo ver a Ruthie. Nos está saludando. Y ahí está Archie.

Y Bunny.

—No le digas Bunny —dijo Beverly, quién había renombrado al perro como Buddy.

Después de un rato, Beverly se acercó a Louisiana y la ayudó a ponerse de pie y la acercó al barandal.

—Abre los ojos —dijo Beverly—. Y mira por ti misma.

Louisiana abrió los ojos.

—Ay, Dios mío —dijo—. Estamos muy arriba.

—No te preocupes —dijo Beverly—. Yo te sostengo.

Raymie agarró la mano de Louisiana. Y dijo:

—Yo también te sostengo.

Las tres permanecieron así largo tiempo, mirando los confines del mundo.